



NOSOTROS

NUESTRO NOVENO ANIVERSARIO

Nueve años de la vida de NOSOTROS, contados desde su fundación, se cumplen con este número de Agosto. Lo escribimos con íntima satisfacción, y es una satisfacción legítima. Una revista del carácter de NOSOTROS, puede estar orgullosa de una existencia tan dilatada: en más de cien años de historia periodística, rarísimas veces se ha registrado un caso igual, en nuestro país. Han sido además nueve años de vida, en el más amplio y cabal sentido de la palabra. En estas páginas ha habido juventud, entusiasmo, franqueza, valor, lucha. Y lo mismo alrededor de NOSOTROS. Hemos revelado jóvenes talentos, editado libros, iniciado justos homenajes, promovido simpáticos debates, tomado partido por lo que nos ha parecido la verdad y la justicia, reunido los corazones afines en acciones comunes y fraternales fiestas del espíritu; en fin, hemos procurado siempre que NOSOTROS fuese la bandera de la juventud intelectual argentina de la hora presente. A todos hemos intentado acercarnos, a todos hacérmolos amigos; a nadie hemos tenido por enemigo y a nadie tampoco — conviene declararlo — nos hemos adherido y sujetado incondicionalmente, en nombre de un falso concepto de la amistad. El libre examen, la amplia discusión, de todo y de todos, sobre la base de la más

estricta justicia distributiva, y con lealtad, y con generosidad: ese ha sido siempre el principio orientador de nuestro programa de acción. Que ha sido comprendido, a pesar de sus asperezas, y que se ha hecho justicia a la honestidad del propósito y de su realización, lo prueba el favor del público, el aplauso de la prensa, la colaboración en la común tarea, de tanta alta inteligencia.

Con tan valiosos estímulos, entramos en el décimo año de vida, sustentando el mismo programa.

LA DIRECCIÓN.

IMPORTANCIA DE LA SOCIOLOGIA PARA LOS ESTUDIOS JURIDICOS ⁽¹⁾

I

Una buena precaución científica, nos aconseja que todo estudio de un aspecto del conocimiento debe ir precedido de la tarea de investigar cual es el objeto, o mejor dicho, cuales son los hechos que debemos tomar en consideración. Admitida o conocida su existencia, se nos presenta lo más arduo, aunque si bien hayamos suprimido la primera dificultad y vencido el primer error.

La materia que este año va a ocuparos tiene su fuente inmediata total en un hecho humano: *la sociedad*. De modo que trataréis una de las manifestaciones de la vida específica, dentro de las modalidades que imprime el medio, tal como acaece en cualquier otra categoría de fenómenos que para su conocimiento se origina la formación de la ciencia.

Todas las ciencias, antes de su constitución definitiva, han pasado por un período de nacimiento y de desarrollo bifurcado. Es evidente que, si interesa su aparición como disciplina autónoma, no deja de importar el análisis del desenvolvimiento experimentado posteriormente. Cuando me refiero al desarrollo bifurcado, entiendo decir que la ciencia no constituida aun, presenta dos series de manifestaciones: una, la buena, que paulatinamente se va fundamentando con principios extraídos de la realidad, debidamente verificados por el razonamiento humano, y que facilita el seguir construyendo los sistemas; y otra, la extraviada, la brillante en apariencia, la que atrae a la vulgaridad y que es del dominio de todos aquellos que quieran tomarla, constituida

(1) Clase inaugural del curso de Sociología de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata.

casi totalmente de sofismas, o cuyo contenido es de una ramplonería aplastadora, útil solamente para engrosar el número de los descaminados.

Es una verdad comprobada que, cuanto grafómano existe, cuenta en su haber con algún trabajo de índole sociológica; y aun más, hay casos de autores de positivo valer en su especialidad, que sienten tentaciones incontenibles de emitir una opinión personal sobre los fenómenos sociales; pero desgraciadamente no pasan de ser *meras opiniones personales* desprovistas de toda comprobación.

Quizás parezca excesivo este exordio; pero ello os lo explicaréis mejor cuando al final del curso podáis apreciar con más elementos de juicio cuán necesario es ponerse en guardia de la pseudosociología y del término sociológico, que mueve a sonrisa irónica, por cuanto se ha malbaratado aplicándolo impropriamente.

En ninguna otra materia se hace sentir, tanto como en ésta, la conveniencia de hacer a un lado el principio de autoridad, por cuanto los dedos de las manos sobran para contar los trabajos serios dignos de ser tenidos como fuentes a las cuales se las puede seguir o tomar bien en cuenta.

Cuando, por ejemplo, hablamos de establecer una paz universal, una confederación de naciones, o de la posibilidad de una última guerra, no hacemos sino afirmar la existencia de futuros fenómenos sociales cuya base es necesario buscarla en la realidad social, y no en ese *cientifismo* de las ciencias físico-naturales, que es superfluo y pasa a segundo término, sobre todo cuando se está en presencia de los grandes conflictos contemporáneos. Surge, de consiguiente, un primer problema que es el de la ciencia del individuo actuando en sociedad.

El hombre de ciencia debe librarse en lo posible de lo absoluto. Se ha verificado una gran conquista, cuando se ha logrado comprender que los conocimientos, o sus construcciones racionales, pueden ser rehechos. No debemos, por lo tanto, obedecer únicamente a la orientación de la ciencia matemática que tiene principios abstractos incompatibles con la experiencia.

Por eso el positivismo sano, el positivismo de Spencer y no de los titulados discípulos, más materialistas que otra cosa, «en lo que se refiere a la práctica, sustituye a los fines ideales o trascendentales; el camino histórico de las colectividades huma-

nas en sentido definido como la obligación para el individuo de proceder en la misma dirección de la colectividad de que forma parte». ⁽¹⁾. He ahí, de qué manera un criterio filosófico bien cimentado es determinante en la vida y explicativo, satisfactoriamente, del fenómeno social.

II

La exagerada especialidad ha traído en todas las ciencias una desarticulación tal que ha hecho incurrir a los estudiosos en una serie de generalizaciones utópicas e inconexas y que la experiencia posterior ha desmentido.

En forma errónea, se ha dado carácter científico a ciertos fenómenos agrupándolos, cuando no eran sino aspectos particulares de un todo; por ejemplo: al decir, *sociología argentina*, se comete una *galimatías* científica, porque, la sociología como ciencia es única, y una parte de los elementos analíticos de la gran construcción total lo suministran los fenómenos sociales argentinos.

A medida que en el despertar científico se han ido formando especializaciones, de un capítulo de la ciencia primera, han surgido nuevas ciencias que se emanciparon poco a poco de la materna; pero también cuando esto sucedía, cada nuevo vástago quería convertirse en un núcleo; de ahí que el economista pretendiera que la economía política explicaba la esencia de los fenómenos sociales, el psicólogo de los filosóficos, el jurisconsulto de los sociales, el zoólogo de la creación humana y así sucesivamente, desvirtuando la verdadera importancia que está asignada a cada una de las ciencias.

Debe recordarse como la sociología, en virtud de estas circunstancias, se ha dividido en escuelas y tendencias, cuya enumeración es inútil aquí. Sin embargo, el fundador de ella, Comte, tuvo siempre un preconcepto: la idea de unidad. La filosofía recuperaba su importancia; la sociología coordinaba las distintas manifestaciones de orden social. Es acto de justicia decir que, desde Comte

(1) EMILIO BOUTROUX, *La Natura e lo Spirito e altri saggi*. R. Carabba, editore, Lanciano, pág. 14.

hasta ahora, ha cambiado el concepto fundamental de la ciencia. «Tal como la concibió Comte, la sociología era imperfectamente científica. Transfórmase en una ciencia verdaderamente positiva, si se puede, como varios pretenden, sometiéndola rigurosamente a estos dos principios: objetividad y determinismo. Los hechos que se tomen en cuenta serán los productos abstractos de la actividad social, como las costumbres, las instituciones, las lenguas, las religiones, etc. Las leyes serán los modos de la evolución histórica». ⁽¹⁾.

Mas no nos dejemos impresionar con la palabra evolución, dándole un mismo sentido que en el orden biológico, pues, en el desarrollo de la civilización humana, intervienen elementos diferentes de los que toman parte en el campo netamente biológico.

La concepción moderna de la historia, ha dado en todos los aspectos de la actividad del espíritu, en materia de ciencias morales, nuevas orientaciones, y principalmente en el terreno de la sociología, porque la evolución sociológica, como comprensiva de todos los procesos particulares del fenómeno social, no es un producto consecuente de la historia de la civilización, sino la parte generalizada de la vida histórica; porque «en todas las acciones, por cuanto singulares sean, hay un fuerte elemento de carácter típico y colectivo» ⁽²⁾. Nada ha influido en la ciencia social, como el historicismo, en lo relativo a la naturaleza de la verdad, por cuanto como dice con acierto Renouvier, «el espíritu histórico se ha extendido hasta ahogar casi todo sentimiento de la verdad fija, y de los sucesos contingentes bajo la consideración del orden de los desarrollos necesarios» ⁽³⁾.

De ahí que las formas de la conciencia, en lo que se refiere al estudio de los fenómenos de orden moral, hayan considerado la evolución sociológica, como una prolongación de evoluciones anteriores, tan admirablemente sintetizadas por Spencer en los tres grados de inorgánica, orgánica y superorgánica. Creo que la sociología no puede tener una filiación más científica, en cuanto a su contenido, dentro de lo cognoscible.

(1) E. BOUTROUX, *Ibid.*, pág. 26.

(2) ERNESTO BERNHEIM, *La Storiografia e la Filosofia della Storia* (Manuale del Metodo Storico e della Filosofia della Storia), Remo Sandron, editore, pág. 28.

(3) CH. RENOUVIER, *Philosophie Analytique de l'Histoire, Les idées, les religions, les systèmes*, París, 1897, tomo IV, pág. 5.

En general, la naturaleza no sólo nos suministra los elementos para la ciencia, sino que ésta procura sobrepasarla, dándonos una vida mejor «porque en el orden práctico — si no fuera así — nos llevaría a considerar como ilusorios los conceptos de posibilidad de actividad» ⁽¹⁾. Nace de esta consideración una de las dificultades con que sobre todo ha chocado la sociología: conciliar en un mismo momento del conocimiento, las nociones meramente generales, a medida que se van formando, con las aplicaciones prácticas a la vida social, sin haber tenido la concepción completa del fenómeno. Se ha desesperado, por lo tanto, en la posibilidad de construir una ciencia que no pasara de las tentativas, olvidando que en ella, por medio de la inteligencia, hallamos el principio de identidad y de contradicción como en las otras, y que con auxilio de los procedimientos de la lógica podemos «llegar a la coherencia del pensamiento». ⁽²⁾.

No olvidemos que la ciencia debe entrar en la vida, e influenciar sobre el presente, «pero para influenciar, ante todo, como dice Ranke, debe ser ciencia».

III

Es evidente que las manifestaciones de orden sociólogo son susceptibles de ser estudiadas desde sus aspectos más simples, cuando aún están en vías de formación, hasta los momentos en que una organización político-social nos revela la existencia permanente, pero no inmutable, de la sociedad. Esta premisa, encierra desde ya, una prenoción en cuanto al desarrollo social en sí, se entiende. De modo que, según los momentos, los pueblos y las regiones, el contenido de la evolución se particulariza, sin que por ello se desconozca que la razón humana puede hallar esa «cohesión mental», a que antes nos referíamos, y apreciar debidamente las identidades y las contradicciones.

Si admitimos que el hecho social comprende la tercera etapa de la evolución, comprobamos que a medida que el progreso científico se ha ido intensificando, merced al empleo de métodos más precisos, el estudio del fenómeno social se ha ido actuali-

(1) E. BOUTROUX, *Ibid.*, pág. 32.

(2) E. BOUTROUX, *Ibid.*, pág. 37.

zando de tal manera que ha invadido el campo de la literatura de ficción como la novela, o de la crítica artística y científica ⁽¹⁾, o a veces ha creado todo un género de literatura utópica y humanitaria que se ha convertido en evangelio de las masas lectoras ⁽²⁾. Las cuestiones sociales, como dice Agresti, tienden a ser cada día más primordiales, ⁽³⁾ principalmente en el terreno práctico, tratándose de fundar un arte con aquello que todavía no ha reunido bien los elementos fenoménicos, contenido de la ciencia. La sociedad como todo fenómeno natural está viviendo y produciendo un continuo experimento; pero existen tendencias dentro de esta producción que necesitamos desentrañarlas, no con preconceptos utópicos, ni con la ingenuidad ni la fe con que se manifiestan esos autores, que se nos presentan como tipos de un misticismo novel, un poco mejorado con relación a aquella escolástica de los padres de la iglesia.

Nace un misticismo social, del cual es bueno prevenirse, porque las últimas formas alcanzadas en el socialismo y en el anarquismo, ha dado una abundante literatura que más de una vez ha envenenado con su criterio unilateral a más de una mente, estigmatizándola con el defecto de lo pseudo científico; porque «en verdad Lamennais, en Saint Simón y aun más, en su discípulo Enfantin, socialistas utópicos, a blandas tintas de comunismo (aunque sobre tales hipótesis de la vida social, su comunismo llegue hasta el absurdo), en ellos el misticismo social ha encontrado otro elemento válido; y mientras a través de Swedenborg, Blake y Klopstock, la idea metafísica social, evolucionaba hacia formas menos dogmáticas, la misma idea, a través el pensamiento de estos reformadores políticos, perdía aquello que ella tenía de teológico, para volverse más o menos bien intencionada pero impracticable teoría humanitaria... ⁽⁴⁾. Se necesitó que Karl Marx viniese a imprimir un nuevo impulso a la teoría socialista, para que ésta separándose de los conceptos metafísicos semi-religiosos, semi-políticos, se volviera una teoría económica a base científica» ⁽⁵⁾, pero yo agregaré, unila-

(1) V. gr., Balzac, Zola, Taine, etc.

(2) Tolstoy, por ejemplo.

(3) A. AGRESTI, *La Filosofia nella Letteratura Moderna*, Torino, 1904, pág. 236.

(4) A. AGRESTI, *Ibid*, pág. 196.

(5) A. AGRESTI, *Ibid*, pág. 197.

teral y cuyos datos son sin embargo un aporte valioso a la constructividad total de la ciencia.

En síntesis, librarse de este preconcepto de finalidad, significa ganar una batalla en pro de nuestra disciplina.

Ribot, desde otro punto de vista, ya más preciso que Agresti, clasifica los «inventores en el orden social y moral, [como resultado] de dos principales categorías de espíritu, [en] quiméricos y positivos. La forma quimérica de la imaginación, aplicada a las ciencias sociales, es la que, no teniendo en cuenta ni el determinismo exterior, ni las exigencias prácticas, se produce con absoluta libertad.... y sus sueños sometidos únicamente a las condiciones de una lógica interior no han vivido más que una existencia ideal en sus autores». ⁽¹⁾.

En cambio, los positivos, son mucho más útiles y hasta necesarios dentro de la vida social, por cuanto «la concepción social deja de ser puramente idealista o construida a priori por deducción de un principio único, y transige con las condiciones de su medio, adaptándose a las necesidades de su desarrollo; es el tránsito del estado de autonomía absoluta de la imaginación a un período en el cual sufre las leyes de un imperativo racional. En otros términos: el paso de la forma estética a la forma científica; el socialismo es el mejor ejemplo, por ser el más conocido de todos; que se comparen sus utopías antiguas (hacia la mitad del siglo XIX próximamente) con las formas contemporáneas, y se apreciará, sin esfuerzo, la cantidad de elementos imaginativos perdidos en beneficio de otra cantidad, por lo menos equivalente, de elementos racionales y cálculos positivos» ⁽²⁾.

IV

Ya se hable de una constructividad, o ya se trate de un análisis de lo social, lo que aparece claramente, es la existencia de aspectos diversos de un mismo fenómeno: uno originario, primitivo y otro consecuente, evolucionado.

La vida individual no se manifiesta prescindente de las otras,

(1) TH. RIBOT, *Ensayo acerca de la imaginación creadora*, págs. 307 y 308.

(2) TH. RIBOT, *Ibid*, págs. 313 y 314.

y deteniéndonos un poco encontramos que, al fin y al cabo, lo social es lo que viene a condicionar nuestra vida toda; «pues todas las reglas de acción para la conducta de la vida deben ser de posible aplicación social, aun cuando en su origen haya sido enumeradas e impuestas por individuos», ⁽¹⁾ y «todas las acciones de un individuo resultan sancionadas, ya sea por las condiciones de su desarrollo privado y de sus facultades, ya sea por la reglamentación de naturaleza social a que se somete» ⁽²⁾. Baldwin realiza, a mi modo de ver, un análisis satisfactorio de la formación de la sociedad, buscando las condiciones de su existencia en el carácter intrínseco del individuo, especialmente en su aspecto ético, considerando que el estado étnico individual ha originado el respecto del estado social, y como es evidente, «las instituciones de la sociedad representan y prolongan el desarrollo individual» ⁽³⁾.

Mas cuando hablamos de instituciones, penetramos a un estado social y a un aspecto del problema que nos interesa a nosotros en forma directa, y que será materia de nuestro programa este año; por cuanto nos preocuparemos del contenido sociológico de las instituciones jurídicas, o más propiamente, las instituciones en cuanto tienen de producto de la vida social, lo cual equivale decir la explicación de como se ha formado el derecho resultado de la vida en sociedad, y «mostrar, en la razón, de qué suerte mana el Derecho del fondo de la vida, paralelo con los demás principios que gobiernan a ésta» ⁽⁴⁾. Así como hacer resaltar cuán fundamental es para la experiencia humana «indagar el problema de la costumbre» ⁽⁵⁾ y tener más en respeto la conciencia social, a fin de no «reputar como legítima fórmula de derecho toda torpeza y todo antojo, social o individual, que haya sabido por sorpresa, granjear la consagración del estado oficial y conquistar un puesto en el dúctil y maleable cuerpo de la Legislación» ⁽⁶⁾.

Nada ha sido tan pernicioso en las naciones de América

(1) JAMES MARK BALDWIN, *Interpretaciones sociales y éticas del Desarrollo Mental*, etc., Madrid, 1907, pág. 506.

(2) BALDWIN, *Ibid*, pág. 506.

(3) BALDWIN, *Ibid*, pág. 501.

(4) JOAQUÍN COSTA, *La vida del derecho, Ensayo sobre el derecho consuetudinario*, 2.ª edic., Madrid, 1914. pág. 8.

(5) J. COSTA, *Ibid*, pág. 9.

(6) J. COSTA, *Ibid*, pág. 7.

independiente como esa legislación oficial; quizás no habría una crítica más provechosa que la de las leyes, decretos y resoluciones emanadas del poder oficial, y asentadas en los registros y cuya aplicación ha sido nula completamente; dicha crítica, por cierto, significaría evaluar las condiciones sociales del momento en que han sido dictadas.

La sociedad, ante todo, no es un hecho inestable ni tampoco fugaz. Llegamos a un momento en que nos presenta caracteres definitivos, pero no inmutables, cuando se transforma en sociedad estado, vale decir, cuando las formas jurídicas rigen la solidaridad social, como un producto de ella y regulan, al mismo tiempo, el desenvolvimiento progresivo del conglomerado; porque no debe olvidarse que «el cuerpo social existe como una organización, con una serie de leyes, convenciones, instituciones, costumbres, etc., propias, suyas, exclusivas» ⁽¹⁾.

Claro es que nuestro estudio no abarca las instituciones y leyes mismas, por ser ello materia de las ciencias sociales particulares, pero sí, aspiramos, y todos los autores recientes afirman esta tendencia ⁽²⁾, a que la forma superior de la sociedad o sea el Estado, como constitución, se interprete de una manera positiva, así como buscamos «la formación científica de una sociología constitucional, por ejemplo, que sirva de premisa lógica al derecho constitucional» ⁽³⁾.

Existe un proceso de carácter colectivo que viene a parar en la forma estatal, proceso sistemático de organización, resultado de un desarrollo y desenvolvimiento, como diría Baldwin.

En un libro reciente, se asientan una serie de afirmaciones cuyo contenido preciso trataré de sintetizar, por que me parece que llega a conclusiones satisfactorias para nuestro estudio.

Para Framarino Malatesta las ciencias sociales pueden ser consideradas ya sea en sí mismas, ya como ciencias sociales estatales. Las primeras serían aquellas que estiman la sociedad en sí misma como «colectividad humana en su organización simplemente moral de sociedad» ⁽⁴⁾, mientras que las segundas, «serían las que tienen por objeto las relaciones de la sociedad con

(1) BALDWIN, *Ibid.*, pág. 424.

(2) ABROTELES ELEUTHEROPULOS, *Sociología*, Madrid, 1911.

(3) NICOLA FRAMARINO DEI MALATESTA, *La Società e lo Stato, Introduzione sociologica allo Studio del diritto pubblico*, Torino, 1913, pág. 11.

(4) FRAMARINO, *Ibid.*, pág. 13.

el estado o sea la acción y la influencia de la sociedad sobre la formación, la vida y el desarrollo del Estado» (1).

El autor que nos ocupa, antes de tratar el problema constitucional del Estado, se extiende en la primera mitad de su obra en pormenores para considerar que «las leyes sociológicas son leyes de simple tendencia y no tienen por lo tanto carácter constante y continuo» (2). Es necesario reunir, discernir dentro del fenómeno social, esas leyes de tendencia, las cuales más que simples relaciones de causalidad, sirven para comprender el modo como se forman los procesos. De ahí que exista «una conciencia social en acepción estricta, o sea un modo común de pensar y de sentir que como base natural de la evolución sociológica, tenga en sí misma autoridad con relación a los fines sociales a lograr, con relación a las necesidades que nacen de la aspiración a esos fines y con relación a los medios utilizables para satisfacer tales necesidades y lograr tales fines» (3).

En consecuencia, de este conjunto de aspiraciones se forma paulatinamente la opinión pública como «gran fuerza moral y espiritual»; pensamiento social que es un hecho bien diferente de los pensamientos individuales de los entes que forman la sociedad; pensamiento genérico en un momento dado en el grupo. Esta opinión, es una fuerza social que actúa sobre el Estado, como se ha podido comprobar en la experiencia de los pueblos y que se manifiesta según las circunstancias históricas, a veces, en formas antitéticas: así, por ejemplo: la idea democrática en Inglaterra se impuso por la evolución y en Francia por la revolución y la anarquía. Entre nosotros encontramos ejemplos de ambas manifestaciones: ya sea en la forma de gobierno, ya sea «en consolidar las instituciones republicanas sobre la base de la pureza y libertad del sufragio popular» (4). La idea individual tiene importancia en cuanto adquiere la posibilidad de hacerse social, precisamente en la proporción en que toma la forma generalizada que le hace socialmente útil» (5).

El estudio superior de la evolución social, es la «Sociedad

(1) FRAMARINO, *Ibid.*, pág. 13.

(2) FRAMARINO, *Ibid.*, pág. 64.

(3) FRAMARINO, *Ibid.*, pág. 109.

(4) JOSÉ NICOLÁS MATIENZO, *El gobierno de la opinión pública*, 1915, pág. 22.

(5) BALDWIN, *Ibid.*, pág. 445.

Política, esto es, el Estado, o sea la organización de la Sociedad natural, por la tutela del derecho: el Estado no es, por lo tanto, sino la concreción formal, en un gran organismo tutor del derecho, de aquella Sociedad natural que le sirve de contenido» ⁽¹⁾.

Aunque parezca superabundante insistir sobre esto, lo hago para que desde ya quede en vosotros un convencimiento, punto de partida del desarrollo ulterior del curso. Cuando verificamos, con detención, los elementos analíticos, encontramos que «la moral, el derecho, el estado, responden a fenómenos sucesivos y graduales de la vida colectiva de los hombres. De la moral que es el fundamento primitivo de la vida social y como ésta se confunde, surge el derecho, y del derecho el Estado» ⁽²⁾; porque sabido es que se llega a un instante, en las primeras manifestaciones de la evolución social, en «que la conciencia moral primitiva es una sola cosa con la conciencia social. Cuando la conciencia pública, de los preceptos morales llega a intuir la necesidad de los más importantes de ellos para la conservación y el progreso de la vida social, entonces la conciencia de esos preceptos obligatorios de moralidad y utilidad social, se resuelven en conciencia jurídica..... que no es sino la conciencia moral obligatoria» ⁽³⁾. Bien dice Ihering que, «el derecho que la vida forma, lenta e insensiblemente, se oculta fácilmente al examen» ⁽⁴⁾ por cuanto está como encajado en la fenomenología social, y su génesis, en la formación del derecho ya sea público o privado, no significa sino formación de una manera de ser social superior. Entonces se ve como «el Estado es el pueblo que toma conciencia de sí mismo, de sus necesidades, de sus aspiraciones, pero una conciencia más clara y más completa que en las formas primitivas de la sociedad, y por consiguiente este Estado en presencia del fenómeno jurídico, no hace sino codificar los cuerpos de costumbres jurídicas, formas primeras del derecho, que él no ha creado» ⁽⁵⁾ puesto que él es gemelo y no antecesor. Bueno es advertir, además, que no debemos confundir al Estado genéticamente producido con el Estado en los aspectos típicos actuales y que también debe considerarse como una fuerza social,

(1) FRAMARINO, ob. cit., pág. 149.

(3) FRAMARINO, ob. cit., pág. 164.

(3) FRAMARINO, ob. cit., pág. 164.

(4) R. VON IHERING, *El Espíritu del Derecho Romano*, tomo I, pág. 90.

(5) E. DURKHEIM, *Alemania por encima de todo*, París, 1915, pág. 29.

que hace a los individuos que se adapten más y más a la vida colectiva. Ejemplo de ello lo tenemos en el moderno Estado alemán.

V

Para que no todo sea ajeno a nuestra realidad nacional, siguiendo la orientación de estas ideas, ejemplificaremos con lo que ha pasado en nuestra evolución social contemporánea.

El espíritu histórico, en nuestro país, hasta hace poco tiempo, se ha esmerado en el conocimiento de aquello que tiene atracción anecdótica o hiere la imaginación por lo novelesco. Sin embargo, no debemos desconocer que se han hecho algunas tentativas para comprender el fenómeno social, y explicar las fuerzas que lo mueven ⁽¹⁾, fundados en elementos positivos y tratando «de hacer una reseña crítica de los antecedentes históricos», como diría Echeverría ⁽²⁾. Pero otras tentativas han sido motivadas, únicamente, por propósitos de hallar soluciones prácticas, incurriendo con frecuencia en utopías, a no ser, como excepción, lo que nos aconseja el Dogma Socialista, por ejemplo, cuando nos recomienda «tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad» ⁽³⁾. Casi todos los tanteos han sido demasiado encaminados en obtener una utilidad inmediata y no inspirados por la preocupación exclusivamente científica. Echeverría, que particularizó su estudio a la Argentina, preanunciaba que «cada pueblo, cada sociedad tenía sus leyes o condiciones peculiares de existencia, que resultan de sus costumbres, de su historia, de su estado social, de sus necesidades físicas, etc.» ⁽⁴⁾. Este criterio influenció en toda su generación, cuyo exponente más elevado fué Alberdi. Pero donde se han detenido con preferencia los autores, para explicarnos la evolución social, ha sido en los fenómenos colectivos después de 1853. Un escritor ⁽⁵⁾,

(1) GARCÍA (J. A.), MATIENZO (J. N.), RIVAROLA (R.), GONZÁLEZ (J. V.), QUESADA (E.), BUNGE (C. O.), etc.

(2) ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Dogma Socialista*, ed. J. Roldán, Buenos Aires, 1915, pág. 35.

(3) E. ECHEVERRÍA, *Ibid.*, pág. 38.

(4) E. ECHEVERRÍA, *Ibid.*, pág. 39.

(5) ERNESTO QUESADA, *La Evolución sociológica Argentina*, Revista de Ciencias Políticas, tomo 2, pág. 647.

reduce el producto de la evolución desde entonces hasta ahora, a la influencia de dos factores: la inmigración y los capitales, mientras que la característica anterior se ha modificado moderada y discretamente. El desierto y la montonera — agrega — fueron vencidos con el telégrafo, los ferrocarriles, la inmigración, pero al mismo tiempo nació el indiferentismo político, y entonces, cuando aun no se dibujaba el triunfo próximo del sufragio popular, vaticinaba que el momento de la verdadera vida política estaba lejos. Como se ve, aquí incurría en una peligrosa generalización, por cuanto un elemento contingente, como es la libertad electoral, vino a sorprendernos con una nueva forma de vida política.

Otro escritor ⁽¹⁾, más amplio en su manera de considerar el fenómeno, opina que «la cohesión política no es sino una forma de manifestación de lo social en nuestra evolución, traduciendo en hechos [como] la renuncia de los derechos de aduana de las provincias para formar el tesoro nacional, y en 1891, los impuestos internos para la prosperidad nacional».

Yo me pregunto si no sería conveniente explicar en qué forma se ha llegado a esos resultados de orden económico, como producto de transformaciones sociales dentro del grupo, transformaciones que no siempre se han manifestado en una perfecta armonía, por haber existido y existir aún, algo así como una lucha entre el orden económico de fenómenos y el político. Esta lucha ha sido exagerada, quizás, por la presencia de factores ideales que pretenden un perfeccionamiento de la vida colectiva, a fin de hacer menos sensibles los desequilibrios económicos a que hemos estado sometidos constantemente. Pero, a fin de evitar mayores complicaciones en estos últimos tiempos, «la opinión pública pudo comprender que si hay entre la vida económica y la política una marcada separación e independencia, ellas no lo son tanto que en casos extremos la una no pueda arrastrar a la otra en sus desbordamientos o en sus disoluciones» ⁽²⁾. De ahí que surja un movimiento como el de 1890, y una reclamación pacífica pero vehemente, en esta última crisis, de que los gobernantes se preocupen más de los problemas de índole colectiva general, que del interés de un grupo o de una camarilla.

(1) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *El juicio del siglo*, suplemento de *La Nación*, año 1910, pág. 13.

(2) J. V. GONZÁLEZ, *Ibid*, pág. 14 (1.ª columna).

No puede dudarse que el país ha progresado colectivamente. El fenómeno social, resultado en mucho, de iniciativas individuales, ha actuado sobre éstas y las ha transformado en fuerzas adecuadas a las necesidades de la vida en común y si «nuestra cultura colectiva no alcanza [todavía] a ser una fuerza iniciadora y creadora de los sucesivos perfeccionamientos, es una fuerza de contención de las tendencias regresivas.» (1)

Pero ningún movimiento social histórico-político es más novedoso que el que nos ofrece el momento actual en que el país está en camino de realizar la tercera etapa de su evolución: la 1.^a fué la independencia; la 2.^a de organización y la 3.^a a la que asistimos, el sufragio, verdadera traducción de la vida democrática. Y para terminar, si dirigimos la mirada un poco más alto abarcando un campo mayor, vemos que asistimos a uno de esos fenómenos que tienen todos los caracteres de desenlace de un período histórico-social. Quizás aquel concepto de una humanidad armónica, deje de ser una utopía, si tenemos en cuenta que no se puede negar el progreso social.

Así como ciertas cuestiones, por ejemplo las religiosas, han dejado de ser pretextos de matanzas, así también sería de desear que desaparecieran las razones de predominio, que no son por cierto más hondas en la conciencia social de lo que fueron las religiosas. Se llegarán en consecuencia a hacer menos frecuentes las guerras, traduciéndose todo ello en una más completa organización.

La sociología, como ciencia, explica todos estos problemas, y hace comprender mejor el porqué y el cómo de los fenómenos sociales. Y a nosotros, los argentinos, nos incumbe además de ocuparnos de lo que al problema de la ciencia le corresponde, estudiar en forma más completa y perfecta las modalidades de nuestra vida colectiva.

VI

De acuerdo con estos conceptos, y atendiendo a las ideas que han informado a los fundadores de la Universidad de La Plata, en la rama jurídica, he creído interpretarlas presentando el si-

(1) J. V. GONZÁLEZ, *Ibid*, pág. 11 (4.^a columna).

guiente programa, un poco más amplio y preciso que el del año anterior.

INTRODUCCIÓN. — *Sociología*: concepto científico y elementos fundamentales que la caracterizan. Relaciones con los demás aspectos del conocimiento.

PARTE GENERAL. — *El fenómeno social*: método y procedimientos para su estudio. Exposición sumaria de las doctrinas sociológicas.

PARTE ESPECIAL. — *La realidad jurídica en el fenómeno social*:
a) La organización social y el nacimiento del derecho. b) Períodos de transición hasta el nacimiento del derecho científico. c) La permanencia de las formas sociales: el derecho público y el derecho privado.

EMILIO RAVIGNANI.

Marzo de 1916.

PANTEISMO

Del próximo libro: *Serenamente*.

I

Hoy quiero olvidar todo
entre estas pampas verdes, al galope
de mi caballo amigo, único amigo
que miro con ternura y me responde
con un largo mirar de esos sus ojos
; tan mansamente enormes!
con esos ojos suyos con que habla
; fraternalmente noble!

— Vamos, amigo, vamos donde quieras,
muy lejos de los hombres,
a gozar del paisaje de las pampas
esta aureolada tarde, vamos donde
las campiñas nos hablen y los pájaros
nos digan sus canciones;
donde los sauces narren sus historias
melancólicas, llenas de terrores,
de duendes, luces malas y de brujas...
Vamos, amigo, donde
eucaliptus y ombués canten fieras
odas hechas de bronce
para razas de bronce que ya fueron...
Vamos, amigo, donde
sean de cielo y tierra, tierra y cielo,
y el sol, sea de soles.

II

Y allá vamos los dos...

— Detente, bruto

amigo, que retocen
nuestros cinco sentidos correteando
por la humilde campiña, el árbol prócer;
por la sierpe cantante del arroyo,
esa sierpe cantante que ahora corre
en su lecho de hierbas y guijarros,
de zarzas y de flores...
(y, ¿no es así la vida, nuestra vida
cantadora que pone
su cristalina nota, áspera nota
sobre lo ruín, lo noble?)

III

Amigo: que retocen
nuestros cinco sentidos correteando
con nuestros pensamientos simples, sobre
los nuestros pensamientos que no piensan.
Que vayan nuestros ojos y se posen
en el sol, en la nube, en las campiñas,
en las aguas, los bosques;
y si sabes sentir verás que todos
si con amor los miras te responden.
Que vayan nuestros cuerpos a sus almas,
que idealmente se posen
con gesto fraternal, amigablemente...
ve mano mía y pone
los cinco pensamientos de tus dedos
en el sol, las campiñas y los bosques;
tráeme de esas cosas
su calor, sus amores...
y pósate en la caja de mi pecho,
donde mi corazón es ave, entonces
lo oirás cantar interminablemente
cual un ave que canta desde un roble.

IV

Sintamos, bruto amigo, esos perfumes
que son alma, son dones,
que son versos del cielo, de las nubes,
de los campos, los bosques;
que son versos y ritmo y poesía
como son en el hombre
las ilusiones ritmo, poesía:
¡nobleza noble de su carne noble!

V

Gustemos, bruto amigo,
del gusto de las aguas, de las flores,
del gusto de los cielos,
las campiñas, los bosques.
Que vayan a correr en nuestras venas
hechos aroma, donde
serán cerebral célula,
o serán sangre, músculo... y dialoguen
luego callada, muy calladamente
con nuestra carne noble.

VI

Oigamos, bruto amigo,
las palabras del campo y de los bosques,
del sol y de las nubes y los cielos,
del arroyo y las flores.
Oigamos que nos habla la campiña:
—«Mirad como yo doy todos mis dones,
«mirad como me entrego
«del sol a los fulgores,
«y como doy mis hijos:
«los frutos y las flores,
«sin pedir recompensa... soy humilde
«¡sed muy humilde, hombre!»

Hablan los bosques:

« Mirad los gigantescos hijos míos,
« los árboles que, dánse a los dolores
« del hacha y de la sierra; que se ofrecen
« mansamente, sin gesto de reproche,
« sin pedir recompensa; son humildes,
« ¡sed muy humilde, hombre! »

Habla el sol, el coloso:

« Toma mi fuego, alma del fuego enorme
« que ignifica mi vida y que es mi vida,
« os entrego mi alma, que se apropien
« de ella todos; no pido recompensa,
« no pido gratitud; y soy humilde,
« ¡sed muy humilde, hombre! »

Habla el cielo:

« Yo cubro todo el orbe
« de infinito a infinito,
« todo el que alza su vista me ve sobre
« su propia testa siempre:
« en el día, en la noche,
« reflejando en la comba de mi espejo
« todas las vidas; nada hay que yo ignore...
« No pido recompensa; soy humilde
« ¡sed muy humilde, hombre! »

Y nos habla el arroyo:

« soy llanto, siempre corre
« mi llorar hecho savia,
« o hecho en los corazones
« cálida sangre roja, o hecho fuerza,
« o hecho canción y amores...
« No pido recompensa; soy humilde,
« ¡sed muy humilde, hombre! »

VII

Sigamos, bruto amigo,
al rítmico vaivén de tu galope,
con la satisfacción de haber podido
hundir en plena unción los cinco pobres
sentidos del instinto en todo, en todo
y saber que ese todo nos responde.

Naturaleza ubérrima,
madre de vasta prole,
quien hacia tí se llega ¡cómo se halla
muy lejos de lo vil y de lo torpe!
quien hacia tí se llega ¡cómo aprende
a ser puro y ser noble!
quien hacia tí se llega ¡cómo olvida
que es esta triste realidad: un hombre!

ERNESTO MORALES.

NUESTRAS DUEÑAS

COMEDIA EN TRES ACTOS, DE ROBERTO GACHE

Estrenada el 16 de Junio de 1916, en el Teatro Apolo,
de Buenos Aires.

PERSONAJES:

Silvia	Mauricio
Mercedes	Miguel
Raquel	El nene
Carmencita	Fernando
Magdalena	Gutierrez
Antonia	Agustín
Elvira	Un invitado
Una invitada	Otro invitado
Otra invitada	Un sirviente

ACTO I

En casa del doctor Mauricio Ramírez. Las cuatro de la tarde. Un hall lujosa y distinguidamente presentado. Sobre la pared, a uno de los costados, un gran espejo. Al fondo, avanzando algo en el hall, separado por amplias vidrieras, un escritorio o salita.

ESCENA I

MERCEDES Y ANTONIA

Mercedes (la señora de la casa, unos 50 años, respirando frivolidad dentro de cierto aire duro o «estirado») y *Antonia* (vieja ama de llaves criolla, gruñona e irrespetuosa, pero en el fondo llena de afecto por la casa).

Mercedes. — De un momento a otro deben llegar. Tienen tiempo de sobra. ¡Ay, Antonia! Un personaje más en la casa... cuidados... novios...

Antonia. — ¡Ya era tiempo! ¡Pobre Raquel! Me la han tenido encerrada ahí tres años seguidos. Y para lo que sirve el colegio...

Mucho francés, mucho inglés y después no saben hacer dos huevos fritos...

Mercedes. — ¡Callate, por favor! ¿El cuarto de Raquel quedó terminado?

Antonia. — Está listo. Va a encontrar ahí todo lo que puede gustarle. ¡Y su perro, su pobre Dyck, buen gusto se va a llevar! ¡Pobre Nena! Habrá que buscarle un buen novio, para que sea feliz... Por más que muchas veces la culpa no la tienen los hombres...

Mercedes. — ¡Vamos, ya vuelves! Te he dicho que no te metas en estos asuntos. Hablas de Silvia: siempre has de decir más de lo necesario y siempre en defensa del otro...

Antonia. — ¿Y si no? ¡Si el otro es bueno y merece ser feliz, pues! Silvia lo está abandonando mucho ya; no sé cómo el niño Miguel no comienza a quejarse. Se ha de tragar las lágrimas...

Mercedes. — ¿Qué sabes tú?

Antonia. — Porque, ¡mire que vale el niño Miguel! Es claro, como que ha sido pobre y sabe bien cómo es el mundo. Y además, ¡libros tan bonitos que escribe! Digo, según dicen todos. El portero de al lado dice que son cosas que uno lee página tras página embobado, y que en menos de quince días se le va a uno el libro... (*Rumores a la entrada. Entran Mauricio y Raquel. Esta, hecha un torbellino, abraza a la madre y luego se prende al cuello de Antonia con su mayor efusión.*)

ESCENA II

DICHOS, MAURICIO Y RAQUEL

(*Mauricio*, «el doctor Mauricio Ramírez», dueño de casa, marido de Mercedes, es un personaje que compensa en forma lo que le falta en fondo. Muy «vestido», es, adentro de una irreprochable levita y bajo su permanente galera alta, un verdadero títere en manos de su esposa. La vida artificial a que ésta lo ha sujetado no le ha hecho perder, sin embargo, del todo, su fondo bonachón y sincero). (*Raquel*, de 18 años, es un lindo tipo de ingenua, con algo aún de escolar y mucho ya de mujer, franca, inteligente, fresca, moral y físicamente. Llega cargada de cajas y libros, en cuanto puede dar abasto su figura menuda).

Raquel. — ¡Al fin!

Antonia. — ¡Al fin!

Raquel. — (*Abrazando a Mercedes*). ¡Mamá, mamá querida!

Por fin, ¡qué feliz soy! ¿Y tú, Antonia? (*Abrazándola*). ¡Mi vieja adorada!... mi pobre vieja rezongona. Toma esto, a cuenta. (*Le planta dos besos sonoros*).

Mauricio. — Nos hemos demorado: esta chica no acababa de despedirse del colegio entero...

Raquel. — Y eso, que hace tres días venía preparando la despedida...

Antonia. — Deja esas cajas... ¿o las traes pegadas?

Mauricio. — No quiso dejarlas a cargo de nadie...

Raquel. — (*Dejando las cajas sobre el suelo*). Y estos libros ¿dónde estarán bien seguros? Tómalos, Antonia (*deja a Antonia cargada*), cuídamelos bien. Mira que yo no quise separarme de ellos... (*Echando con delicia una mirada alrededor*). ¡Ah! ¡La casa querida! Ahora nos veremos todos los días... no tendré que esperar más la llegada del Domingo... Todos los días... todos los días... (*Mercedes, Mauricio y Antonia — esta última siempre con su carga — harán un grupo a su rededor, sonriendo ante el encanto de Raquel. Un silencio. De improviso*) ¿Y Dyck? ¿Qué hace Dyck, Antonia? ¿Está bien el viejo?

Mercedes. — ¡Ahora es el perro! ¡Y no has visto todavía a tu hermana!

Mauricio. — Tiene razón tu madre. No sé cómo no has preguntado por Silvia. Antonia, ¿quiere avisarle que ha llegado Raquel? (*Vase Antonia*).

Raquel. — (*Gritándole a Antonia*). ¡Cuidado, donde pones los libros!

Mercedes. — ¡Jesús! ¿Tanto te interesan?

Raquel. — Me han hecho llorar... ¿cómo no he de quererlos!... (*Entra Silvia*).

ESCENA III

MERCEDES, RAQUEL, SILVIA Y MAURICIO

(*Silvia, 25 años; una de tantas mundanas, con más elegancia que corazón. Convencida de su belleza, acostumbrada a dominar, habla con algo de airado, dentro de cierta frialdad general estudiada, razonada*).

Raquel. — ¡Silvia! ¡Tan linda siempre! Hace tres salidas que no te veo. Pero, esta, es la definitiva!

Silvia. — Una no puede parar, hijita. ¡Ya verás lo que esto! El Domingo pasado pensé quedarme nada más que para verte, pero a último momento me llevaron al Golf....

Raquel. — ¿Y Miguel?

Silvia. — ¿Dónde quieres que esté? Búscalo detrás de algún libro.... Está bien, siempre.

Raquel. — Justamente, hace pocos días leíamos con una chica, en la *Revista Argentina*, su último cuento, «La tristeza de Susana»....

Mercedes. — ¡Chica! No te la dió él porque dijo que no era para tu edad.

Raquel. — ¿Sí? Pues nos gustó muchísimo... ¿Es cierto, Silvia, que es precioso?

Silvia. — (*Incomodada*) Sí... sí...

Raquel. — Vamos a verlo, a tu escritor! ¡Quizá le llevemos inspiración, para sacarlo de algún apuro! Y de paso, veremos a Dyck! (*Sale arrastrando a Silvia. Desde adentro*): ¡Dyck! Dyck!

ESCENA IV

MAURICIO Y MERCEDES

Mercedes. — Ya la fastidió a Silvia.

Mauricio. — ¿Por qué?

Mercedes. — ¿No la viste? Le sale hablando de ese cuento que la otra ni habrá leído. Es demasiado francota esta chica...

Mauricio. — ¡Imagínate! ¡Qué indiscreción!

Mercedes. — Tú siempre con tus preferencias por Raquel...

Mauricio. — ¡Se hace querer tanto! Esta chica me enseña muchas cosas. ¡Se le llega tan pronto al alma! Déjala así, no más, Mercedes, con su frescura natural. Mira: los hombres son como los helados: cuanto más duros, menos sabor se les toma.

Mercedes. — ¡Jesús! ¡Qué poco distinguido! (*Arreglándole la vestimenta*). ¡Esta corbata! ¡Cuidate más, hombre! ¡Cuidado con esa lengua! Eso que dices es vulgar... no está bien en un Profesor de Filosofía Griega...

Mauricio. — Ya te he dicho que aquí no hay griegos que valgan. Déjame respirar. Bastante tengo de griegos...

Mercedes. — «Bastante tengo de griegos»! ¡Qué bonito! ¡Si estás huyendo de la fama, zonzo! Así me decía hoy, viendo el retrato de Manolo en *El Liberal*. Todos han de salir, menos tú. ¡Claro, si te da por la modestia! Bueno; tú puedes ser lo que quieras. Pero, ¿y los demás? ¿No somos nada? ¡Demonio de hombre! ¡Has de morirte y no me darás el gusto de ver tu retrato en los diarios!

Mauricio. — ¡Y vuelta! Pero, mujer! ¿Por qué quieres que salga, ahora?

Mercedes. — ¿Por qué? No sé. Eso es asunto tuyo. Para algo eres profesor, ahora. Desde ahí puedes hablar y hacerte oír. Pero has tomado la costumbre de no hablar mal de nadie. Y dale con Jenofonte y dale con Platón, como si no hubiera entre los vivos de quién ocuparse. ¡Si yo hubiera sabido! Así no se van a ocupar de ti. ¡Caele al Presidente, caele a los Ministros, hombre! La cuestión es caer sobre alguien y hacer bastante ruido, para que te oigan...

Mauricio. — ¡Pero, mujer, me desesperas! ¿Cómo quieres que haga política desde una Cátedra de Filosofía Griega?

Mercedes. — No sé cuándo vas a tenerme fe. Ya podías reconocer lo que he hecho contigo. Cuando nos casamos, ni abogado eras. Se te había indigestado aquella última materia y si no es porque papá era tan amigo del profesor aquel...

Mauricio. — Ya sé... ya sé...

Mercedes. — Y después, una carrera segura, brillante... Secretario de la Academia de Veterinaria, Prosecretario de la Biblioteca Nacional, Director de Cementerios, Fiscal del Crimen... En fin! Hoy eres casi una autoridad científica... un intelectual... ¿No es cierto?

Mauricio. — (*Sin poder ocultar su satisfacción*). Así es... la verdad es que...

Mercedes. — ¡Si te mueres de gusto, hombre! Y con un poco de tu parte serías más, mucho más. ¡Ah! ¡Lo que yo haría con Miguel! Ese tiene más pasta...

Mauricio. — Muy amable, muy amable...

Mercedes. — ... pero Silvia no sabe hacerlo brillar. El muchacho podría ya ser una celebridad. Dicen que sus libros no son malos... Aunque la verdad es que con libros no se saca mucho: nadie los lee! De todos modos, no hay duda que ayudan, cuando son bien explotados. ¿No te animarías tú a escribir uno?

Mauricio. — ¿Yo? ¡Gracias! ¡Renuncio a tu gloria!

Mercedes. — ¿Sí? Pues la tendrás, aunque no quieras! Pasado mañana vas a pronunciar un discurso en la inauguración del Salón de Antigüedades Coloniales.

Mauricio. — (*Sobresaltado*). ¿Yo, un discurso? Vamos, Mercedes, por favor! No me expongas... ¿Qué puedo decir yo de antigüedades coloniales?

Mercedes. — ¡Ay! ¡Qué escrúpulos! Para eso entiendes de cosas griegas...

Mauricio. — Pero, mira, Mercedes...

Mercedes. — Nada; hablarás. Estoy comprometida ya. (*Entra Silvia*).

ESCENA V

DICHOS Y SILVIA

Silvia. — Mamá, si vamos a los Ejercicios no tenemos mucho tiempo.

Mercedes. — ¡Ah! Es cierto. ¿En las Catalinas, no? ¿Qué me pondré, ché? (*Saliendo, juntas*). Porque imagínate que el otro día las de Pereyra... (*Las palabras se pierden adentro. En el escritorio aparecen Raquel y Miguel, conversando*).

ESCENA VI

RAQUEL, MAURICIO Y MIGUEL

(*Miguel*, personaje de unos 30 años, marido de Silvia, de figura y expresión sencilla y sincera. Sin ninguna afectación, ingenuamente, infantilmente, vive todavía sus sueños y sus ideales, ignorante de su propio medio).

(Mauricio prende un habano y paseándose satisfecho, contempla uno y otro cuadro de su colección. Advirtiéndolo a Raquel en el escritorio):

Mauricio. — Aquí está Raquel! ¡Raquel! (*Entra ésta, con Miguel*). ¿Y, hijita? ¿Ya tomaste posesión de tu cuarto, de tu perro?

Raquel. — Ya lo ves... Y en la buena compañía de Miguel.

Por cierto que ya se la ha hecho pagar. Me ha robado un libro de mi cuarto. Vamos, Miguel, ¿me lo devuelves?

Miguel. — Raquel viene llena de entusiasmos literarios, Mauricio. Es una linda cabecita llena de cosas buenas.

Mauricio. — La verdad es que esta chica ha leído mucho...

Miguel. — Yo quisiera saber si ha sentido, también... (*Hojeando el libro*). Lamartine me lo dirá.

Raquel. — ¡Por Dios! Tu curiosidad me tiene inquieta. ¡Dámelo, Miguel! ¿Qué buscas?

Miguel. — El corazón de la lectora... una lágrima...

Raquel. — ¡Indiscreto! Me das el libro y te callas...

Mauricio. — Que no todo sean lecturas, hijita. Tú llevas ya mucho tiempo encerrada y...

Miguel. — Déjela seguir sus inclinaciones, Mauricio...

Raquel. — ¡No! ¡Si tú no puedes seguir las teorías de mamá! (*Burlona*). Menos ahora, que enseñas Filosofía Griega. Por cierto, siempre con Aristóteles auestas? (*Rompe a reir*).

Mauricio. — (*Violento*). ¿Por qué te ríes, muchacha?

Raquel. — ¿Yo? (*riendo*). ¿Yo? ¡No sé! ¡Soy una zonza! Es que pienso en vos... y en Aristóteles... y en Aristóteles... y en vos... y...

Mauricio. — Y en mí y en Aristóteles, ya sé...

Raquel. — Y me da risa. (*Prendiéndose al cuello de Mauricio*). Pero, no te enojés, papito! Si eres mejor que Aristóteles, Sócrates, Sófocles y todos tus otros griegos esdrújulos!

Mauricio. — (*Besándola*). ¡Chiquilina! (*Pausa*). Bueno. ¿Me vas a hacer caso, eh? ¡A pasear, hija, a pasear! Si no hay paseo, no hay novio...

Raquel. — No se me importa... es decir: se me importa mucho, pero en una forma muy romántica... muy ideal. Los paseos no sirven para eso. Ya nos los decía la Hermana Francisca: lo irreal, nada más que lo irreal... Desde mi cuarto, con un sillón cómodo y un buen libro para soñar, realizo el mejor de los matrimonios...

Mauricio. — ¡Pobre Hermana Francisca! ¡Tan vieja que debe ser! (*Levantándose*). Quítale esas ideas, Miguel. Si a todas las mujeres les diera por la irrealidad... por los sillones cómodos y los libros buenos, negocio para las mueblerías, para las librerías, pero no para los hombres... (*Vase*).

ESCENA VII

RAQUEL Y MIGUEL

Raquel. — ¿Qué dice el escritor? ¿Tiene razón papá?

Miguel. — Yo deseo, como tú, que esté equivocado. Tengo también una loca religión hecha de quimeras. Sin embargo, Raquel, ¿no ves como todo es lucha? Hasta entre los corazones...

Raquel. — Pero, más allá de todo eso, Miguel...

Miguel. — ¡Ah! ¿Tú sabes también de ese más allá? Sí, es cierto: mirémoslo siempre... es un consuelo forjarse muy grande el fin de esta lucha pequeña... (*Entra Silvia*).

ESCENA VIII

DICHOS Y SILVIA. LUEGO, UN MUCAMO

Silvia. — Perdón, Miguel. ¿No viste si la mucama pasó con una caja de sombreros?

Miguel. — ¿De sombreros?. No he visto nada, querida. ¿Vas a salir?

Silvia. — Hay ejercicios en las Catalinas. Nos vamos con mamá.

Miguel. — ¡Y yo que pensaba invitarte a oír mi comedia! La terminé anoche, sabes? Mira, son casi las seis. Dedicame lo que te queda del día. Quédate a mi lado (*acariciándola*), como dos enamorados....

Raquel. — (*Palmoteando*). Así, así me gusta!

Miguel. — (*En tono de reproche cariñoso*). ¿Y así me robas hasta la última hora de la tarde, mi Silvia? ¡Sales de nuevo, cuando acabas de llegar de la calle!

Silvia. — ¿Me lo reprochas? ¿No sabes que a las cuatro era la conferencia del Ateneo Argentino? Había que ir, ¿no es cierto? ¿No dices que me instruya? ¡Me instruyo!

Miguel. — Sí, hijita, y está muy bien. No digo nada. ¿Muy interesante?

Silvia. — No sé. Había que ir, porque iba todo el mundo. Fer-

nando estuvo con nosotras. Aquello estaba lleno: hubieras ido, hombre! ¡Cómo me gustaría que tú dieras una conferencia! Así le decía a Fernando. ¡Eso es lucir, eso es figurar! En lugar de dar un libro cada año, como tú, y pasar desapercibido en esta especie de escondite que has hecho de casa. ¡Vieras, Raquel!: trabaja a matarse meses y meses, para que al fin dos o tres diarios le dediquen un articulito. La rabia que me da en las visitas: todo el mundo habla de fulano o de zutano. «Que zutano va a escribir un libro, que dicen que ha escrito un drama, que los versos de fulano...» ¡Qué se yo! No creas que es porque los leen... los comentan, solamente. Y traen un nombre y les da por ensalzarlo y así hasta las nubes. Pero de éste, nada. No entra en moda...

Raquel. — Que escriba un libro verde...

Silvia. — ¡Otra cosa son las conferencias, hijo! En lugar de perder tus mañanas en un insignificante Colegio Nacional. ¡Como si precisaras! ¡Ay! ¡Si es delicioso! Cuando entras y todos te aplauden...

Raquel. — Aunque nadie sepa qué puedes decir... ¿Y de qué se trató en la famosa conferencia?

Silvia. — (*Sorprendida*). ¿De qué se trató (*Pausa, riendo*). No sé... Es decir... algo, es claro... ¡Es que estábamos tan atrás! Hablaba Jaime Castro. Pero, ¡qué buena concurrencia! Es necesario que tu también hables, Miguel. ¡Nuestro mejor mundo!

Miguel. — ¿Y a qué has ido, entonces?

Silvia. — (*Extrañada*). ¿Cómo a qué he ido? ¿No te lo dije?

Miguel. — Todavía no...

Raquel. — Vamos, Silvia, algo habrás sacado. ¡No desesperes a Miguel!

Silvia. — ¿Algo? Algo muy bueno (*Confidencialmente, mientras Raquel y Miguel prestan su mayor atención*). La de Figueredo ha acabado por escaparse con el tipo ese y se han ido juntos a Montevideo! (*Pausa*). ¿No se sorprenden? (*A Raquel*). ¿Te parece muy natural, bobalicona? ¿Esta es la moral que has aprendido en el colegio?

Miguel. — ¡No! Yo estoy sorprendido. ¡Mucho más que sorprendido! ¡Asombrado, hijita! ¿Cómo? ¿Has ido a una conferencia y sólo oíste una murmuración? ¡Ja, ja, ja! Fernando habrá sacado algo más: ahora nos lo dirá...

Silvia. — Me dijo que no podría venir, a pesar de habértelo prometido...

Miguel. — (*Contrariado*). ¡Ah! (*Pausa*). Vendrán los demás. Vamos, querida, si te quedas aquí esta tarde, tendrás una lectura más entretenida, lo espero... Van a venir además algunos amigos, ahora, de un momento a otro...

Silvia. — No, mamá me espera; tenemos que salir. Además, voy a ver si me doy un momentito para ir a lo de Montes. El otro día encontré a la señora y me preguntó por tí. Dice que no la has saludado cuando la muerte del marido...

Miguel. — ¡Ajá! Parece que mi saludo podía consolarlas! Es cierto, no me acordé del asunto...

Silvia. — ¿Y crees que puedes seguir así, poniendo en peligro todas mis amistades?

Miguel. — ¡Pero, hija! ¡No es posible estar en todas las cosas! Cada cual tiene su camino... y lo sigue. O estoy en tus salones o en mi escritorio...

Silvia. — ¡Ridículo! ¡Una tarjeta de saludo es cuestión de un segundo!

Miguel. — ¡De muchos segundos! ¡De horas! ¡Hay que consagrarse íntegro a la vida del saludo! (*Pausa*). ¿No te quedas, entonces?

Silvia. — ¡Imposible! De todos modos, vendrán tus amigos. Ya tienes tu público... ¡Ah! Que no vayan a echar tanta colilla de cigarrillo sobre la alfombra. El otro día era una inmundicia como dejaron... (*a Raquel*). Los verás, Raquel! ¡Tiene gustos extraños, mi marido! ¡Habiendo tanta gente limpia en el mundo, ha ido a hacer amistad con una colección de tipos vestidos en las Tres Bolas!

Miguel. — ¡Vestidos, siempre vestidos!

Raquel. — Vamos, Silvia. ¡Que eres mala! Si son sus amigos viejos, los compañeros de sus aficiones...

Miguel. — (*A Silvia*). Si te avergüenza que entren aquí...

Silvia. — ¡No! ¡Ya te he dicho que eres libre de traerlos! Pero no me obligues a compartir su amistad. Paso a Fernando... y nada más. Se está poniendo pegajoso, te diré...

Miguel. — ¿Fernando?

Silvia. — ...pero, con todo, es el mejor de todos. El único que sabiendo de literatura, sabe también de higiene...

Miguel. — Un gran muchacho! Lo verás, Raquel... Un gran corazón... (*Entra un mucamo*).

Mucamo. — Señor; el señor Méndez, que desea hablarlo...

Miguel. — ¡Que pase, que pase! (*A las otras*). Comienzan a llegar...

Silvia. — (*A Raquel*). ¡Agustín Méndez! ¡Un tipo, querida! Quedémonos un momento: verás como lo intimidamos... (*Se dirigen a un costado. Entra Agustín, como toro en un redondel, sin saber para donde tirar. Lleno de modales tímidos, atraviesa la sala para dar la mano a Silvia y prescindiendo torpemente de Raquel, se acerca a Miguel. Silvia, sonriendo burlonamente, se retira llevándose a su hermana*).

ESCENA IX

MIGUEL Y AGUSTÍN

Miguel. — ¡Hola! ¡Mi romántico! ¡Eres el primero! Los otros se hacen esperar...

Agustín. — Como si ignoraran que vas a leerles una maravilla de las que tú acostumbras...

Miguel. — ¡Vamos, hombre! ¡No exageres!

Agustín. — Sólo por el gusto de estar entre estas preciosidades, es cosa de anticiparse en una hora a la cita... Eres feliz, tú. Nada te falta... Más feliz que los tuyos...

Miguel. — Es lo que me atormenta: no poder hacer llegar a mamá algo de esta opulencia que me sobra...

Agustín. — Es verdad, tienes recursos que te sobran... Yo no sé como conservas esas cátedras; para la falta que te hacen...

Miguel. — Cuestión de delicadeza, querido. Gasto en mí lo que yo me gano... De novio, me horrorizaba pensar que podía entrar como parásito a esta casa...

Agustín. — Y así conservas tu independencia total. Guardas tus amigos de siempre, que son los que más han de apreciarte y quererte...

Miguel. — ¡Agustín!

Agustín. — ¡Ay, Miguel! (*Pausa, suspirando*). ¡Estas flores no son para todos! ¡Si supieras! Ando desde esta mañana atrás de cincuenta pesos... No me dirigí a tí desde un principio porque, tú comprendes... a veces me parece que abuso...

Miguel. — ¡Hombre! ¡Qué poca confianza! ¡Me dejas triste! ¿Acaso puedo dudar de Vds.?

Agustín. — Es que no es la primera vez y...

Miguel. — Cállate, por favor. (Dándole el dinero). Y, antes que vengan otros, aquí los tienes...

Agustín. — Gracias, viejo. A tí nada te cambia. Y ahora, me vas a disculpar... Tengo que irme...

Miguel. — ¡Oh! ¿Y no oyes mi lectura?

Agustín. — ¿Para quién será mayor la pena? No sabes lo que siento. Pero tengo que pagar estos pesos... Luego me darás tu comedia y la leeré, yo solo, con esa fruición que tú solo me produces... Y ahora, me voy. ¿Qué tienes? ¿Te enojas?

Miguel. — No, Agustín. Es tristeza, lo que tengo. En el fondo, ¡cuánta confianza, cuánta sincera camaradería con ustedes perdí al entrar en esta casa!

Agustín. — (*Falsamente compungido, saliendo*). Es cierto: da pena ver como se debilitan las amistades... como se pierde esa buena confianza de ayer... (*vase*)

ESCENA X

MIGUEL Y UN SIRVIENTE

(Despedido Agustín, vuelve Miguel, desde la puerta, por un instante pensativo. Luego, toca la campanilla. Aparece un sirviente).

Miguel. — Mire, José: de un momento a otro van a venir varios amigos, unos seis u ocho. Prepare te para todos ellos y ponga también unos licores...

Sirviente. — ¿Se les sirve en el escritorio, señor?

Miguel. — No... (*Pausa*). Nos va a resultar chico... Mejor, ocuparemos esta sala. De todos modos, los de casa salen. Sirvanos aquí, no más...

Sirviente. — Está bien, señor. (*Vase. Miguel, con cierto infantil apresuramiento, prepara en el centro del salón una mesa y varias sillas y lleva una lámpara sobre aquélla. Luego, vase. Entra Mercedes, de sombrero, en dirección a la puerta, seguida de Raquel*).

ESCENA XI

MERCEDES Y RAQUEL. LUEGO, SILVIA

Mercedes. — ¿Tú no vienes, entonces? Empiezas mal, Raquel. No creas que te voy a dejar seguir así. Por lo pronto, vamos a dar un baile para presentarte...

Raquel. — Una más al redondel de los zonzos...

Mercedes. — Ahora, hijita, es tiempo de que dejes tus niñerías; basta de risotadas y de libritos románticos. Aquí, en nuestro salón, serás de hoy en adelante (*recalcando*) «una mujer»...

Raquel. — ¡Jesús! ¡Cómo lo dices! «Una mujer»... ¿Y qué es eso?

Mercedes. — «Eso»... «eso» es algo — no sé qué — que manda por ahí, que maneja. Algo que no es títere entre los hombres, sino dueño; algo que no necesita ni letras ni libros, sino formas, muchas formas, en carnes, en trajes, en palabras... ¿Entiendes?

Raquel. — Entiendo. ¡Guerra al espíritu!

Mercedes. — Porque puede más el buen sentido. Mientras él nos guía, nosotras podemos ignorar perfectamente cuántas partes tiene el mundo...

Raquel. — Cinco...

Mercedes. — ... o quien inventó la pólvora...

Raquel. — Los chinos...

Mercedes. — ¡Te callas! ¡No se me importa nada de tus chinos! ¡Sabihonda! ¡Ni sé dónde están!

Raquel. — En el Asia...

Mercedes. — ¡Acabarás! (*Entra Silvia, de sombrero*). Todo eso es inútil... como los sabios... como los poetas...

Raquel. — ¡Oh, los poetas...!

Silvia. — De cerca decepcionan, hijita. Tú crees alcanzado tu príncipe azul y se lo sacrificas todo. A los veinte años, todas somos iguales. ¿Crees que ellos nos comprenden? Míralo a Miguel: metido en su biblioteca: no quiere hacerse conocer. Parece que tuviera miedo de que hablaran mucho de él. Y tanto que yo soñaba con sentirlo admirado, con saberlo notable... y mío... nada más que mío...

Raquel. — ¡Mujer! ¡Eso era casarse con una fama y no con un hombre!

Mercedes. — Nunca será nada. A menos que consigamos encaramarlo sobre sus mismos libros. (*Vanse Mercedes y Silvia*).

ESCENA XII

RAQUEL

(Se pasea unos instantes en el salón, en actitud meditativa. Al pasar frente al espejo se mira, repetidas veces, hasta colocarse decididamente enfrente).

Raquel. — ¡«Una mujer»! ¡«Una mujer»! (*Pausa*). (*Hablando con su propia imagen, en el espejo*). ¡Pobre Raquel! Parece que aquí es malo soñar... es malo reír... es malo ser buena. ¡Ah! ¡Qué lejos quedó el Colegio y la sonrisa de las buenas hermanitas! ¿Oíste, Raquel? Te van a lanzar al mundo... al redondel de los zonzos... (*Pausa, con un movimiento coqueto*). Y... vaya que puedes enloquecer a más de uno! Mirame bien: ¿soy linda, eh? Si pudiéramos saber! Para quién serán tus ojos azules... (*lánguidamente*); para quién, este besa grande que se me escapa de los labios... (*Pausa*). Si fuera rubio... y tuviera un aire pensativo y soñador... Si hiciera versos... yo los aprendería sobre sus rodillas y lo haría siempre mío, mío solo... (*Abrazando en el aire, con un gesto arrobado*). ¡Mi pichón, mi pichón adorado!... (*Al finalizar esta escena, Miguel aparece en la puerta de su escritorio, asistiendo con extrañeza al soliloquio de Raquel*).

ESCENA XIII

RAQUEL Y MIGUEL

Miguel. — ¡Una romántica a la vista!

Raquel. — (*Asustada*). ¡Ay!... ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! Estaba diciendo locuras... puras locuras...

Miguel. — No digas eso, tonta. Si nunca estuviste más cuerda. Ese es tu papel... sigue en él y no lo malogres. ¿Vergüenza? ¿Por qué? ¿Porque tienes corazón y lo muestras?

Raquel. — (Riendo). Al espejo...

Miguel. — Hasta que algo menos frío que el espejo sepa reflejarlo igual...

Raquel. — ¡Poeta! ¡Qué bien entiendes estas cosas! Me tranquilizas; inspiras una confianza!

Miguel. — Es que tú, sin saberlo, las entiendes también maravillosamente. Por ejemplo, en mí... (*Cortado*).

Raquel. — No te cortes. Siga el ejemplo...

Miguel. — Cuando recién hacías ciertos reproches a Silvia, leías en mi corazón...

Raquel. — ¡Es bien fácil!

Miguel. — No para todos. Por ejemplo, en esta casa creen que tengo el deber de ser feliz! No es que sea desgraciado, no...

Raquel. — Pero...

Miguel. — Algo hay de incompleto aquí, algo...

Raquel. — ... que es mucho. Lo sé. ¿Por qué no me lo dices? ¡Pobre Miguel! ¡Tú no vives contento!

Miguel. — La culpa quizá sea mía...

Raquel. — ¿Por qué dices eso?

Miguel. — Yo voy viendo que mi posición en esta casa no es natural. Antes no lo advertí, porque estaba demasiado ciego... Al fin, nosotros, con todo nuestro buen nombre, no somos sino unos pobres... unos desconocidos...

Raquel. — No, Miguel! Tú vales más que todos. Al contrario, Silvia no te merecería...

Miguel. — (*Moviendo tristemente la cabeza*). Tú no comprendes, mi buena Raquel. Tenías entonces catorce años, eras una chica. Sólo mi delirio por Silvia pudo moverme a saltar tantas distancias. Siempre había sido para mí una princesa lejana... Pero, qué quieres, un buen día pude entrar en el mundo, de sopetón, como empujado quieras que no por aquella novela que tanto ruido hizo... Cuestión de moda; después he escrito otras mejores y nadie las conoce... Y todos los que sabían mi pasión me trajeron hasta aquí, para colmar mi felicidad. Tú ves, la tentación era enorme. ¡Hacía tanto tiempo que yo la seguía de lejos! ¿Debí resistir, al lado ya de ella? Y luego, su acuerdo fué tan rápido, tan audaz... (*con tristeza*). ¡Dios mío, Raquel! Tú vas a oír mi primera, mi más honda queja... Aquello que me pareció un arranque generoso de mi Silvia, se me aparece ahora como un vulgar capricho. Un capricho nacido del elogio de los

diarios, de aquella notoriedad súbitamente adquirida. Tú conoces sus debilidades. Y todo pudo ser así un engaño, un sentimiento improvisado, sin base, sin vida. ¿No lo crees, tú, también? ¡No te rías, Raquel! ¡No te asombres! ¿Ves? Soy un niño... éste soy yo... Me estás viendo como nadie... nadie me ha visto...

Raquel. — ¡Si yo sabía que tú debías ser así, pobre Miguel! Comprendo que te aflijan las frialdades de Silvia. Es como para desesperar a cualquiera. Pero hay que conocerla. Ella te quiere, yo nunca lo he dudado. Y sería feo y malo que tú creyeses otra cosa... Ni necesitas tampoco que yo te lo diga. Tan seguro estarás que Silvia y cualquier mujer tiene que encantarse con tu amor... Nunca debes olvidar cómo defendió su cariño. Tuvo que sufrir oposiciones...

Miguel. — Ya sé. Tu mamá no me aceptaba. Mil veces me lo he recordado a mí mismo. Pero — ¿quién sabe? — aquella oposición sólo pudo afirmar el capricho de Silvia. ¡Es tan dominadora, tan caprichosa!

Raquel. — No, Miguel. Silvia te quiere, a su manera. No te atormentes. Yo la conozco bien. ¿Sabes? Se preocupa por tí, aunque no te lo diga...

Miguel. — (*Ilusionado*). ¡Ah! Si fuera cierto!

Raquel. — Y te elogia... y busca tu triunfo... En todo eso hay cariño, Miguel...

Miguel. — ¡Si fuera cierto! En medio de todo, yo... no me decido a dudar. ¡Mi Silvia! Cuánto hubiera dado para que se quedara hoy conmigo...

Raquel. — ¡Enamorado! ¿A oír tu lectura? (*Señalando la mesa*). ¿Eso es para tu público?

Miguel. — Sí. ¡Pero no viene nadie! A las seis era la cita. Dos han avisado que no vendrían. Los otros... (*Pausa, sacando el reloj*). ¡Las seis y media! ¡Me he quedado sin público! (*Con tristeza*). ¡Los amigos! ¡Los ideales! (*Recogiendo los manuscritos y saliendo lentamente hacia su escritorio*). ¡Esto es triste, también, Raquel!

Raquel. — (*Tímidamente, deteniéndole*). ¡Miguel! ¿Y por qué... (*cortándose*)...

Miguel. — ¿Qué?

Raquel. — ... no me la lees a mí?

Miguel. — (*Sorprendido*). ¿Te interesa?

Raquel. — ¡Enormemente! ¡Si tú supieras!

Miguel. — Si es así... (*volviendo a la mesa*). (*A los papeles*). No te quejes de tu suerte: tendrás un público único: un corazón grande que sabe sentir. ¡Público, sentarse! (*Apaga la luz de la araña y queda la de una pequeña lámpara, sobre la mesa de la lectura. Raquel, sentada enfrente, en medio de los 6 u 8 sillones vacíos*). ¿Estamos? Comencemos: (*leyendo*) «Acto Primero. Un vasto jardín, lleno de flores. Una tarde quieta y perfumada. Aparece Marta. Veinte años, fresca y delicada...»

TELÓN.

ACTO II

Una sala, profusamente iluminada. Separada por una vidriera, atrás, el amplio salón en casa de los Ramírez, donde se realiza un baile. Trajes de etiqueta.

ESCENA I

MERCEDES Y MAURICIO

Mercedes. — Bueno. Y nada de achicarse, ¿eh? Esta es la nuestra. Tenemos en casa lo mejor del Gobierno. Hace dos años que estás de Profesor de Filosofía. Es tiempo de que adelantes. Hoy lo tienes en tu mano.

Mauricio. — Está bien, mujer, está bien! Me cansas con tanta recomendación. Haré lo que quieras: ya te he dicho...

Mercedes. — Mira, ahí está la de Herrera. Trata de lucirte delante de ella. Acuérdate que el marido es ministro y que piensa lo que ella quiere que piense. No te digo más. ¡Ah! No descuides a Enriqueta...

Mauricio. — Madre de un diputado...

Mercedes. — (*Saliendo*). Algo es algo... (*Entran, por la puerta del salón, Fernando y Miguel*).

ESCENA II

MAURICIO, MIGUEL, FERNANDO

Mauricio. — ¿Cansados de la fiesta?

Fernando. — Ya lo conoce a Miguel. Como no puede llevar su biblioteca al medio del salón..

Miguel. — Vamos, tú claudicas, Fernando. Acuérdate cuando te venías a casa, a encerrarte los tres días de Carnaval. A huraño, me ganabas... (*Con suspiro*). ¡Ah! Los tiempos son otros...

Mauricio. — La verdad es que el amigo Fernando ha adelantado mucho sobre aquel pequeño salvaje que nos hiciste conocer hace tres años...

Fernando. — ¿Y quienes me habrán cambiado, mi querido doctor? En dónde, sino en esta casa, donde hallo mis mismas aficiones, entre amigos generosos y ricos, sobre todo ricos, que es decir libres de toda pequeñez de miseria...

Miguel. — ¡Oh, Fernando! Tú, el socialista...

Mauricio. — Déjalo, Miguel. Todo aquello eran chiquilinas. Mira; con un frac en el ropero, nadie puede ser socialista. ¿No es cierto, amigo? (*Saliendo*) ¡Hay tanto que ver! ¡Hay tanto que probar!

ESCENA III

MIGUEL Y FERNANDO

Fernando. — ¡Je, je! Me hace gracia tu suegro. Hablando en plata, te diré que no es tan bruto como parece...

Miguel. — Tiene un buen sentido aplastante. Hubiera sido un excelente padre de familia si a la mujer no se le ocurre hacerlo un mal profesor de filosofía...

Fernando. — Bueno; la verdad es que a los padres de familia nadie les saca fotografías en los diarios, ¿eh?

Miguel. — La manía de esta casa... ¡Pequeñeces femeninas, Fernando! Pequeñeces que yo querría corregir...

Fernando. — ¡Imprudente! Déjalas que sean pequeñas. Si no, sería incómodo jugar con ellas...

Miguel. — ¡No seas así; te desconozco! Tú, el sentimental... Te diré que aquí, entre tantas luces, parece que perdieras aquel fondo triste que tanto nos uniera...

Fernando. — Es que, realmente, nuestros méritos suelen no ser más que efectos de luz... Allá, en casa, soy el mismo. Pero cuando entro acá y veo tanta mujer linda y tanto brillo y tanta holgura... los sentidos me roban esa tristeza que me hace bueno, Miguel, y me entra un deseo extraño de vivir, un antojo loco de probar de todo, ¿entiendes? ¿Por qué hacer una religión de la melancolía? Quisiera hacer mi placer a la manera de toda aquella gente y desde aquí veo muy ridícula mi soledad entre mis versos...

Miguel. — ¿Tu soledad? Fuimos muchos los que gustamos contigo aquella irrealidad, Fernando. Y aun hoy, créeme, yo soy el mismo...

Fernando. — (*Pausa*). Oye, Miguel: si siguiéramos así, ¿tú sabes lo que haríamos de nuestra vida?

Miguel. — Una eterna, una bella ilusión...

Fernando. — ... o una eterna renuncia, que es peor...

Miguel. — Si está en nosotros el vivir así... Si este es el camino que elegimos libremente...

Fernando. — ¿Libremente? ¡No lo creas! Eramos pobres, renunciábamos fácilmente a lo que no teníamos... Entre tanto, los versos, los ensueños no nos costaban nada...

Miguel. — Así manteníamos íntegra nuestra personalidad... Sabíamos ser altivos...

Fernando. — Es cierto... pero — ¿quién sabe? — en nuestra debilidad, aquellas altiveces sin fondo quizá no fueron más que recursos.

Miguel. — ¿Para qué?

Fernando. — Para llegar...

Miguel. — ¿A dónde?

Fernando. — (*Pausa, lentamente*). Aquí...

Miguel. — (*Enérgico, sinceramente excitado*). No... no... Fernando... Tú sabes que no, porque me conoces... Para mí, «llegar» no es esto... Si quieres, un alto en la jornada, frente a mi Silvia..., un instante de contemplación sentimental, hasta que mi delirio por ella quede confundido en la pasión total de mi vida... Y yo sé que tiene que ser así... y ese será mi premio: sentir un día que Silvia y mis ensueños y yo mismo somos una sola vida...

Fernando. — (*Con cierta acritud*). ¡Siempre serás igual! ¿Y crees que es posible vivir así, para un mañana remoto... quizá imposible?

Miguel. — (*Con dureza*). Razonas demasiado. Antes hablaba tu corazón y eras mejor...

Fernando. — Perdona, Miguel, lo decía por tu bien... Me desespera que malogres así tu felicidad...

Miguel. — Ya sabes que no la malogro, puesto que quiero conquistarla. ¿Acaso te parece tan difícil mi conquista?

Fernando. — (*Turbado*). ¿Lo dices... por Silvia?

Miguel. — Si... ¿No es ella ese «mañana remoto» de que hablas?

Fernando. — (*Idem*). Quizás...

Miguel. — No acabarás nunca de comprenderla...

Fernando. — Tú te preocupas demasiado de ella...

Miguel. — ¡Hombre! ¡Es mi mujer!

Fernando. — Pero no tu esposa...

Miguel. — ¿Eh? (*Pausa*). Entonces, ¿qué harías tú en mi lugar?

Fernando. — Me acostumbraría a verla lejos, mejor dicho, a sentirla lejos...

Miguel. — ¡Tú me predicas la indiferencia, Fernando! Por favor, estos pesimismos te los guardas...

Fernando. — Veo mejor el peligro de este lirismo tuyo y te acerco a la realidad, nada más... Persigamos si quieres nuestra vieja quimera, pero por otros caminos menos ásperos, Miguel. Está bien soñar, pero debe ser mejor realizar los sueños. Y para eso hay que descender, hay que ensuciar las manos en la tierra... (*Pausa*). Como dice tu suegro, ¡hay tanto que probar! Tú, ¿por qué no te lanzas?

Miguel. — ¿Yo?

Fernando. — No sé por qué has de huirle a Justa Lezama, que está empeñada en enamorarse de ti...

Miguel. — (*Riendo*). ¡Hombre! ¡Ahora predicas el vicio y la infidelidad!

Fernando. — Parece que en tí ha encontrado el último artefacto de su nueva instalación. ¡Un palacio!

Miguel. — ¡Hijo, completamente en ayunas! ¿Quién es esa mujer?

Fernando. — Una mujer que lee muchísimo y — lo que es más notable — que practica lo que lee...

Miguel. — Pues, hijo, mejor no hubiera leído nada...

Fernando. — No creas. La que quiere leer inmoralidades, las lee hasta en los libros de misa. Te lo digo en serio: esta aventura te sería muy oportuna...

Miguel. — (*Con un gesto de protesta*). Vamos, Fernando, ya has dicho bastante...

Fernando. — Justita es muy rica, muy vinculada, de la *crème*... Esto te hará bien. El próximo libro lo vendes hasta agotarlo.

Miguel. — (*Riendo*). ¿Con el retrato de ella?

Fernando. — ¡Eso sería una inmoralidad! ¡Y nadie te lo compraría! (*Pasan de una puerta a otra Silvia y Raquel*).

ESCENA IV

DICHOS, SILVIA Y RAQUEL

Miguel. — Silvia ven! Un poco de familia...

Silvia. — ¿Por qué están arrinconados ustedes dos? Le prohibo, Fernando, que le consienta esas rarezas a Miguel...

Fernando. — (*Que tratará con extremada amabilidad a Silvia*). Vamos a sitiario por hambre. Me voy con usted, Silvia, y dejamos solo a nuestro anacoreta...

Raquel. — (*Desplomándose sobre el sillón, al lado de Miguel*). ¡Otro anacoreta! Estoy mareada... Media hora más y los mozos tendrán que ir a pedirme piezas a la cama...

Silvia. — Como quieran. Renuncio a corregirlos. ¿Nos vamos, Fernando? (*Salen, del brazo, deteniéndose en el camino, en galante y risueña conversación*).

ESCENA V

RAQUEL Y MIGUEL

Raquel. — Por fin, un segundo de intimidad. ¿Qué contestaron de la imprenta, Miguel?

Miguel. — Mañana tendremos pruebas...

Raquel. — ¡No sabes como las espero! Es que, en letras de molde, todo eso se siente mejor, se lee mejor...

Miguel. — ¡Leerlos mejor! Si te sabes casi de memoria mi novela...

Raquel. — Es cierto. Pero hace un mes que se llevaron los originales y tengo antojo de hojearlos de nuevo... (*Sin poder contener cierto modo sentimental*). Nunca has estado más personal, más íntimamente dolorido... Aquel Eugenio es casi nuestro melancólico Miguel de todos los días...

Miguel. — ¿Me lo reprochas?

Raquel. — No, Miguel. Más bien te envidio. (*Lentamente*). Bien siento yo que a veces hay cierto goce en la propia tristeza.

Miguel. — (*Con alguna extrañeza*). ¡Raquel...! (*Pausa*). Es cierto... Pero nadie sabe de esto: romanticismos fuera de moda, romanticismos ridículos...

Raquel. — ¡No! ¡No! (*Cortada*). ¡Al menos para mí, no!

Miguel. — Es extraño que aquí, a dos pasos de tanto snob, de tanto artificio, estemos diciendo estas cosas...

Raquel. — (*Lánguidamente*). Es cierto... Y si una, por esto, debiera ser más feliz...

Miguel. — Algún día te lo dirá aquel del espejo...

Raquel. — ¡Algún día. (*Pausa*). ¿Sabes lo que pretende mamá? Casarme con El Nene...

Miguel. — Lo sé. No te prevengo contra él... no necesitas...

Raquel. — ¡El pobre es un infeliz! La mamá le dice que es «muy mono» y él cree con eso que es hombre ya... Un pequeño error de zoología...

Miguel. — ¿Y él, te ha dicho algo ya?

Raquel. — Está en el redondel... Ahora entra a matar. Déjalo que se acerque. Voy a divertirme. (*Entran en bullicioso grupo, Silvia, Fernando, Magdalena, El Nene, dos invitados y dos invitadas*).

ESCENA VI

DICHOS, SILVIA, FERNANDO, MAGDALENA, EL NENE, DOS INVITADOS Y DOS INVITADAS. LUEGO, ELVIRA Y GUTIÉRREZ

(Formarán un grupo al rededor de Raquel y Miguel. Fernando y Silvia, algo separados, como para una conversación más íntima)

Magdalena. — ¡Muy bonito! Te pasas los días escondida y aquí, nos robas a nuestro poeta...

Invitado 1.º — Lo buscábamos, Miguel. Para que decida una discusión. A propósito de la 3.ª edición del libro de Carlitos Urbiza. ¡Algo admirable! Y dice Fernando que son versos insoportables...

Miguel. — Fernando exagera... si aquello no son versos...

Magdalena. — ¡Uy! ¡Qué pica! Pues a mi me parecen que son. ¡Y buenos... admirables!

Miguel. — Si Vds. creen...

Raquel. — (*Poniéndose de pie*). Escuchen, escuchen! «El retrato de familia». Se acuerdan?

«En la ojiva carcomida de un marco muy antiguo,
cayéndose de viejo a fuerza de amarillo
el retrato de familia muestra al padre chiquillo,
de la mano de la abuela, entonces buena moza.

«Es un viejo testigo de cosas que pasaron,
de cosas que acabaron porque tuvieron fin.
Aquella buena madre ya se murió de vieja
y al niño lo mataron de un golpe de adoquín».

Magdalena. — ¡Original!

Invitado 1.º — ¡Hay creación!

Invitada. — Carlitos es un talento...

Miguel. — Un talento «muy mono», ¿eh?

Invitada. — A mí me ha dedicado un soneto: el amor en zapatillas. ¿Original eh?

Invitado 1.º — El talento se le conoce en las rarezas. Una idea única, esto de cantar el amor en toda clase de vestimenta...

Magdalena. — A mi me lo dedicó en camisa... (*A Raquel, convencida*). Pero ¡qué estilo, hijita, qué estilo! (*Al Nene*). ¿No es cierto?

El Nene. — (*Sin mayor convencimiento*). ¡Sí, sí, es cierto! ¡Qué estilo!

Raquel. — ¿Cuál?

Magdalena. — ¡Pero, literata! ¿Estás en la luna? Estamos hablando de los libros de Carlitos...

Raquel. — Y cuáles son los libros, ¿quieres decirme? (*Encarándose con El Nene, violentamente*). Fuera de ese último mamarracho, ¿cuáles son los libros, eh? ¿Dónde están?

El Nene. — (*Turbado*). Este... este... (*a Magdalena*). ¿Dónde están, eh?

Magdalena. — ¿Dónde están? ¿Acaso todo el mundo no sabe que Carlitos hace libros?

Invitado 1.º — (*A Invitada*). ¿Usted los conoce?

Invitada. — Yo, no...

El Nene. — (*A invitado 1.º*). ¿Usted los ha visto?

Invitado 1.º — Yo no...

Invitada. — (*Al Nene*). ¿Usted los leyó?

El Nene. — Yo no...

Invitada. — ¿Lo viste anoche en el Cine, Magdalena? ¡Qué interesante! Con su melena, su gran corbata caída... ¡Es mi tipo!

Magdalena. — No le quitaba los ojos Rosita Zamora. ¡De la vista no le importaba! ¿Precioso, eh, «El Misterio del Cocodrilo Azul»?

Invitada. — ¡A mí me habían hablado tanto!

Magdalena. — ¡Interesantísimo!

Invitado. — ¿Ustedes creían que el diamante estaba en el botín?

Magdalena. — ¡Pero, Eduardo! ¡Si el rey carga con los botines!

Invitada. — Con uno solo, Malena, con uno solo...

Magdalena. — ¡Acuérdate, porfiada! Ella le da el rulo, con el diamante, ¿no?

Invitada. — Sí...

Magdalena. — Y lo pone en el botín... (*Pausa*).

Invitada. — Sí, ¿y el otro?

Invitado. — (*Al Nene*). Desde hoy estamos en eso... ¿Dónde está el otro botín?

El Nene. — Pero, permítanme: el Rey tenía una sola pierna, pues! ¿El Cocodrilo no le come la otra?

Magdalena. — (*A Miguel*). No nos mire así; si parece que está observándonos para una novela...

Invitada. — (*A Invitado 2.º*). ¡Ah! Pero, ¿hace novelas?

Invitado. — Creo que sí... No sé quién me dijo...

Magdalena. — Me gustaría saber cómo encararía mi tipo, cómo le he impresionado, Miguel...

Miguel. — A usted, Malena, no la imagino sino en sus bailes egipcios. Anoche la ví, en el beneficio ese. Permítame que la felicite!

Magdalena. — ¡Adulador! Cosas de aficionada, no más...

Raquel. — Pues, hija, lo hacías con una frescura...

Magdalena. — ¿Qué ha visto usted, señorita moralizadora?

Raquel. — Pero, querida, lo que todo el mundo vió: tus pan-torrillas!

El Nene. — ¡Ay, pero qué rica tipo es usted!

Silvia. — ¡Raquel! ¡Raquel! No le hagan caso: a ésta la han sacado del colegio antes de tiempo...

Magdalena. — Por favor, Raquel... Era una obra de caridad... Hay que fundar ese asilo, tú sabes... Se trata de educar en la moral a todas esas pobres muchachas de las tiendas...

Raquel. — «Asilo de niñas pobres pero honradas».

El Nene. — ¡Ay, qué rica tipo es usted!

Silvia. — (*A Fernando*). ¡Cómo me molestan estas impertinencias de Raquel!

Fernando. — Raquel no ha sabido aprovechar el modelo... Cuánto mayor imperio tiene usted, Silvia, con su reposo, casi diría con su frialdad...

Silvia. — ¿Eso dice usted? ¿Por ahí creen que es estiramiento!

Fernando. — Yo digo que es encanto.. Pero un encanto que daña...

Silvia. — En su mano el remedio: no se acerque demasiado...

Fernando. — Eso es ya una ironía. Advertirme el peligro cuando la intimidad está hecha. Silvia, ¿no se siente la triunfadora de la noche?

Silvia. — (*Levantándose; con cierta dureza*). Hay triunfos... que me asustan...

Fernando. — Deje que la halaguen... eso no es mal para nadie...

Silvia. — Está muy amable desde hace días, Fernando...

Fernando. — ¡No se incomode, Silvia! No he de mirarla más... si me lo ordena...

Silvia. — Demasiado amable... Lo voy a castigar. Allí, junto a la mesa, está Gutiérrez. Llámemelo; quiero decirle dos palabras aquí, sin testigos...

Fernando. — (*Insinuante*). ¿Y vuelvo...?

Silvia. — (*Con intención*). Me debo a todos... no tengo por qué hacer ninguna preferencia, Fernando... (*Vase Fernando. Silvia queda esperando y se acerca entretanto al grupo. Aparece Elvira, de figura desairada y edad indescifrable*).

Magdalena. — ¡Elvira!

Invitada. — ¡Elvirita!

Silvia. — Aquí tiene un sitio...

El Nene. — ¡Aquí, aquí!

Miguel. — (*A Raquel*). ¿Quién es ésta? ¿La mujer del Ministro?

Raquel. — No; la cronista social de *La Tarde*...

Elvira. — Muy amables, queridas, muy amables...

Magdalena. — Elvirita, tengo que darle un tirón de orejas...

Elvira. — ¿A mí? ¿Por qué?

Magdalena. — Van tres veces que me saca con el vestido celeste...

Elvira. — ¡Pero estoy desolada, mi querida Pepita!

Magdalena. — ¡Soy Malena! ¿En qué piensa, Elvirita?

Elvira. — Digo, Malena. Hoy veo que es crema... pondré crema, esté tranquila, querida... (*A Raquel*). Y usted, Silvia, ¿por qué se nos esconde tanto?

Raquel. — ¿Yo?

Silvia. — Silvia soy yo...

Elvira. — ¡Pero si no tengo otra cosa en la cabeza! Disculpen, queridas. Tantos nombres, ya saben: me paso la vida alineando nombres. La señora de Suárez está furiosa conmigo porque la otra noche estrenó el vestido ese de Paquin, un modelo — ¿se acuerdan? — y yo en lugar de anotárselo a ella se lo puse a la suegra. Y para la pobre, es claro, si no sale con el vestido en la crónica, como si hubiera ido desnuda al baile...

El Nene. — Elvirita: La Nena no ha podido venir porque está enferma, en cama, pero me encargó le pidiera que no la olvide en la crónica... De todos modos, mañana piensa salir, ya...

Elvira. — ¿Sí? ¿Está enferma esta simpática Mechita?

El Nene. — ¡Josefina — Elvirita — Josefina!

Elvira. — Eso es, eso es... si no tengo otra cosa en la cabeza. (*Sacando una libreta de apuntes*). Pero voy a apuntar todo esto... (*Avanza hasta el medio de la sala, donde se detiene, escribiendo. Entre tanto — y mientras continúa la escena — Magdalena y las dos invitadas irán una tras otra a pasearse delante de la cronista, haciéndose notar para que ni sus nombres ni sus «toilettes» sean omitidas en los apuntes de aquélla. Luego, vase*).

Miguel. — Esta buena señora tendrá como ella dice la cabeza llena de nombres, pero todos equivocados...

Magdalena. — (*Volviendo*). Me da fiebre este lagartón sin memoria...

Invitada. — ¡Y cómo se le pega a uno!

Magdalena. — Cállate; imagínate que el otro día mamá la invitó a comer en casa y tuvo el «tupé» de aceptar...

Invitada. — Las confianzas que se toma. Parece que no supiera que es Elvira Borronguete...

Magdalena. — Hija, estará confundiendo hasta su propio nombre!

Silvia. — (*Apercibiendo a Gutiérrez y separándose, mientras el grupo sigue su jarana*). ¡Ah, Gutiérrez! Excúseme que le distraiga un momento. Allá hay mucha gente y no le podía hablar...

Gutiérrez. — Ya sabe, Silvia, que soy su amigo. No tiene más que ordenar...

Silvia. — Y yo cuento con usted. Se trata de esto, Gutiérrez: van ya dos meses que salió la última obra de Miguel, «Los senderos del Sol», ¿se acuerda? Y *La Tarde* apenas si le dedicó unas líneas. Usted que todo lo puede ahí...

Gutiérrez. — Entendido, entendido...

Silvia. — A ver, una buena columna. Ahora que Miguel suena para la Cátedra esa en la Facultad... Hay que hacerle atmósfera. Y hay que animarlo, ¿sabe? ¡Trabaja tanto, el pobre! Es necesario que señalen su obra... que lo hagan conocer...

Gutiérrez. — Si le parece, podríamos sacarle el retrato...

Silvia. — (*Sin poder contener un gesto de satisfacción*). ¡Magnífico! Muy bien... Es usted un excelente amigo...

Gutiérrez. — Cómo negarle nada, Silvia...

Silvia. — Se entiende que esto queda entre los dos, ¿eh?

Gutiérrez. — No es la primera vez, Silvia, que usted me da ocasión de hacerle estos pequeños servicios. Ya sabe cómo he sido siempre de reservado... Y ahora...

Silvia. — ¿Qué?

Gutiérrez. — ¿Qué diría usted si yo le cobrara adelantado mis oficios en *La Tarde*?

Silvia. — Si de mí depende... me encantaría! ¿Tiene que pedirme algo?

Gutiérrez. — Proporcióneme un aparte con esa niña de Alvarez...

Silvia. — Una columna con retrato vale eso y mucho más, mi querido Gutiérrez!

Gutiérrez. — ¿Una columna, dijo? ¿Por qué tan poco? Pienso dedicarle dos, tres, si fuera necesario... (*Pausa*). Y... vol-

viendo a nuestro otro asunto, agregaré que no estaría mal que usted preparase un poco el terreno;... siendo tan amiga de ella...

Silvia. — ¡Concedido! Me será bien fácil... créame, esta chica me quiere mucho. Tengo fe en mi influencia...

Gutiérrez. — (*Saliendo del brazo, con Silvia*). Ya sabía yo que usted sería una aliada ideal... Y por lo que hace a nuestro querido Miguel, le aseguro que tendrá mañana su reparación: podríamos hacer un estudio de conjunto... una media página... lo menos una media página... (*Vanse*).

El Nene. — (*Llevándose aparte a dos invitados del grupo*). A clarear, muchachos, a clarear! Por favor... Raquel me vuelve loco... No puedo más...

Invitado. — (*A Magdalena*). ¿Vamos al buffet, Malena? ¿Quiere tomar algo?

Magdalena. — Estoy bien aquí, gracias...

El Nene. — (*A la pasada, le murmura*): Váyase, Malenita, por favor! Acuérdesse cuando la dejé con Gustavito...

Magdalena. — ¡Ah! Está bien, hombre! Salgamos de acá... (*Mirando al Nene*). Se respira fuego... Aquí la gente se derrite. ¿No es cierto? (*El grupo se mueve lentamente hacia la puerta. Atrás, Raquel, a quien El Nene se acerca tímidamente*).

El Nene. — (*A Raquel*). ¿Por qué no se queda, Raquel... a descansar?...

Raquel. — ¡Hombre! ¡Si hace una hora que estamos sentados!

El Nene. — (*Rogando*). Quédese... Un momentito, no más! (*Vanse los demás*).

ESCENA VII

RAQUEL Y EL NENE

El Nene. — (*Se sienta al lado de Raquel. Mirándola y riendo*). ¡Je, je!

Raquel. — Je, je! ¡Qué rico tipo es usted!

El Nene. — ¡Eso, eso digo yo! ¡Qué rica tipo es usted! Todo lo larga...

Raquel. — ¡Ay, Jesús!

El Nene. — Tan fresca, tan franca...

Raquel. — (*Coqueta*). ¿Le gusta?

El Nene. — ¿Y cómo no? La franqueza es una gran virtud, Raquelita...

Raquel. — Ese pensamiento lo ha leído en alguna parte, confiese!

El Nene. — No, no, si a mi se me ocurren! Yo soy un ser sensible... (*Aparte*). ¡Esto está bien!

Raquel. — Yo también...

El Nene. — (*Después de una pausa prolongada*). Pero qué lindos días, ¿no?

Raquel. — ¡Hombre! La hora no es como para hablar de los lindos días.

El Nene. — (*Aparte*). No has dicho nada: vas a ver... (*con una risita tímida*). De los lindos días, puede ser, pero de los lindos ojos... Je, je! (*Aparte*). Tomá, se la largué, no más...

Raquel. — No está mal... no está mal... Hablemos de los lindos ojos.

El Nene. — Y de los lindos labios... Como dicen los poetas... (*Animándose*). Yo les tengo rabia a los poetas, porque usted piensa en ellos...

Raquel. — Pues yo no tengo ninguna rabia a los sastres, por más que usted piense en ellos...

El Nene. — ¡Ah! ¡Ja, ja! Si viera un jacquet que voy a sacar ahora, con bolsillos de dos botones y tapita... (*Pausa*). Pero, ¿qué me importa de todo eso? Si yo no sé de letras... para usted como si no existiera... ¡Claro! Si no hago versos... ni libros... ¡Hay que tener una paciencia para hacer libros!

Raquel. — No crea. Todo está en ponerse...

El Nene. — Bien mirado. En el Golf pasa lo mismo, ¿eh? (*Pausa*). (*La conversación desfallece*).

El Nene. — (*Con emoción*). Raquelita...

Raquel. — ¿Qué?

El Nene. — (*Idem*). Yo soy un ser sensible...

Raquel. — Ya me avisó... No se pierda... Estábamos en el Golf...

El Nene. — Yo voy día por medio al Golf...

Raquel. — ¡Ajá!

El Nene. — Al principio casi no iba...

Raquel. — Pero ahora va, ¿no? (*Bosteza*).

El Nene. — Y tengo ganas de ir todos los días...

Raquel. — Muy bien hecho.

El Nene. — Para matar el tiempo...

Raquel. — ¿Matarlo? ¿Tan mal se ha portado con usted?

El Nene. — ¿Por qué no va, Raquelita?

Raquel. — Tengo miedo de cansarme.

El Nene. — No crea. Como uno va a la tarde, después viene la noche...

Raquel. — De eso, estoy segura...

El Nene. — ... y uno duerme que es un gusto. Yo duermo muy bien. (*Pausa*). Y usted, ¿no duerme bien?

Raquel. — (*Aparte, con un gesto de fastidio*). ¡A este ser sensible yo le daría un garrotazo! (*Al Nene*). Le diré: yo duermo muy poco... porque leo... leo mucho...

El Nene. — ¿Qué lee, Raquelita, qué lee?

Raquel. — (*Improvisando*). Anoche, por ejemplo, leía... leía... aquello de Schopenhauer, ¿se acuerda? «la transubstanciación del yo trascendental»... ¿se acuerda?

El Nene. — (*Aparte*). Me parece que esto es en español...

Raquel. — (*Simulando pedantería*). Y, justamente, yo no estaba conforme con Schopenhauer...

El Nene. — ¡Ah! ¿No estaba conforme?

Raquel. — No, no, decididamente no...

El Nene. — ¿Y usted, seguro que se lo dijo?

Raquel. — ¿Qué?

El Nene. — Que no estaba conforme...

Raquel. — (*Burlona*). ¿A quién?

El Nene. — (*Tímido*). A Schopenhauer...

Raquel. — (*Estallando en risa*). No, no se lo dije... le diré: está tan viejo el pobre, que ya no oye...

El Nene. — ¿Qué le pasa?

Raquel. — (*Con repentina seriedad*). Otras veces me paso las horas con Nietzsche...

El Nene. — (*Tímido*). ¿Algún gato?

Raquel. — ¡No, un filósofo!...

El Nene. — (*Aparte*). ¡Dios mío!

Raquel. — A mí me deleitan los filósofos... (*Con falso entusiasmo, rápidamente*). Me paso la vida leyéndolos. Seguro que a usted no le gusta, ¿eh? ¿Es cierto? ¿Conoce a Platón? ¿Conoce a Santo Tomás? ¿Conoce a Tredelemburg?

El Nene. — (*Anonadado*). ¡Por Dios, Raquel! ¡Por favor! (*Aparte*). ¡Pero esta muchacha es una biblioteca!...

Raquel. — Nene, cada uno su camino... ya ha visto cuál es el mío... ¿Qué le parece que demos un vistazo por el salón? (*Se levanta*). (*Aparte*). Está mareado. Debe ser Tredelemburg... ¿Quién será Tredelemburg?...

El Nene. — ¡No se vaya! ¡No sea mala! ¡Tan entretenidos que estábamos! ¡Hablando de cosas tan interesantes! (*Tímidamente, con un gesto de ruego*). Raquelita...

Raquel. — ¿Qué?

El Nene. — (*Tímidamente*). Yo... soy... un ser sensible...

Raquel. — ¡Tercera y última notificación! Nene: lo dejo... (*Camina para irse*).

El Nene. — (*Siguiéndola*). Mire, no falte mañana al Colón, eh? Dan esa ópera de muchos entre actos... Vale la pena ir...

Raquel. — (*Burlona*). Para que me hable de los lindos ojos... como los poetas... (*Sale, estallando en risa. El Nene queda un instante perplejo*).

El Nene. — ¡Y pensar que me lo tenía aprendido de memoria! (*Entran Carmencita, Mercedes y Mauricio*).

ESCENA VIII

MERCEDES, CARMENCITA, MAURICIO Y EL NENE

El Nene. — Doctor Herrera, ¿usted sabe quién es Tredelemburg?

Mercedes. — (*Viendo dudar a su marido*). Algún general alemán debe ser...

El Nene. — Raquel dice que es un filósofo...

Mauricio. — (*Triunfal*). ¿Tredelemburg? ¡Ah! ¡Griego no es! ¡Estoy seguro!

El Nene. — (*Retirándose*). ¡Divina Raquelita, divina! Dispénsame... me voy atrás de ella. ¡Tan infantil, tan ingenua!

Carmencita. — ¡Vaya, Nene! ¡Usted, como todos los hombres! Allá lo espera su muñeca... Vaya a jugar con ella...

El Nene. — ¡A jugar! Sí, qué gracioso... qué gracioso... (*Vase*).

ESCENA IX

CARMENCITA, MERCEDES, MAURICIO

Mauricio. — (*Aparte*). ¡Jugar! ¡Me parece que tu muñeca te va a arañar!

Mercedes. — Sentémonos por acá, Carmencita. Yo vengo buscándoles un descanso, a ustedes dos. Les hace falta... ¡Tantas preocupaciones! Tú también las tienes, ¿eh?

Carmencita. — Así es, querida. Quién tuviera la paz de estos dos pichones que acaban de salir: Raquelita y El Nene en pleno idilio, en pleno arrullo...

Mercedes. — ¡Psch! ¡Quién sabe si eso se hace! ¡Raquel no mira sino a los libros, como el padre! Pero los muchachos engañan, Carmencita. Dices bien, que de lejos parecen enamorados... ¿Es cierto, Mauricio?

Mauricio. — (*Acatando una indicación de Mercedes, que le invita a hablar*). Sí, parecen enamorados... tiene razón Carmencita. Dafnis y Cloe, ¿eh? O, mejor dicho, el Olimpo. Eso es, el Olimpo...

Carmencita. — ¡Vida tranquila! ¡Qué daría por volver a ella! Desde que a Manolo lo hicieron Ministro, no paro en todo el día... Empezando por los cuidados materiales, para que el pobrecito no se enferme con tanto trabajo que tiene.

Mercedes. — Haces bien, tienes que cuidarlo mucho. Mira que con estos fríos...

Carmencita. — Y él que no quiere usar camiseta...

Mauricio. — (*Respondiendo a otra indicación de Mercedes*). ¡Cómo! ¿El Ministro no usa camiseta?

Carmencita. — ¡Caprichos de los hombres!

Mercedes. — ¡Estos políticos se vuelven puros caprichos! Pero teniéndote a tí al lado, está bien guardado. El país tiene que agradecerlo...

Mauricio. — (*Idem.*) Sí, sí, porque el país necesita hombres como Herrera...

Mercedes. — Para éste no hay nada mejor que Herrera, te advierto. Tu marido tiene un admirador...

Mauricio. — ¡Ah, sí! ¡Un admirador!

Carmencita. — ¿Qué le parece el nuevo plan de estudios, de Manolo?

Mercedes. — Vamos, dile todo lo que piensas, Mauricio. Hoy nos hablaba justamente, en la mesa. Había que oírlo: «Una maravilla»... «Una perfección». ¡Pero habla, hombre!

Carmencita. — Sí, me gustaría conocer su opinión, Mauricio...

Mauricio. — (*Perplejo.*) Sí, sí..., como ésta dice..., yo decía... una maravilla... Por los estudios clásicos, ¿no? Ya sabe que para mí no hay más que lo clásico... Nada más que lo clásico...

Mercedes. — (*Con los ojos en blanco.*) ¡Ah! ¡Lo clásico! ¡Los griegos! Este come y duerme con Sócrates...

Mauricio. — Es que, le diré... el socratismo... el presocratismo... es natural... Pero, ¿a qué cansarla, Carmencita? En una palabra, el plan de Herrera es magnífico...

Mercedes. — Y en todos los trabajos de tu marido tú llevas tu parte; eso es lo cierto...

Carmencita. — ¡Oh, Mercedes! ¡No exageres!

Mercedes. — Este te recordaba hoy... con unos elogios... con una efusión. «Esa mujer es pensamiento». «Al lado de esa mujer cualquiera llega...»

Mauricio. — (*Aparte.*)... llega a cansarse, puede ser.

Carmencita. — ¡Pero, Mauricio! ¿Por qué tanto elogio? ¿Por qué?

Mercedes. — Vamos, Mauricio, dile porqué. El pobre, a cualquiera que tome en serio su filosofía, le levanta una estatua. ¿Es cierto, Mauricio?

Mauricio. — Una efusión... una ingenuidad mía, sabe?

Mercedes. — ¡Lo vieras! ¡Como escolar, hijita! Si a fuerza de andar entre libros, está hecho un escolar...

Carmencita. — Yo lo comprendo, Mauricio. ¡Hermoso espíritu, el suyo! Es necesario que Manolo sepa esta aprobación que tanto lo halagará...

Mauricio. — (*Con modestia.*) ¡Oh! Carmencita... Yo no he hecho nada...

Carmencita. — Un elemento como usted no debe pasar ignorado. ¡Si este es un desierto de intelectuales! Pero yo sé bien lo que usted vale, Mauricio. Porque usted se traiciona, mi querido helenista. Los conocimientos se le asoman, sin que usted mismo lo sepa... (*Entra Silvia.*)

ESCENA X

DICHOS Y SILVIA

Silvia. — Carmencita, su marido la busca. Quiere irse. Está apurado...

Carmencita. — (*Levantándose*). Si, vamos pronto. Se le han de haber helado los pies. Siempre le pasa esto...

Mercedes. — ¡Caramba! ¡El Ministro con los pies helados, Mauricio!

Mauricio. — ¡Lo oigo! ¡Estoy desolado!

Carmencita. — Me voy, querida. (*A Mauricio, saliendo despacio*). Y ya sabe, Mauricio: no nos consigue engañar. La erudición puede más que la modestia...

Mauricio. — ¡Puede mucho! (*mirando a Mercedes, aparte*). Sobre todo cuando «la erudición» viste polleras...

Carmencita. — Y, al fin, es lo lógico. Porque si no fuera por la erudición, nadie sabría quienes son los sabios... (*Salen todos; Carmencita la primera*). (*Entra Fernando, por lado distinto y se sienta en un sofá, inadvertido por los que salen*).

Mauricio. — Es claro, nadie sabría...

Mercedes. — (*Arreglándole en la espalda, una arruga del frac*). Por eso es bueno que cada cual tenga su — ¿cómo dicen? — su erudición... (*Vánse. Silvia queda algo retrasada. Al irse, vuelve de improviso la cabeza al llamado de Fernando*).

ESCENA XI

SILVIA Y FERNANDO

Fernando. — ¡Silvia, Silvia!

Silvia. — ¿Eh? ¡Ah! ¿Usted, otra vez?

Fernando. — ¡Sí, yo, siempre yo! Y más de lo que usted se imagina. Estoy al lado suyo en todas partes...

Silvia. — Es raro entonces que no haya sorprendido mi fastidio, Fernando... Se está volviendo insoportable. Se lo digo seriamente. ¡Está muy incómodo desde hace días!

Fernando. — Es que yo no quiero comprender que usted huye de mi amistad...

Silvia. — ¿Mi amistad? La tiene, bien lo sabe... (*Con gesto digno*). Pero, amigos, y nada más. También lo sabe...

Fernando. — ¡Qué tono glacial! Por lo menos, déjeme hablar... (*Insinuante*). Su vida es un error, Silvia...

Silvia. — (*Nerviosa*). Salgamos de acá... (*Mirándole a los ojos*). Usted es un mal amigo, Fernando... No espere que nadie más se lo diga...

Fernando. — Entiendo, (*Pausa*). Pero cuando he llegado a este punto, comprenderá bien, Silvia, que he salvado el reparo... de la amistad... Yo ya no puedo callar. Usted, Silvia, me revela toda esa vida nueva que yo vislumbraba lleno de ansias, allá, lejos... Es un ideal vago hecho en treinta años — ¿oye, Silvia? — ¡treinta años!, — que se acerca... que me toca... ¿Cómo reparar en nada? Menos ahora, cuando nada, queda ya entre los dos, para separarnos... Yo he esperado que «él» acabara su conquista... porque era su derecho... su turno...

Silvia. — ¡Fernando, por favor!

Fernando. — «El» no ha sabido hacerla suya... su fracaso me desliga de todos mis respetos... Mejor dicho: ¿no es cierto, Silvia, que ya no tengo nada que respetar?

Silvia. — ¡Ah! Pero si esto es una... ¡No, si no puede ser! Aquí, en su casa, a dos pasos de él...

Fernando. — Por piedad, óigame. Al fin, no hay tanta torpeza en mi paso. Lo que hay que respetar aquí, es mucho menos, Silvia, de lo que usted imagina. Véalo bien: ¿dónde está el derecho, dónde está el cariño... dónde está el marido, diría yo, si todo es olvido, abandono, indiferencia?...

Silvia. — ¡Qué locura! Y yo que... ¡basta, Fernando! ¡Qué vergüenza, Dios mío! Y es su culpa... nada más que su culpa... (*ademán de irse*). No voy a oírle una palabra más...

Fernando. — Un momento. Tiene que oírme, Silvia: advierta por fin quién es el egoísta aquí...

Silvia. — ¡Y él que lo cree su mejor amigo...!

Fernando. — Sólo me importa de usted, Silvia... Y porque siempre la seguí de lejos y porque ahora la veo abandonada, es que me acerco a traerle un mundo nuevo, una vida mejor. (*Tomándole una mano, pese a la resistencia de Silvia*). Silvia, Silvia, aquel largo ensueño de Miguel, fui también mío. Yo tuve

tantos derechos como él. Hoy yo también puedo acercarme a usted y le digo «repárese en mí», «repárenos en nosotros mismos y no miremos para atrás, si marchamos por nuestro camino...»

Silvia. — (*Asustada*). ¡Dios mío! Déjeme, Fernando, por favor...

Fernando. — (*Febrilmente, mientras sigue a Silvia, que se retira*). Piénselo, Silvia. Y hasta mañana, en el baile del Club. Yo mismo vendré a buscarlos, aquí... (*Silvia, libre al fin de Fernando, sale muda de indignación y de sorpresa, mientras éste dá unos pasos, nervioso, componiéndose la figura. Al advertir a Miguel, que se acerca, muestra un gesto de temor*).

ESCENA XII

FERNANDO Y MIGUEL

Fernando. — ¡Hola Miguel! ¿De dónde sales? Conversaba con Silvia. Y? ¿Me hiciste caso, viejo? ¿Qué tal, Justita Lezama?

Miguel. — No sé... no sé... no la he visto...

Fernando. — Vienes triste... (*Preocupado*). ¿Qué te pasa, Miguel? ¿Tienes algo conmigo?

Miguel. — ¿Contigo? ¿Por qué? (*Palmeándole cariñosamente la espalda*). ¡Mi pobre viejo! ¿Cómo crees? ¿Por qué?

Fernando. — Es que mirabas de una manera... ¡Me asustaste! Pero, ¿qué tienes? ¡No me niegues! ¡Te pasa algo!

Miguel. — Tú, por lo menos, me comprendes bien... Sí, tienes razón, estoy fastidiado, estoy triste en medio de la fiesta. Ya sabes que soy hombre para la intimidad. Te andaba buscando, como antes, te acuerdas?

Fernando. — Las eternas confidencias...

Miguel. — Te diré; no sé moverme entre tanto indiferente. Y se me entró un deseo de estar contigo, para no estar tan solo. Lo que es Silvia, nunca la siento tan lejos de mí como en estas noches de fiesta... Tú la conoces...

Fernando. — ¡Tienes rarezas, la verdad!

Miguel. — No lo repitas: ya me lo has dicho...

Fernando. — Es que, francamente, vamos quedando solos: ¿sabrás, por lo menos lo que se dice? Augusto se compromete esta noche. Imagínate: ¡Augusto millonario!

Miguel. — Lo sé... y sé quien es ella, también. Me parece una claudicación escandalosa...

Fernando. — ¿Qué quieres? En una misma operación, vende sus sueños y su pobreza...

Miguel. — Y yo voy viendo que así son todos... Tienes razón: este mundo de arriba no tiene sino un camino. ¡Pobres amigos! El grupo se dispersa y se hunde y uno tras otro van quemando sus alas en esta luz odiosa que apenas es brillo, sin alma, sin fuego. ¿Acaso no estamos dudando, nosotros, también? Tú me lo dijiste hoy; yo te lo confieso, ahora. Pero es necesario luchar... quedemos tú y yo, por lo menos... No nos abandonemos... *(Tomándole una mano a Fernando, pese a su gesto confuso).* Tendámonos la mano, Fernando, sostengámonos, para que nuestra ilusión no muera!

TELÓN.

ACTO III

El escritorio de Miguel, en casa de Ramírez

ESCENA I

MIGUEL Y RAQUEL

(Aparecen trabajando, a la luz íntima de una lámpara, uno frente al otro, en el escritorio. Las 9 de la noche).

Miguel. — Bueno. No me dictes más... Después de esta corrección...

Raquel. — ¿Tienes ahí el otro capítulo? La palabra esa estaba equivocada...

Miguel. — *(Canturreando, alegre, mientras revuelve sus papeles).* Aquí está *(corrigiendo)*. Fíjate: han puesto «vivir»...

Raquel. — ... y era «sentir»...

Miguel. — *(Corrigiendo)*... que suele no ser la misma cosa, ¿eh? *(Pausa. Antonia asoma por la puerta).*

ESCENA II

DICHOS Y ANTONIA

Antonia. — ¿Se puede?

Raquel. — ¡Antonia! ¿Qué querrá ésta?

Miguel. — Pase, Antonia, pase...

Raquel. — (*Viéndola detenerse, tímida, a la entrada*). Entra, viejita... ¿Qué te pasa? ¿No vendrás a llevarme a la cama, como antes, te acuerdas?

Antonia. — Buenas noches, a los dos. Aquí vengo con un atrevimiento. Sabía que estabas vos y por eso me animé. ¡Vaya! ¡Y ahí va! Niño Miguel: usted hace muy lindos versos...

Raquel. — (*A Miguel*). Se te admira...

Miguel. — Gracias, Antonia, gracias...

Antonia. — Yo no leo más que la misa, pero cuando mi hijo Camilo lo dice...

Raquel. — ¿Muy dado a la poesía, Camilo?

Antonia. — No; él tampoco los ha leído...

Raquel. — ¿Y entonces?

Antonia. — Pero Francisca, la novia, se lo ha dicho y como la muchacha es tan letrada... ¡Si vieran! Le gusta de alma, la lectura. Y tiene postales firmadas. ¡Y qué firmas! Una de Guido Spano... otra del Intendente Municipal...

Miguel. — Ajá! ¿Y usted quiere que yo le firme alguna?

Antonia. — No... no es eso. Camilo necesita dos versitos...

Miguel. — ¿Para la novia, eh?

Antonia. — No. Para la «reclame».

Miguel. — ¿Eh?

Antonia. — Para la «reclame»... Como tiene ese negocito... ¿Una zapatería, sabe? Y se le ha ocurrido: en la puerta, un gran cartel, con versos, versos bien bonitos...

Raquel. — ¿Versos de aviso? ¡Ja, ja, ja!

Miguel. — (*A Raquel*). ¡Se me admira, se me admira!

Raquel. — ¿Y sobre qué quieres los versos?

Antonia. — Camilo los quiere para el betún. Dos: uno para el betún negro y otro para el betún amarillo. Están recibiendo un betún de Holanda, que es muy bueno... ¿No es pedir demasiado, niño Miguel?

Raquel. — Tendrás tus versos, pierde cuidado. Y ahora, déjanos en paz...

Antonia. — (*Yéndose*). Camilo se va a poner contento. Y Francisca también. La pobre se secaba la mollera, pero dice que no le venía la inspiración... (*Vase*).

Raquel. — (*A Miguel*). Y después dirá Silvia que nadie te busca... ¿Qué haces?

Miguel. — ¿No lo ves? ¡Comienzo mi Himno al Betún! (*Entran Silvia, Mercedes y Mauricio*).

ESCENA III

MERCEDES, SILVIA, RAQUEL, MIGUEL Y MAURICIO

Silvia. — Vamos, Miguel, si esto no puede ser...

Mercedes. — ¡Será terco! Ya volvió a sus papeles...

Silvia. — Eso lo haces cualquier otro día. Mira, yo misma te ayudaré. Pero hoy me acompañas: es la fiesta más linda del año. Todo el mundo va, Miguel! No me conformo con quedarme aquí, encerrada...

Miguel. — Pero, querida, en cuántas formas quieres que te diga no. Estoy rendido de ayer. Con éste serían dos bailes seguidos...

Mauricio. — ¡Hijo, no te quejes! ¡Para otros la vida es un baile eterno!

Mercedes. — Pero, Miguel, si usted se entierra! (*A Mauricio*). Yo te digo francamente: es cosa de compadecer a esta chica. (*A Miguel*). Yo no sé para qué sigue escribiendo. ¡Vaya una gloria, que se queda metida entre estas cuatro paredes!

Raquel. — Eso no es cierto, mamá. ¿Acaso los diarios no se ocupan de Miguel? ¿Y el artículo de *La Tarde*, de hoy? Las cuatro paredes se ensanchan, por lo visto...

Miguel. — Ahí tienes, Silvia: a pesar de mi vida tan escandalosamente retirada. Ya ves, querida, cómo sin moverme se satisfacen todas tus vanidades. Y Jaime Castro me escribe una carta preciosa... Ha leído mis «Senderos del Sol»...

Mercedes. — (*Significativamente, a Silvia*). Oye esto, hija. Si da ganas de...

Silvia. — Cállate... no vale la pena...

Miguel. — (*Mostrándole el diario*). Mira... lee...

Mercedes. — ¿A ver? A pesar de todo, Miguel. Se lo he de decir con franqueza: para la gente «bien», usted no es más que un raro. No consigue ponerse a la moda. ¡Ah! Silvia, si Miguel fuera el escritor de moda!

Raquel. — ¡Mamá!

Miguel. — (*Volviendo a sus papeles, con estudiada indiferencia*). ¡La gente bien! ¡La gente bien! No he de ir a mendigarle el aplauso, yo, a la gente bien... Sus críticos de guante blanco me tienen sin cuidado, Mercedes. Déjelos que bailen; entretanto, yo escribo... yo sueño...

Silvia. — ¡Uf! ¡Me aburres con tus romanticismos! ¡Esta no te la paso, hijito! Vas a venir conmigo, ya veremos...

Miguel. — No, no, te he dicho que no...

Silvia. — ¡Y yo que sí! Me voy a vestir... tienes tiempo de terminar tu trabajo. (*Vase, seguida de Miguel*).

Miguel. — (*Saliendo, atrás*). ¡No, no! Silvia, mira, no seas caprichosa... (*Vase*).

ESCENA IV

MERCEDES, RAQUEL, MAURICIO

Mauricio. — Esto no acaba bien...

Mercedes. — No creas... Silvia saldrá con la suya. Nunca tiene más carácter una que para estas cosas...

Raquel. — ¡Qué vida para Miguel! El pobre no dice nada, pero...

Mercedes. — ¡Tú te callas! ¡Bonita nos estás saliendo, también! ¡No faltaba más! ¡Aquí nadie puede tener más razón que yo! Tus versitos, también, me tienen frita. Aquí, en casa, mucha «noche de plata»... mucho «jardín perfumado», pero todo prestado, todo de los libros, porque después no te sale ni una palabra delante de los mozos...

Raquel. — Porque me aburren. ¡Los mozos! Todo es prepararse para gustar a «los mozos». Y ellos, qué habilidad tienen, ¿quieres decirme?

Mauricio. — La de cargar con ustedes, hijita; nadie puede sustituir a los pobrecitos...

Mercedes. — (*A Maur.*). Pero, ¿estás oyendo? Ya me dijeron que anoche desairaste al Nene. ¡Lo quisieras para un día de fiesta!

Raquel. — Si fuera para un solo día...

Mercedes. — Un excelente muchacho...

Raquel. — Para no hablar mal de él, eso es lo menos que puedes decir...

Mercedes. — Y, luego, el padre, todo un Senador...

Raquel. — Si es por eso, no te afijas: hay más de un Senador con hijos...

Mauricio. — ¡Vamos, Raquel, un poco de seriedad!

Raquel. — Completamente seria: yo sé lo que tú buscas, mamá. Pero mientras «El Nene» no deje de ser «El Nene»...

Mauricio. — Esta quiere una especie de metempsícosis del pobre muchacho, a lo griego...

Raquel. — Me haces gracia, tú. Te parece muy bien ese muñeco para mí. Gracias, no quiero jugar a los títeres. Cuando papá se casó contigo era abogado, por lo menos...

Mauricio. — (*Dando un salto*). ¿Cómo, «por lo menos»?

Mercedes. — No eras nada... eras menos que nada. No sabías sino comer. Pero así es mejor, Raquel: tú tomas una página en blanco y escribes...

Raquel. — Pues con El Nene yo no hago sino un borrón...

Mercedes. — (*A Maur.*). Pero, ¿la estás oyendo? Feminismo, feminismo puro!

Mauricio. — ¡Eso no es feminismo, mujer! Eso es lógica.

Mercedes. — Enseñanzas de Miguel. Bien lo veo. Si es medio socialista, pues, medio anarquista. Toda gente loca. Pero no creas que vas a seguir así, a su lado. Ni está bien tampoco. Tú, con tus novios...

Mauricio. — Mujer, con uno que tenga...

Mercedes. — Y él, con su mujer...

Raquel. — (*Con la voz ahogada*). Pero, si yo no hago nada...

Mercedes. — Y que allá se arreglen. Yo bastante he luchado con el mío...

Mauricio. — ¿Yo? ¿Has luchado, conmigo? Pero, querida, ¡qué imaginación la tuya!

Raquel. — (*Con la voz ahogada*). Miguel... Miguel... no me puede hacer ningún mal a mí... Es el mejor de todos... (*Desde la puerta, saliendo*). El mejor de todos... (*Vase*).

ESCENA V

MERCEDES Y MAURICIO. LUEGO, UN SIRVIENTE

Mercedes. — ¿Has oído?

Mauricio. — Se va llorando...

Mercedes. — ¡Qué chica rara! Y poco respetuosa. Cuando yo digo que no me quiere...

Mauricio. — No es eso, mujer, es que... (*advertiendo al sirviente*). ¿Qué hay, José?

Sirviente. — Han traído esto, Señor... (*Entrega dos cartas*).

Mauricio. — (*Tomándolas*). Está bien. (*Vase sirviente*). ¿Qué es esto? (*Abre el sobre chico*). ¿Una tarjeta de Carmencita? (*Lee*) «Con mis congratulaciones en esta hora de premio, para nuestro erudito filósofo», (*Perplejo*). ¿Entiendes? ¿Será por mí?

Mercedes. — ¡Hombre! ¿Quién sabe de filosofía en esta casa?

Mauricio. — (*Con cierto escrúpulo*) Yo... (*Pausa*). (*Abre el otro sobre, mientras Mercedes se mueve nerviosamente*). ¡Del Ministerio de Instrucción Pública! ¡Ah! (*lee*): «Comunico a Vd... que por resolución... ha sido nombrado... (*con asombro creciente*)... Presidente de la Academia Nacional de Música y Pintura...! (*Escena muda. Mercedes muy satisfecha, Mauricio asombrado, incrédulo, mira la nota y a Mercedes, sin saber qué le pasa*). Música... pintura... ¿Yo?... ¿Yo?

Mercedes. — ¡Sí, hombre! ¡Qué te asustas! ¿Qué tiene de extraño? Un escalón más que subes...

Mauricio. — Pero, Mercedes, esto no es subir, sino saltar! Yo, Presidente... Parece que ignoraras lo que es música y pintura...

Mercedes. — ¡Querido! Bandas y retratos...

Mauricio. — ¿Y tú crees que yo entiendo algo de eso?

Mercedes. — Carmencita te tiene mucha admiración. Habrá hablado con su marido... (*llamando un sirviente*). Por cierto, los diarios hablarán... (*entra sirv.*) José, a ver si me trae la última edición de *La Tarde*...

Mauricio. — (*Desolado*). Pero, ¿por qué me han nombrado? ¿Qué tiene que ver la filosofía griega con la música y la pintura? ¿No ves, mujer, que voy a acabar confundiendo a Aristóteles

con Puccini? Yo, Presidente... ¡A mí! ¡A mí! ¡Que fuí catorce veces seguidas a la Viuda Alegre y no pude aprender el vals! (*Gesticulando, desesperado, encima de Mercedes*) ¡Catorce veces! ¡Catorce veces!

Mercedes. — ¡Qué desesperación, por Dios! ¿Tan inesperado te era este nombramiento?

Mauricio. — No; tienes razón; más extraño es que me hicieran dirigir el Observatorio Astronómico... Y a este paso... (*Entra sirviente, que entrega el diario a Mercedes*).

Mercedes. — ¿A ver? (*Recorriendo el diario*). «La guerra...» «Las sardinas de la Patagonia»... «La cría de la cebolla en el Tandil»... No estás tú... (*súbitamente*) ¡Ah! ¡Pero qué soy zonza! Aquí, aquí, con retrato y todo... (*Sofocada por la emoción*). ¡Con retrato! ¡Con retrato!

Mauricio. — ¿A ver, hija, a ver?

Mercedes. — ¡Qué lástima: estás con la levita vieja!

Mauricio. — Mejor, por si me pegan...

Mercedes. — ¡Una levita fuera de moda...!

Mauricio. — Pero, querida, el retrato no se va a estar mudando de levita todos los años...

Mercedes. — (*Leyendo*) «Academia Nacional de Pintura y Música. Designación acertada. El nuevo Presidente.» «Por fin, el Gobierno se ha decidido a poner al frente de las energías artísticas del país, un elemento de verdadera erudición, de competencia y de representación. El doctor Mauricio Ramírez ha aceptado la alta Presidencia que le fuera ofrecida.»

Mauricio. — Pero si a mí nadie me ha preguntado nada...

Mercedes. — Anoche el ministro habló conmigo; me insinuó si aceptaríamos... (*Sigue leyendo*). «El doctor Ramírez, dedicado desde hace años a los estudios de la filosofía griega...»

Mauricio. — Aquí, aquí, me pegan...

Mercedes. — «... tiene títulos sobrados para desempeñar la alta dirección que hoy se le entrega».

Mauricio. — ¡Imagínate, si tendré! ¡Como un buzo para aviador!

Mercedes. — Este Castro es muy amable. No me imaginé que pudiera ser tan amable conmigo...

Mauricio. — ¿Eh? ¿Cómo, con vos?

Mercedes. — (*Volviendo al diario*). ¡Y la biografía! ¡Ah! ¡La biografía!

Mauricio. — ¿De quién? ¿Tuya?

Mercedes. — ¡Tuya, hombre! ¿No ves? «Brillantemente doctorado en derecho...» «desempeñó una brillante cátedra»... «este brillante hombre público...»

Mauricio. — ¡Vaya un empeño de que brille! ¡Este Castro no es periodista, es un lustrador! ¡Vamos, Mercedes! ¡Esto es demasiado! ¡Si a mí no me hace falta tanto! Si con tenerte a vos y a las muchachas en buena salud, estoy conforme. ¿Para qué meterme en cosas que no entiendo?

Mercedes. — Cállate. ¿Qué sabés vos, si sabes o no sabes? Uno es el último en conocerse. ¿Te acuerdas, lo que te desesperaban tus griegos? ¡Hubieras renunciado la cátedra! Te ahogabas en un vaso de agua. Querías hacer barbaridades. Hasta quisiste ponerte sobre los libros... No me vengas ahora con esas exageraciones. Cualquiera día te hacen Ministro y te vas a querer morir...

Mauricio. — (*Con cierto temor*). ¿Ministro, dices? ¿Tienes algún proyecto? Mira, que no sea de Marina, ¿eh? Siempre le tuve miedo al agua...

Mercedes. — Siempre serás el mismo. Pero aunque no quieras, has de llegar, has de llegar. Ven, vamos a hablarle a Carmencita. Antes que nada, hay que agradecerle su felicitación. (*Vase. Mauricio queda absorto en una nueva lectura de su nombramiento. Entra Miguel, con aire preocupado. Al advertirlo Mauricio, guarda en el bolsillo sus papeles, como ocultándolos.*)

ESCENA VI

MAURICIO Y MIGUEL

Mauricio. — ¿Y? ¿Se arreglaron, Miguel?

Miguel. — No sé qué le pasa hoy. Nunca ha estado más caprichosa, menos conciliadora. Se empeña en que vayamos a la fiesta esa...

Mauricio. — También, hay obstinación de tu parte, Miguel...

Miguel. — No, obstinación no. Yo persigo mi idea. Quisiera educar, corregir ese desconsiderado afán de mundo. Silvia no para en todo el día. Tiene entusiasmo para todo, menos para mí. Y quiere que la siga, es lo peor. Así me exige la renuncia de todo,

hasta de mi mismo cariño, porque no es posible querer, Mauricio, a través de los salones, a plena luz, a pleno ruido...

Mauricio. — (*Pausa*). Tienes razón. Debe ser divina la paz de una buena casita. Pero, ¿qué quieres? Estas mujeres nos recogen y nos prenden a sus vestidos, para lucirnos como un «pendantif» cualquiera...

Miguel. — (*Con algún asombro*). Vaya... ¡Se diría que se queja!

Mauricio. — ¿Quejarme? No. Hablo, no más. Yo ya no me puedo quejar. Estoy demasiado adentro. Pero, a veces — hoy, por ejemplo — doy un alto y echo un vistazo atrás. ¿No sabes la última novedad? ¡Soy Presidente de la Academia Nacional de Música y Pintura...! Cosas de mujeres: entre Carmencita y Mercedes han amasado el bollo y yo tengo que tragarlo, ahora. Esta Mercedes cualquier día me hace volar en globo. A veces, siento escrúpulos. Imagínate: no es para menos. Esto es lo que suele llamarse una mentira. Algo aun se rebela en mí, algo que me pone triste, como ahora y que me desata la lengua. Porque yo, de muchacho, era muy francote... muy leal. Y cuando me enamoré de Mercedes, me imaginé una vida muy distinta. Yo también tenía mis proyectos... mis tranquilas ambiciones... Pero ella las torció... no ha hecho otra cosa que torcerlas... (*Pausa*). En fin, vamos viviendo...

Miguel. — ... y somos apenas la sombra de nuestras aspiraciones! (*Palmeándole cariñosamente*). ¡Pobre Mauricio!

Mauricio. — Mira cómo el poeta se encuentra con el burgués...

Miguel. — Es que no hay sino un objeto, aunque los caminos sean muchos... ¿Y por qué, Mauricio, esa eterna conformidad suya? Quizá, si Mercedes advirtiera...

Mauricio. — ¡No! ¡Si yo ya estoy sinceramente conforme! ¡Si yo no soy siempre el hombre de esta noche! Al fin, ha acabado por gustarme el aplauso... este comienzo de notoriedad. Y reconozco lo que tengo que agradecer a mi mujer. Ha elegido bien: fui filósofo... ahora, artista... Cualquiera día, seré un talento... Muy cómodo, todo esto, porque me permite andar libremente por el mundo. Imagínate si se le ocurre hacerme sabio naturalista y me paso la vida pinchando mariposas! Je, je, je! (*Pausa*).

Miguel. — Pues yo no, Mauricio. Yo quiero luchar. Acaso hubo alguna vez un fondo de amor sincero, en Silvia. Porque,

¿qué pude ofrecerle yo? Ni mi fortuna, ni mis trajes pudieron entusiasmarla... Y si fué un arrebató romántico, yo he de prolongarlo, Mauricio, vinculándola a mis trabajos, arrancándola del mundo para traerla aquí... (*Mauricio mueve negativamente la cabeza*). ¿Qué? ¿No lo cree?

Mauricio. — No lo creo, hijo... ya que estamos hablando claro. Algún día había de ser... Nunca lo creí... Eso de la *pasión* de Silvia... hum! Por ese lado nunca llegarás a nada. Además, quién se enamora, ya? Muy buena, muy viva, muy linda. Pero esta chica se vuelve puros lujos. No mira a nada, con tal de lucir el vestido del día. Yo le decía, cuando se comprometieron: «Cuidado, más despacio, ve bien en tu corazón; no vaya a ser todo un capricho. Puedes pagar caro este último lujo...» Porque, tú fuiste en cierto momento el vestido del día, eh? ¡Claro! Como que hiciste ruido de veras, Miguel, y a todos les dió por agasajarte. Pero, ahora, ya pasó ese momento. Ya sabes que la moda es como los hongos: no echa nunca raíces. Silvia oyó que un día la gente dijo: «¡Este es Miguel...!» y ahora que la gente se ha callado lo menos que puedes hacer por ella es pasarte la vida gritando: «¡Este soy yo...!» No hay vuelta, hijo. De otro modo, defraudas las esperanzas de Silvia: tu vida será una eterna estafa. Y luego, ella te acosará para que cumplas y te hará insoportables los días, empujada por Mercedes, que para estas cosas se pinta sola. Nada; no hay más que largarse... a cumplir! ¡Son nuestras dueñas!

Silvia. — (*Desde adentro*) ¡Miguel! ¡Yo ya estoy pronta!

Miguel. — ¡Ah! ¿Ha oído?

Mauricio. — Anda, hijo, que nunca está más nerviosa una mujer, que cuando «está pronta»... Y te dejo. Voy a ver qué está fraguando la mía. Quiere ir al Cinematógrafo: en todos los salones no se habla más que del «Misterio del Cocodrilo Azul»... (*Saliendo, con un gran gesto resignado*). Venga el cocodrilo azul... (*Vase. Entra Silvia, en traje de baile*).

ESCENA VII

SILVIA Y MIGUEL. LUEGO, UN MUCAMO

Silvia. — Ya tienes toda la ropa lista (*insinuante*). Vamos, querido...

Miguel. — ¡No y no! Hoy no me sacas... *Silvia:* de una vez por todas: acuérdate de aquellas buenas horas pasadas, recién casados. Tú eras dulce y buena; porque me querías. Y yo te decía mi ilusión y tú me oías encantada como si aquel fuera también el ensueño tuyo... ¿Acaso me mentías?

Silvia. — Creía otra cosa... me ilusioné... romanticismos de nena. Yo también quiero hablarte, ahora, Miguel: es preciso que renuncies a tus irrealidades...

Miguel. — Y luego, si la ilusión se realiza... si alguna vez puedo darte un nombre, compartir contigo una celebridad...

Silvia. — Fuera del mundo, Miguel, nadie alcanza lo que está en el mundo...

Miguel. — Y sin embargo, algo tengo ya. Tú lo has visto. Conforme un diario me hace hoy espontáneamente su elogio, otros seguirán luego... El mundo no es tan malo... Y entre tanto, yo, aquí, fiel a mí mismo... (*Pausa*).

Silvia. — Luego, ¿no te decides? ¿No vienes?

Miguel. — Ya te he dicho: no.

Silvia. — (*Con rabia creciente*). No te decides, porque el mundo hace espontáneamente tu elogio! Ajá! Esto ya no es una ilusión, querido, es simplemente, prosaicamente, una «equivocación»... Yo te dejaba porque me dabas pena...

Miguel. — (*Con altivez*). No te entiendo, pero, de todos modos, Silvia, no es compasión lo que te pido!

Silvia. — ... pero ahora, que quieres esclavizarme, se acabó! ¡Dios mío! ¡Vaya si se acabó! «Espontáneamente», «espontáneamente»... ¡Si eres divino, mi pobre Miguel! Ja, ja, ja! ¿Tú sabes quién pidió el año pasado esos artículos de *El País*? ¡Yo! ¿Sabes por qué te escribió Jaime Castro aquella carta? ¡Porque se la pedí yo! ¿Y de dónde salió tu candidatura para la Facultad de Letras? ¿No lo sabes, eh? Aquí, en estos salones: la hicimos entre mamá y los amigos. ¿Y porqué *La Tarde* de hoy se ocupa de tí? ¡Porque yo hablé anoche con Gutiérrez!

Miguel. — (*Anonadado*). Silvia, esto no puede ser... yo no creo... no creo... Pero de todos modos, qué mala eres!

Silvia. — No, si yo también me ocupó de tí! ¿No lo ves? ¡Sí, sí, he sido yo!

Miguel. — Entonces... ¿todo esto es mentira... nada más que mentira? (*Pausa*). Y cómo te regocijas!... (*acalorándose*)... Has hecho mal, muy mal... y me has robado mi pobre gloria, porque alguna vez el mundo me dará su mano sin que yo se la pida...

Silvia. — ¡Dios mío! ¡Cómo cuesta renunciar a un sueño! (*Pausa*). ¿Y no ves cómo todos luchan? Tus amigos, tus íntimos, salen, suben, se mejoran... Tú les serviste de escalón... tú, en esta casa, y ahora siguen subiendo...

Miguel. — Te equivocas: se hunden. ¿Qué me importa? Me queda el mejor, el de siempre, Fernando... Ayúdanos a sostenernos, tú...

Silvia. — (*Nerviosa, como conteniéndose*). «El mejor...» (*Pausa*). Una última vez: ¿vienes? (*Silencio de Miguel*). Te quedas? Haces bien: tendrás la compañía de Fernando... Ahora va a venir...

Miguel. — ¿Cómo sabes?

Silvia. — Porque él se empeña en decirme cosas que tú ignoras... Ahora va a venir... Pero — desespérate también — ya no viene a compartir tus ensueños, líricamente...

Miguel. — (*Extrañado, sin comprender*). ¿Por qué dices eso...?

Silvia. — (*Mirándole a la cara*). Fernando es un miserable...

Miguel. — (*Con fuerza*). ¿Eh? ¿Por qué lo dices?

Silvia. — Me persigue... me convence de tu desamor... de tu olvido...

Miguel. — ¿Fernando? ¿Fernando ha hecho eso? (*Pausa*).

Silvia. — Sí. (*Pausa*).

Miguel. — (*Tambaleante*). No... no... tú me mientes hoy... lo otro es también mentira... Si Fernando conmigo es más que... No es cierto, Silvia, no es cierto... Por favor dímelo...

Silvia. — Tan cierto, que ahora vendrá a buscarnos. Esta noche insistirá. Yo lo sé... Para eso quiere sacarnos de aquí...

Miguel. — (*Con estupor*). ¡Fernando! (*Pausa, luego con febrilidad creciente, hasta terminar en medio de sollozos, acariciando sin conciencia con sus manos el cuerpo de Silvia*). ¿Y tú, qué has hecho? Es lo que me importa. ¿No tienes culpa, verdad?

Dímelo pronto, por piedad... Tú no irás, ¿es cierto? No irás porque sólo puedes mirarme a mí, pensar en mí, vivir en mí. Porque nadie, nadie, puede interesarte lo que tu Miguel, para quien eres la vida misma... más que la vida! ¡Silvia mía! Mira, de tanto que te quiero me vuelvo cobarde... y lloro y suplico, yo, que por la virtud santa de mi amor, tanto derecho tengo a gozar del tuyo! ¿Por qué amenazarme? No importa nada, ¿verdad? que seas codiciada por alguien. Te encuentras fuerte en mi cariño, ¿es cierto? Eso me basta. ¿Que he perdido un amigo? ¿El único? ¿El último? ¡Bah! ¿Qué me importa, si me quedas tú, tú que serás el camarada soñado de todos los momentos! Pero ¡habla! ¡Dime que estoy en lo cierto! ¿Verdad que tu aviso es una loca amenaza?

Silvia. — (*Con cierta fría insolencia*). Tú lo dijiste... te has vuelto cobarde! ¡Cómo! Esperaba provocar tus furias y no tus lágrimas. Me preguntas si debes temer algo. Debes temerlo todo. (*Ante un gesto de Miguel*). Pero no de mí, sino de tí... de tu abandono de siempre... de tu debilidad de hoy. Así, sola, voy viviendo como una conquista fácil, al alcance de todos los deseos, de todos los atrevimientos. ¡Y cuando vengo con una cruel advertencia a volverte sobre tu camino, te contentas con esta lírica seguridad que pides a mi cariño y que yo no te doy, no te doy!

Miguel. — ¡Silvia!

Silvia. — ¡Que solo mire y piense y viva por tí! Pero, dime, ¿qué va quedando ahora de común entre los dos? ¿A título de qué debes ser tú el objeto único de mi interés? Si vives constantemente encerrado en esa vida tuya, solamente tuya, y no te veo jamás al lado mío, gozando mis placeres, compartiendo mis gustos...

Miguel. — ¡Pudiste tú compartir los míos...!

Silvia. — Me libré a tus reformas... y fracasaste. De nuestros dos caracteres, quisiste sacrificar el mío a la paz de los dos. Te salvabas y era justo, porque eras el más fuerte. Pero has fracasado, querido. A tí el turno, ahora. Sacrifica tus gustos y sígueme...

Miguel. — ¡Mis gustos! ¡Dirás mi nombre! ¡Mis ideales!

Silvia. — ¡Tú nombre! ¡Tus ideales! ¿Pero crees que se perjudicará «tu nombre» porque lo saques a relucir un poco por el mundo? ¡Tus libros! ¡Tu gloria! ¿No haremos aquí, acaso, el éxito mayor de tus novelas, con sonrisas, con atenciones? Que-

rído: ese será el éxito de toda tu vida... de toda tu persona...

Miguel. — (*Agobiado*). ¡Silvia, Silvia, por favor! ¡Con cuánta maldad me dices mi fracaso...!

Silvia. — Te digo mi interés... el interés de salvarte y de salvarnos. Y, a mi manera, te digo así también mi cariño. (*Con alguna ternura*). Vamos, Miguel, mi viejo, no te desesperes. Mira, toda tu locura se desploma! Tus amigos... tu rara vanidad, hecha sólo de esperanzas... Renúnciala. Afírmate en mí... entra conmigo en mi vida... (*Entra sirviente*).

Sirviente. — Señor, está el señor Fernando... Dice que espera a los señores en la salita... (*Miguel se sobresalta. Vase sirv.*);

Miguel. — (*Con un gran gesto de rencor y de angustia*) ¿Fernando? ¿Aquí? ¿Eso no! (*Se dirige violentamente hacia la puerta*).

Silvia. — (*Deteniéndolo*) ¿Qué vas a hacer? No es ese tu camino. ¡Torpe! En este caso, los golpes son inútiles... Ven, sígueme... (*Tomándolo de un brazo y llevándolo cariñosamente hacia las piezas interiores*). Tú me acompañas, esta noche. Y te prometo que mostraremos a Fernando que no es tanto mi abandono... que no es tanto mi desamor... (*Aparece Raquel, canturreando alegre desde adentro, con un gran montón de originales y pruebas de imprenta en la mano*).

ESCENA VIII.

DICHOS Y RAQUEL

Raquel. — (*Sin advertir la situación*). ¡Una sorpresa, Miguel! ¡Te he corregido las pruebas casi hasta el fin! ¿Y sabes con quién? ¡Con Antonia! La pobre lee una letra por minuto. Pero, en media hora más concluimos, contigo...

Miguel. — (*Nervioso*) Déjalas, Raquel. Será otro día... nunca, quizás...

Raquel. — (*Sorprendida*). ¡Ah! Pero, ¿qué tienes? ¿Te vas?

Silvia. — Se viene conmigo... Alguna vez había de dejar sus papeles. Que te hagan provecho a tí...

Raquel. — (*Desolada*). ¿Es cierto, Miguel?

Miguel. — Es cierto... no me preguntes más Raquel... (*Sale, con Silvia, mientras Raquel — que ha dejado los papeles sobre*

el escritorio — queda de pie, medio aturdida. Un instante después, aparecen Mercedes y Mauricio, de sombrero, seguidos de Antonia.

ESCENA IX.

RAQUEL, MERCEDES, MAURICIO, ANTONIA

Mercedes. — (*Mientras se abrocha los guantes*). Y cuando Miguel y Silvia salgan, que cierren la puerta, Antonia...

Antonia. — ¿Raquel no sale?

Mercedes. — ¿Qué te pasa, Raquel?

Raquel. — Nada, nada...

Mercedes. — Lagrimitas tenemos... ¿No vienes con nosotros? Nos vamos al «Misterio del Cocodrilo Azul».

Mauricio. — Ven, hijita. El Cocodrilo te hará bien...

Raquel. — No, no... Me quedo.

Mercedes. — Como quieras... La cuestión es que no sales en ninguna crónica... (*Sale, seguida por Mauricio*).

ESCENA X.

RAQUEL Y ANTONIA

Antonia. — Te dejan solita, Nena. ¿No sabes si el niño Miguel me hizo los versos? Parece que van al baile, con Silvia! ¿Qué me decís, ché! Si lo que esta demonio no puede! ¿Es cierto?

Raquel. — (*Conteniendo las lágrimas*). Sí, sí...

Antonia. — Es que él sigue loco por ella. ¡Mira que la quiere! Si cuando está Silvia, los demás como si no existieran. ¿Es cierto?

Raquel. — (*Con un sollozo*). ¡Sí, sí, mujer! ¡Parece que creyeras que a mí se me importa algo! Miguel está enamorado de Silvia. Ya sé... ¿Y qué hay? ¿Por qué me lo dices a mí? ¿No es ese su deber? (*Rompiendo en sollozos*). ¿A mí qué se me importa? ¿A mí qué se me importa?

Antonia. — ¡Oh! ¿Y esto? ¡Vaya una rareza de chica! Te dejo con tu rabieta, hijita. (*Consigo mismo, mirándola con curiosidad*). Cualquiera diría... (*Vase*). — (*Raquel va hasta el*

escritorio y hojea lánguidamente todos aquellos papeles, tomando algunos de ellos. Pausa prolongada. Luego, llena de pena ante una realidad que le descubre el error de su ilusión, rompe en un llanto quieto y hondo, reclinada sobre el sofá. Por el fondo, de una puerta a otra, pasa Silvia, envuelta en su salida de baile. Un instante después aparece Miguel, de frac y galera alta, siguiendo a su mujer. Y queda sola Raquel, siempre llorando, mientras los manuscritos donde en común pusieran con Miguel tantos ensueños, caen silenciosamente de su falda, al suelo, uno tras otro.

TELÓN LENTO.

IMPRESION

A Daniel Elías.

Es una de esas tardes tibias de otoño en que la dulzura de la atmósfera hace sentir anhelo de volar, a ciertas almas románticas. Una de esas horas durante las cuales se cree reconocer, cuando se pasea por el campo en acción contemplativa, algo de sí mismo en cada uno de los seres y las cosas inertes que se alcanzan con la vista.

La emoción se expande, penetra amablemente, por simpatía inefable, en todas las cosas, infíltrase en ellas, y luego las reconoce como algo propio. El universo entero parece una infinitud de imágenes nacidas de un solo sentimiento; un solo espíritu que goza blandamente de sí mismo. Así debió ser también el día en que nació el panteísmo: el propio ser está en todo, y todo es Dios...

Sobre la inmensidad ondulada de los pastos, pace lento el ganado. Algún potro rozagante, ebrio de armonía, o de celo, enarca el pescuezo, mira una vez más en lontananza con aire interrogativo, luego estira el hocico, y resopla, y relincha, luego corre, en carrera vertiginosa, siempre adelante, adelante, como movido por la sugestión irresistible de una visión lejana... quimera tal vez ante la realidad del alambrado; algún otro retoza entre una nube de polvo, el lomo contra el suelo, coceando al aire; por allí un arado surca trabajosamente seguido de un remolineo de aves bullangueras que gritan su fiesta mezclando sus colores; los montes diseminados por todas partes señalan las sendas para las casas de estancia; por todas partes trojes, y molinos, y parvas brilladoras sobre las cuales se enrubia el sol; hay también algunos árboles únicos, otros en pequeños grupos, y algunos ranchos solitarios con uno o dos sauces al lado cuyas ramas declinantes no lloran: ofrecen la bonhomía de su sombra y oscilan despaciosamente, y

apaciblemente, como una nota tenue, como una nota dulce, del alma universal.

A la derecha el terreno se ondea en lomas suaves. Sobre el temblor de la hierba, en la falda casi vertical de un montículo que desarregla con gracia las líneas generales, algunas florecillas rojas y otras azules producen la impresión de que están dispuestas a volar: mueven sus pétalos, sus corolas oscilan inclinadas de aquí para allá por los pedúnculos cimbrátiles; parece que ya se van a desprender hacia el azur, pero todo queda igual: son como ciertas ideas, como las bellas ideas de los hombres...

Más allá, entre un pajonal asoma y desaparece a trechos el busto de un paisano. A juzgar por la altura, va montado. Avanza lentamente al Norte, luego dobla hacia acá, siempre despacito. Se oye una esquila.

De pronto de un atajo sale triscador un cordero que viene balanceando. Después una oveja; detrás otra, y otra más. Luego unas cuantas, en montón suelto y apretado, como un comando, y más atrás la majada enorme, unánime al trotecito. Detrás el paisano, jinete en un zaino malacara. Viene silbando «echao p'atrás y muy ancho» al paso saltón de su caballo. Trae la mano izquierda apoyada en la cabezada del *recao*, con las riendas cortas, y de la derecha deja caer el rebenque haciéndolo mover con un vaivén de criolla dejadez; la lonja tropieza de cuando en cuando contra la pata del caballo o la pierna del caballero. El lazo duerme arrollado sobre el anca como una víbora mansa. El estribo único, chapeado de plata, resto acaso de algún apero más rico, refulge al sol.

Un perro grandote, color de puma, va y vuelve a uno y otro lado de la grey vigilando la marcha a saltos y ladridos. A veces su competencia de monitor aplica un par de mordiscos como lección necesaria. Y el hato sigue lento por la calle barrosa, costean-do ahora un cerco de tamarisco, a la vera de una chacra que está llena de trigo. Algunas ovejas se salpican con el agua fangosa de los charcos, otras tropiezan contra las matas mas recias. Ante un haz extenso de espinilla se abre por un momento el rebaño cual corriente cuyo cauce rompe en dos una peña y se unifica tras ella. Semejanza tienen en conjunto estos lanares con esa espuma espesa, llena de copos, que ciertas olas forman en la orilla, sobre la horizontalidad rugosa de algunas rocas, cuando el mar las baña con mansedumbre.

El arriero mira de soslayo hacia las mieses. Ha visto saltar por

allí un zorzal y a instantes sigue con la vista sus vuelos, deseoso de gorjeos. Al mismo tiempo la lumbre del cigarro, que aviva y achispa a cada rato, por sendas pitadas, le va insinuando con las alternativas de su rubí ceniciento, unos como puntos simbólicos de humano ingenio, apenas perceptibles entre tanta maravilla de sol como envuelve las cosas, del cielo a la tierra hasta el mar lejano; sol de maravilla, gracia divina, que diamantiza en toda cosa, chispeando a las veces con vagorosas chispas. Sobre el estribo único del zaino y en las copas del freno, así como sobre el reborde de un bebedero metálico que está ahí próximo se resuelve de reflejo en trémulas florecillas de luz, esplendorosas, como soles diminutos... , parece que el sol se retratara.

El arreo ha doblado segunda vez al Norte, en dirección a un pinar. Pasa ahora entre tierras de pastoreo al lado de una escuela. La voz de la esquila se apaga por otra más fuerte; es la voz de una infancia numerosa que ensaya la canción de la patria para un próximo aniversario

Oid mortales el grito sagrado,
libertad, libertad, libertad...

El arriero arrima su caballo todo lo que puede a la antepuerta — una tranquera que está en un cerco de tala — allí lo detiene y avizora por debajo de una enramada de paraísos que sombrea el amplio patio de tierra sobre el cual canta el coro, delante de la casa de madera, forrada de zinc, donde están las aulas. Avizora el arriero entre las cabecitas de la escuela buscando las de sus hijos y en cuanto las ve, sonríe satisfecho, vuelve las riendas, y sale al paso lento de su caballo, luego al galope, musitando las expresiones más vibrantes del coro, hasta alcanzar el rebaño que ha seguido su marcha unánime por el sendero, sin otra dirección que la del perro y bajo el revuelo de unos cuantos chimangos y lechuzas cuyos chillidos alarman inútilmente a varios corderos.

Detrás de un alambrado tres vacas de la más fina raza siguen con suma atención el paso de los lanares, mientras un tordo picotea tranquilamente sobre el anca de la más grande, con la fácil gravedad de un oficante cotidiano.

La entrada de la majada a su corral del bosque de pinos, donde la echan entre jinete y perro, hace sonar en las ramas una sinfonía de alarma. Las copas se llenan de aleteos y desbordan en trinos.

Entrada la última oveja, el paisano cierra la tranquera sin bajarse del caballo y sigue el sendero. Del otro lado del bosque, donde se apea y desensilla, junto a un palenque, hay un vasto círculo formado por cinco o seis galpones y corrales, un molino, un troje y la casa. Concéntricamente una alameda. A su sombra juega ahora el perro color de puma con un manojó de paja y siembra al descuido bastante miedo entre las pocas aves de corral que se han llegado hasta allí. Un gallo bataraz, probado en cien combates, huye delante con todo el empuje de su sangre indiscutida...

MARCOS M. BLANCO.

La Plata, Junio de 1916.

EL CONGRESO AMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES

«Lo mejor en los trabajos de un congreso científico no está en los votos de la asamblea sino en las memorias o comunicaciones de sus adherentes, no arraiga en lo colectivo sino en lo individual.»

Este pobre juicio mío, emitido a propósito del expresado Congreso de ciencias sociales, fué aprobado por algunos colegas y negado por otros. Ni faltó quien llegase a considerarlo inconcebible.

Lo último me llamó un tanto la atención. Como que no hay en aquél nada de novedoso, pues su aparente paradoja entraña una verdad desde que el mundo es mundo. Ya Homero había señalado, en el verso 237 del canto XIII de la Iliada, el acrecentamiento impulsivo y activo del hombre en el seno de una multitud. Los romanos habían patentizado el decrecimiento moral de los actos multánimes: recuérdese aquello de «ubi multitudo, ibi malum», y lo de «Senatores boni viri, Senatus autem mala bestia». Y los refranes y adagios de toda suerte de la maravillosa sabiduría popular, han caracterizado las entidades colectivas en sus diversos aspectos: «un hombre vale cien hombres, y cien hombres pueden no valer uno solo»; «chi dice parlamento, dice guastamento»; «dime con quien andas, y te diré quien eres»; «quien entre lobos anda, a aullar se enseña», etc.

Hoy todo eso es poco menos que indiscutible. Hasta existe una ciencia, la llamada «psicología colectiva» (debida en principio a los italianos: Sighele, Ferri, Rossi, Orano, Groppali, Straticó, etc.), que procura explicarlo y sistematizarlo. Y es notorio su auge contemporáneo en los conocidos trabajos de Le Bon, de Tarde, de Nordau (en alguna de sus *Paradojas sociológicas*) y de muchos otros, entre los cuales no incluyo aquellos relativos a psicologías dinámicas o sedentarias de pueblos y países, como los de Fouillée, Boutmy, Altamira, etc. (para no llegar a los de Taine), que difieren de los que contemplan lo estático o fulmíneo de las muchedumbres improvisadas o transitorias.

Y resulta así de común asentimiento una doble proposición: 1.º que en materia afectiva, de sentimientos y tendencias; el individuo de la multitud no sólo aumenta su capital psicológico, sino que también lo suma al de sus compañeros; 2.º que en materia intelectual las fuerzas individuales no se suman sino que se restan, hasta el límite del término medio de la capacidad de todos.

Si ello es de verdad general — y nada autoriza, por ahora al menos, a sostener lo contrario — cabe suponer el valor que es dable atribuir a la «sabiduría colectiva» (recuérdese uno de los Ensayos de Spencer) de cualquier congreso o cuerpo colegiado, que absorbe o disminuye la personalidad de los individuos más representativos. Con mayor título es posible inferir consecuencias respecto de congresos americanos, en los cuales los componentes no presentan la fuerte dosis de intelectualidad que es natural en los de los países europeos, lo que los aproxima a los impresionismos pasionales y aun instintivos, y lo que, de tal suerte, implica un menor poder de resistencia a la sugestión.

Persisto, pues, en creer que lo bueno — lo relativamente bueno, está mejor dicho — de nuestros congresos no está en los congresos mismos, sino en el hecho de que éstos sean motivo para que se despierte la iniciativa individual, y para que sus futuros adherentes y miembros se decidan a presentar trabajos en aquéllos, meditados y realizados en el aislamiento fecundo de la personalidad entre el esplendor de su pristina plenitud. Es eso lo que vale, y es eso lo que permanece.

No hay, de consiguiente, mayor derecho para exigir gran cosa de los expresados congresos. Han dado y darán de sí lo que es humano esperar. Ni más ni menos.

De ahí que las observaciones que van a seguir deban ser entendidas con relación a las aludidas circunstancias. Y de ahí que las formule bien lejos de cualquier propósito de crítica, que sería tan fácil como mezquina: nunca dejo de tener presente aquel aforismo de Labruyère (*Ouvrages de l'esprit*), «le plaisir de la critique nous ôte celui d'être vivement touché de très belles choses». Lo que me lleva al efecto es el deseo de señalar omisiones o errores que pudieron ser salvados, siquiera para que en lo futuro no se incurra en lo mismo, y para que se tenga un poco más de tino en las respectivas preparación, organización y funcionamiento.

II

Precisa observar, desde luego, lo muy improvisado del Congreso. No obstante habérselo constituido por Decreto de mayo de 1915, esto es, con más de un año de anticipación, la correspondiente comisión organizadora no se reunió en tiempo para hacer efectiva su tarea, malgrado los esfuerzos generosos de varios de sus miembros, particularmente de los iniciadores del movimiento.

Ese apremio explica una buena parte de los defectos sentidos. Lo «americano» de su carácter fué muy restringido: no alcanzan a media docena los países hermanos que en él tuvieron representación propia, con sumar aquéllos una veintena. Los temas no fueron anunciados al público con la debida anticipación, lo que da la clave, siquiera en buena parte, de estas dos circunstancias: que fuesen tan relativamente pocos los trabajos sometidos al Congreso, y que la gran mayoría de los enviados adolecieran de bastante superficialidad. Y conste que aludo a las comunicaciones que, en lo compatible con las circunstancias, podían ser dignas de consideración, y que omito aquellas otras, aún más numerosas, hijas de la ingenuidad, o, a veces, de la misma impudencia, que no merecen ser tenidas en cuenta.

Pero este segundo aspecto de mis observaciones es menos imputable a la comisión organizadora que a las comisiones especiales que constituyeron cada una de las once secciones en que se dividió el Congreso (si se prescinde de las que se dejó a cargo de la Sociedad científica, y que tuvieron su régimen autónomo).

Organizadas tardíamente, a fines del año ppdo., apenas si pudieron esbozar su propio «cuestionario» ya muy entrado el año en curso, y gracias si resultó posible publicar el primer «Boletín» del Congreso (que incluía las bases de organización del mismo, así como la nómina de los miembros y de los temas de cada sección) unos dos meses antes de la fecha de apertura de aquél. De ahí que se prorrogara el plazo para la presentación de trabajos hasta el 30 de junio, y que se llegase luego a admitir éstos en cualquier tiempo, aún después de inaugurado el Congreso. Y de ahí que el segundo «Boletín» apareciera el mismo día de la inauguración, por donde falta en el mismo la nómina de algunos adherentes y de varios trabajos.

Lo peor es que no pocos de los miembros de las comisiones organizadoras de tales secciones se retrajeron, al extremo de negar el más elemental concurso activo a la tarea. Acaso estaban muy ocupados. Acaso temían un fracaso en que no querían complicarse. Lo positivo es que algunas secciones tuvieron reuniones preparatorias asaz contadas y sumarias, y que no han faltado casos de secciones que jamás sesionaron.

Demás estará el hacer constar que, así, los relatores de cada sección, cuando los había, en muy pocos supuestos pudieron expedirse acerca de las memorias presentadas, y se vieron obligados a pronunciarse en el curso de las sesiones del Congreso, sin elementos de estudio a mano, sin tiempo para estudiar ni madurar sus exámenes, y con la natural agravante de tener que omitir el análisis de varios de esos trabajos, debido al apremio de las sesiones parciales que no duraron sino cinco días. En otras secciones, las antes aludidas, que jamás se reunieron, ni siquiera hubo relatores.

III

No fué sólo el tiempo lo que obstó.

Por de pronto, se pudo tener mayor acierto en la constitución de la comisión organizadora. Para comprobar mi afirmación sobraría con apuntar la siguiente circunstancia: de los setenta y cuatro miembros de la misma, apenas si una sexta parte hizo acto de presencia en el Congreso y colaboró en las respectivas tareas.

Es que se trata de personas que, cabalmente por su reputación y volumen, resultan en gran mayoría las menos indicadas para lo ingrato de los trajines de cualquier organización así. O están muy ocupadas, o son muy despreocupadas. Por eso no concurrieron a los trabajos preparatorios (según el correspondiente reglamento, bastaban siete para formar «quorum»), ni, menos todavía, iban a echarse encima un viaje de cuatrocientas cincuenta leguas y a ausentarse durante toda una semana del centro de sus atenciones.

Y esto me lleva a la observación relativa al asiento del Congreso. Me explico el homenaje que se ha querido tributar con ello a Tucumán. Pero es dudoso que éste debiera consistir en la celebración de aquél. Pudo escogerse cualquier otro número antes que el del Congreso, que resultaba perfectamente desubicado.

Hasta, en todo caso, se habría podido llenar la fórmula de la inauguración en la ciudad de la Independencia, lo que habría permitido a los congresistas asistentes asociarse a varios festejos locales, pero con cargo de que las secciones trabajasen luego en la Metrópoli, donde, por lo mismo, correspondía la clausura de aquél.

En una palabra: así como se pudo conciliar la inclusión de dos clases de miembros en la comisión organizadora (los que prestan la autoridad de su nombre y los que aportan labor efectiva), también se debió no olvidar, al lado del tributo a la Provincia histórica, la eficiencia y la seriedad del Congreso.

Consideraciones análogas cabe aducir con respecto a la constitución de las distintas secciones. Tenían demasiados personajes austeramente representativos. Esa circunstancia, que parecería un mérito y un título, fué una falla. Bien por razón de ausencia, bien por efecto de magnitud individual, lo cierto es que aquéllos fueron muy nominales. Los elementos de propulsión y de labor faltaban, con toda evidencia, en la proporción debida. Permítaseme esta concreción, que espero no se repita, pues deseo evitar todo cuanto pueda implicar, ni aún indirectamente, la menor alusión: en la sección de derecho civil y comercial no figuraba un solo profesor de derecho civil de la Universidad metropolitana...

Huyo de la situación incómoda en que me he colocado, y paso a decir algo acerca de los temas o cuestionarios de los trabajos.

Hay, desde luego, mucho de teórico y académico en ellos, al extremo de contarse secciones enteras que pecan de lo mismo. La circunstancia puede dar pie para disertaciones doctrinarias y eruditas, no lo dudo. Pero no es aventurado suponer que los gobiernos no se deciden a enviar delegados para cosas librescas: las que los seducirían serían, evidentemente, aquellas que implicasen la solución de un problema o que respondiesen a una necesidad más o menos sentida y candente.

Hay, también, temas repetidos en dos o más secciones, como puede verse en los cuestionarios de las de Administración general e inmigración, de Economía y finanzas y de Agricultura, industria y comercio. No deja de ser ello poco serio. Y, lo que es peor, puede dar margen a situaciones encontradas en las respectivas soluciones, como en efecto ha acontecido.

Hasta hay temas espurios, diré así. Por razones no del todo

científicas y objetivas se incluyó en la Sección de derecho civil y comercial un tema sobre derecho de minería, que tenía su ubicación adecuada en la de Agricultura, industria y comercio. Así fué luego la situación de los pobres miembros de la Sección ungida, *quorum pars parva fui*, que confesaron paladinamente su incapacidad para abordar el tema, por razón de su completa ignorancia de la materia, y que, no obstante, debieron pronunciarse, siquiera en forma tímida y ambigua, como lo hicieron, pues había un trabajo presentado al respecto.

Y en todos se nota lo acentuado del «argentinismo» de su orientación. Ello es casi fatal. Cuando un país organiza un Congreso internacional, le imprime, hasta sin quererlo, un tinte relativamente local: la comisión organizadora propiamente activa es nacional (por mucho que en ella figuren, como suele acontecer, miembros extranjeros, que en lo común de los casos resultan nominales), y se desenvuelve, de consiguiente, dentro de las propias sugerencias y rumbos para fijar los temas y para caracterizarlos; y después, lo fuerte de la mayoría del elemento nacional en el seno de las secciones y del Congreso, consigue dirigir y aun unificar — no siempre, claro está — las corrientes de opinión y los votos. Lo he notado personalmente en congresos mucho más autorizados celebrados en Europa en que me tocara intervenir. Y me lo explico en el presente caso. Pero si me lo explico no lo justifico. Tratándose de un fenómeno de relativa notoriedad, bien se pudo hacer algo para evitarlo o disminuirlo. Habría bastado con invitar a los demás países a que enviasen los temas que creyeran conducentes (dentro de las líneas generales que cuadrasen), para discutirlos luego con los propios y para hacer la debida selección. De otra parte, no habría costado gran cosa proporcionalizar los miembros nacionales con los extranjeros, a objeto de que la mayoría de los primeros no resultase dominante y absorbente.

Por último, cabe apuntar el hecho de que son numerosos los temas a cuyo respecto no se ha presentado trabajo alguno. Dejo de lado la respectiva explicación, que es sencilla ante lo expuesto, y observo que eso no puede redundar en el crédito del Congreso. También hago constar, de paso, que, en cuanto yo sé, la mayoría de las secciones no se han pronunciado sobre esos temas «vírgenes», y que algunas otras han pensado que la falta de comunicaciones no era óbice para que cupiera al respecto una decisión, ya

que esas memorias son antes pretexto que causa de sus deliberaciones, y ya que lo importante era arribar a una solución que podía no concordar — como ha ocurrido en más de un supuesto — con las conclusiones de los trabajos presentados. Sólo agregaré que ni aun en estas últimas secciones se ha realizado obra completa, pues se ha limitado la tarea a los temas de relativa concreción y facilidad, por cuanto ni el apremio del tiempo ni la falta de elementos de información podían autorizar una obra de más fondo.

IV

Veamos ya cómo funcionó el Congreso.

Al día siguiente de su apertura — que, como todas las de su género, se redujo a discursos de homenajes corteses a los congresistas y a los gobiernos extranjeros, de auspicio de los trabajos, de análisis general de los temas, etc., así como a la designación de la mesa directiva — empezaron las distintas secciones a llenar su cometido.

La tarea previa de la constitución de las mismas ofreció dificultad en varios supuestos. Sin contar el hecho de que no concurrieron algunos presidentes y secretarios antes nombrados a los efectos de la organización y preparación de los trabajos, se encontró que el número de miembros presentes era tan reducido que algunas de ellas no tenían como concretarse en una realidad. De ahí que se hablara de fusionar dos o más secciones, y que el asunto fuera discutido formalmente entre los componentes de ellas en toda una sesión oficial. En el caso a que aludo se decidió la negativa. Y hago constar que no sé si se arribó en otros a lo contrario.

Lo cierto es que lo común de las secciones funcionaron con un número de miembros que difícilmente pasaban de la media docena. Y eso que se echó mano de recursos subsidiarios más o menos ingeniosos, en cuya virtud se aceptó como miembros a individuos que se habían limitado a presentar comunicaciones, o a algunos que anunciaron trabajos que nunca fueron presentados, y aún a otros que simplemente se prestaron, de comedidos, a tomar parte en las discusiones.

Las mesas directivas de las secciones sufrieron del mal común en más de un caso: la insuficiencia de elementos y la improvisa-

ción produjeron sus naturales resultados. Algunas tuvieron presidentes decorativos, que por excepción hicieron acto de presencia, o presidentes de representación no muy voluminosa y que empequeñecían un poco a toda la entidad. Algo parecido sucedió con los secretarios: los ha habido, y hasta en plural, que se desvelaban por el cargo, y que no sólo no lo llenaron con eficiencia sino que hasta llegaron a olvidarlo en el hecho poco menos que del todo, pues ni a las sesiones concurrían.

De consiguiente, no cabe maravillarse de que las actas brillasen por su ausencia, de que los secretarios *de facto* fuesen los contados miembros que querían seguir tomando en serio el asunto, de que los votos de las secciones llegasen a la Secretaría general (cuando llegaban) redactados en lápiz, sobre un papel cualquiera y por el conducto de quien se arrogase las correspondientes atribuciones, de que no hubiera ningún boletín diario de la actividad de las secciones, etc., etc.

Dentro de ese espíritu como familiar de la tarea, bien se comprende a donde es posible ir en las suposiciones que he querido hacer contener en los precedentes etcéteras, ya que me he trazado por norma referirme a hechos positivos y que me consten directamente.

Debo anotar que los trabajos tuvieron que afrontar otro obstáculo: el de las festividades locales, a las cuales los congresistas eran invitados casi siempre. Eran muchas e interferían con las sesiones, lo que redundaba en perjuicio de éstas, ya que no es dudosa la elección entre el esparcimiento y la labor. Bien se pudo reducirlas, limitándoselas a las horas de la noche. Es cierto que a ellas han concurrido los que quisieron, y que, además, no había estricta obligación de apurarlas hasta lo último, por donde cabe sostener que en rigor no pueden haber perjudicado la obra de los congresistas. Pero este razonamiento, como casi todos los que se refieren a circunstancias análogas, resulta desmentido por lo decisivo de los hechos, cuya explicación, por lo demás, se halla lejos de ser abstrusa: siempre hay quien se rinde — por temperamento o por exigencias protocolares — a las sugerencias de una fiesta. De ahí se sigue que las secciones quedan reducidas a los miembros laboriosos, que con frecuencia son los menos; que puede faltar alguno a quien se había encomendado una relación; que la tarea se empequeñece o se atrasa; y que, en general, se delibera con algún desánimo y no con la mayor de las eficiencias.

V

Así, dentro de ese ambiente un poco diminuto, bastante patriarcal y no menos intermitente o esporádico, se desarrollaron las deliberaciones de las diversas secciones.

Llegó el día de la clausura del Congreso, a los seis días de su inauguración (prácticamente a los cinco, pues el día nueve ninguna sección se reunió, por lo menos en cuanto yo sé).

Lo menos que por tanto cuadraba era que cada una de las secciones tuviese listas sus conclusiones desde la víspera, al doble efecto de que los respectivos relatores pudieran preparar el correspondiente informe para la sesión plenaria, y de que las conociera el orador que, en el oportuno discurso que esa sesión reclama, las sintetizara y pudiera apreciarlas.

Y no pudo ser así. La mayoría de las secciones se encontró con mucha tarea atrasada y se vió obligada a expedirse como pudo sobre lo que ofreciera más interés o lo que se presentase menos difícil. Por eso resultó que no pocas ni siquiera pudieron tomar en consideración muchos de los trabajos sometidos a su estudio, que no faltó alguna que acordara — con buen tino, por lo demás — facultar a la mesa directiva para que después de clausurado el Congreso analizase dichos trabajos y dictaminara acerca de los que merecían ser publicados, y que una fuerte dosis de conclusiones fueran sancionadas apenas con unas bien pocas horas de anticipación a la de la susodicha sesión plenaria.

Tampoco se designó los relatores de las secciones, según era reglamentario. De consiguiente, el Presidente del Congreso y orador único, tuvo que conformarse con las noticias de último momento que pudieron serle dadas por el conducto particular de la Secretaría, que distaron de ser completas — por obra de las mismas Secciones en algunos supuestos — ni aun con relación a los votos efectivamente adoptados. Por eso su discurso tropezó con la natural fatalidad de ser inorgánico y escasamente sintético.

Pero lo que más puede llamar la atención en esa sesión de clausura no es lo dicho sino esto otro. Alguien observó que había contradicciones entre los votos de secciones con temas afines o análogos, y que en algunos casos existían votos que requerían una redacción más clara y hasta más correcta y castiza. De ahí

que se resolviera adoptar las conclusiones de las diferentes secciones sólo «en general», y se acordase facultar a la autoridad ejecutiva del Congreso para que, después de clausurado éste, les diera forma y las «coordinase» (no estoy seguro de que fuera éste el término empleado, pero el concepto es cabal).

Parece ello un poco extraordinario, ya que la aludida función puede llegar, va a llegar a la desvirtuación de más de uno de los votos originarios. Y la verdad es que no se ve otra solución a la dificultad. Si la tarea de la autoridad ejecutiva del Congreso importa algo así como una tutela intelectual para las secciones, que ven así disminuídas sus funciones y su altura de criterio, y se resuelve en una fuerte fallá para la total seriedad del mismo Congreso, me parece que la sanción sistemática de todos los votos, cuando algunos de ellos presentan deficiencias literarias y son contradictorios con otros, importa un defecto mayor, por donde la resolución del Congreso viene a ser una elección del menor de entre los males.

Lo cierto es que no se debió llegar jamás a una situación semejante. Habría bastado al efecto con organizar el Congreso en otra forma: con más tiempo, con elementos más activos, con menos pretensiones intelectuales o milagreras, etc. En todo caso, habría bastado una reunión previa de las distintas secciones cuyos votos fueran observables, a objeto de que en el seno de las mismas, y no en pleno Congreso, se obtuviese la solución que cuadraba.

Termino haciendo notar otra singularidad, esta vez reglamentaria: las secciones pueden seguir funcionando después de cerrado el Congreso. Se ha previsto que antes no podrían terminar sus tareas (y creo que la respectiva disposición ha obedecido a la sugestión de una de las once secciones, que se encontró con excesiva labor por delante), y se ha querido permitirles ulti-marlas.

La verdad que ello no es regular: las conclusiones y votos a que así se arribe carecerán del auspicio de la sesión plenaria y no serán conclusiones ni votos del Congreso, lo que les restará no escasa autoridad.

Me apresuro a manifestar que sé lo que importa la sanción final de los Congresos en pleno: una cosa protocolar o meramente formularia, ya que en ellos — por regla que conozco muy general — no hay discusión y se pasa como a tambor batiente por lo

acordado en las secciones. No me refiero, pues, a la autoridad efectivamente intelectual, sino a la autoridad moral, casi externa, que presta a las conclusiones el amparo representativo del número y de los nombres de los miembros del Congreso, así como, por natural consecuencia, la que dimana — según costumbre o tradición convencionalmente aceptada por todo el mundo — de la entidad que el mismo Congreso constituye por su carácter propiamente oficial y por sus horizontes internacionales.

VI

He aquí mis consideraciones finales.

Ante todo advierto que he hablado en general, para lo común de las situaciones. Bien sé que ha habido secciones — por cierto no muy fácilmente pluralizables — a las cuales no son aplicables los defectos de constitución y de funcionamiento que he mencionado, y que, al contrario, han sido poco menos que un modelo de laboriosidad, de buena ciencia y de adecuado sentido de la realidad americana que se tenía en mira.

También me hago cargo de lo relativamente indeterminado de algunas de mis afirmaciones (como lo de lo teórico de los temas). He querido, según puntalicé al comienzo, rehuir todo aquello que pudiera importar — aún indirectamente y en la simple apariencia — algún agravio individual para nadie, ya que contemplo lo objetivo del Congreso y no lo personal de sus miembros, y ya que señalo deficiencias en que todos tenemos, más o menos, alguna culpa.

Por último, he tendido a hacer resaltar hechos corregibles, para que en adelante no puedan repetirse, para que todos nos vayamos haciendo un poco a estas cosas, y, en especial, para que de tal suerte se consiga para los congresos venideros mayores auspicios, concurrencias más selectas, trabajos más decisivos, organización y funcionamiento más prácticos, y conclusiones que entrañen la solución de problemas que afectan en lo vivo a nuestros países; lo que habrá de representar la mejor de las autoridades a que aquéllos, y los consiguientes gobiernos, puedan aspirar: la de la ciencia y la acción, en la pragmática conjunción que se resuelva en obras de todo género para el bien de los correspondientes pueblos.

A. COLMO.

JOSE ORTEGA Y GASSET

EL SENTIDO DE LA FILOSOFIA

La Asociación Cultural Española realiza una labor digna de aplauso al acercar intelectualmente España a nuestra república. Con tal motivo trae periódicamente a nuestras playas a los ejemplares más conspicuos de la mentalidad española. Vino hace dos años el erudito Menéndez Pidal, quien disertó sobre la personalidad de Menéndez Pelayo, figura considerable dentro del mundo intelectual español, pero cuya obra se resiente de una falla fundamental: Menéndez Pelayo es reaccionario en extremo; sus esfuerzos extraordinarios en favor de la rehabilitación del pasado español resultan infructuosos y su apología de la España tradicional e inquisidora no convence a nadie. Menéndez Pidal al seleccionar como tema de sus conferencias a Menéndez y Pelayo nos ha exaltado a la España negativa, a la España amortajada que poco nos puede iluminar. Hubiéramos deseado que nos hablara de la España que surge, de la España que sacude su modorra centenaria, de la España que renace, de la España nueva. Mas Menéndez Pidal, como Menéndez y Pelayo, no pertenecen a esta España: mal pueden platicar de ella.

José Ortega y Gasset es un artesano infatigable de esa España nueva, de esa España por venir. En sus obras niega la existencia de una cultura española e incita a construirla. Cada nacionalidad constituye un ensayo particular de la vida, según Ortega y Gasset, y en ese sentido anhela que la España forje la suya sobre moldes más amplios que los actuales. Ortega y Gasset advierte la subversión de los valores en España y pugna por su renovación.

Conocemos, además, las producciones de Ortega y Gasset.

Su labor periodística, como sus dos libros «Meditaciones del Quijote» y «Personas, obras, cosas...», revelan al pensador doblado por un temperamento de artista. Ortega y Gasset, en efecto, es un agudo crítico de arte y un literato lleno de primores.

En esas obras, sin embargo, en vano se busca al filósofo; pero como sabemos que entre sus títulos más honrosos cuenta el de haber sucedido al eximio republicano Salmerón en la cátedra de Metafísica, esperábamos con fundado interés sus conferencias sobre filosofía. Y es así como su primer disertación acerca del «sentido de la filosofía», pronunciada el 7 de Agosto pasado, constituyó todo un acontecimiento.

Presentado al auditorio mediante un bien meditado trabajo del doctor Avelino Gutiérrez, presidente de la Asociación Cultural Española, Ortega y Gasset conquistó al auditorio desde el comienzo. Dotado de palabra flúida y de elegante dicción, se expresa con claridad y precisión poco comunes en un profesor de metafísica. Agreguemos a ello el plausible abandono de todo tecnicismo superfluo y el íntimo calor con que emite sus ideas, calor que propaga al auditorio y nos explicaremos los grandes aplausos conquistados por el joven catedrático.

Tres declaraciones que al comenzar su disertación hiciera Ortega y Gasset, aumentaron la espontánea simpatía de que venía precedido: Ortega y Gasset rompió resueltamente con la práctica insincera de entonar un panegírico a nuestra «grandeza»; tampoco se erigió en representante de España — «no traigo», dijo, «más España que la que desplaza mi persona» — que no es poca por cierto — y, por último, tampoco habló de la «España gloriosa» ni del patriotismo, que no es, según él, un párrafo de retórica, sino lo que hacemos todos los días.

«Viajero cordial que va de entraña a entraña y de alma a alma» aspira tan sólo a auscultar las palpitaciones de nuestro espíritu y a hablarnos de altos problemas filosóficos.

Y a continuación Ortega y Gasset definió su posición filosófica. La filosofía como las demás ciencias, según Ortega y Gasset nació no en Grecia, sino en las colonias griegas, que como señala Gomperz sobrepusieron a la misma Grecia en cultura y en brillo artístico. Thales de Mileto al prescindir de los dioses en la explicación del universo y al emplear solamente la razón para desentrañar su esencia, echa los cimientos definitivos de la filosofía y de las ciencias. Tal es el imperio de la racionalidad. Me-

diante la racionalidad el hombre se aniquila como organismo y como materia y se levanta como razón y somete nuestras pasiones y nuestras apetencias.

Concibe Ortega y Gasset a la filosofía como una ciencia general que une entre sí a las ciencias particulares, constituyendo una ciencia de las ciencias y una teoría de las teorías. La filosofía es completamente objetiva: Ortega y Gasset arroja todo resto de subjetivismo. Pero reclama la autonomía de la filosofía y desdén los datos de las ciencias naturales que han desempeñado en los últimos tiempos, según él, un odioso papel inquisitorial. Pero si las ciencias no penetran en los dominios de la filosofía, la filosofía se reserva el derecho de analizar los fundamentos de las ciencias que bien pueden reposar sobre arenas movedizas.

La filosofía, entendida en esta forma, estaba en plena decadencia en los últimos diez lustros. A esta decadencia se debe en no pequeña parte la colosal contienda europea. Aleccionados, tornamos a la filosofía clásica que acentuará los prestigios de su inmortal esplendor después de apagado el incendio del viejo continente.

Sintetizada de esta suerte la filosofía de Ortega y Gasset, fácilmente se nota los puntos en que contacta con la filosofía neo-kantiana, cuyo representante más autorizado en Alemania es hoy día el profesor Cohen y con la filosofía profesada por Bergson. Justo es consignar, sin embargo, que se aparta de aquellas dos escuelas en más de un detalle. Disiente, por lo pronto, con los neo-kantianos en cuanto borra de la filosofía los rastros del subjetivismo y se aleja de Bergson en cuanto no acude a las ciencias naturales a informarse y tener en cuenta sus datos en la elaboración de la filosofía.

Ya en las «Meditaciones del Quijote» escribía Ortega y Gasset: «las ciencias naturales basadas en el determinismo habían conquistado durante los primeros lustros el campo de la biología. Darwin cree haber conseguido aprisionar lo vital — nuestra última esperanza — dentro de la necesidad física. La vida descende a no más que materia. La fisiología a mecánica».

«El organismo que parecía una unidad independiente, capaz de obrar por sí mismo, es inserto en el medio físico, como una figura en un tapiz. Ya no es él quien se mueve, sino el medio en él. Nuestras acciones no pasan de reacciones. No hay libertad, originalidad. Vivir es adaptarse: adaptarse es dejar que el contorno material penetre en nosotros y nos desaloje de nosotros mismos.

Adaptación es sumisión y renuncia. Darwin barre los héroes de sobre el haz de la tierra». (págs. 206 y 207).

Palabras graves, sin duda. Ellas evidencian que su autor no está bien empapado en la médula de las doctrinas evolucionistas y que no es un filósofo de verdad sino un literato de la filosofía. En efecto: el determinismo y el evolucionismo, lejos de hallarse en decadencia, pueden considerarse como las dos conquistas más valiosas de la filosofía contemporánea. Estos dos conceptos básicos no ahogan al hombre: lo emancipan de miles de prejuicios y de supersticiones. No deprimen a la personalidad humana: la exaltan y le comunican relieve; instan a integrarse sin cesar. Ninguna preocupación de índole moral o de cualquier otra clase puede poner en duda que el medio obra sobre el individuo y que el individuo reobra sobre el medio. En esta mutua influencia, en esta continua interacción, ambos se perfeccionan sin cesar. El evolucionismo y el determinismo suministran una pauta a la personalidad humana, la enriquecen, la amplían, centuplicándola en poder, en eficacia, en verdadero valor moral.

Nos explicamos ahora porqué Ortega y Gasset repudia a las ciencias naturales, que es como despreciar a todas las ciencias, porque todas las ciencias son naturales: no existen, en nuestro entender, ciencias artificiales; todas las creaciones del espíritu humano son naturales. Palpita en el fondo de las frases citadas la olímpica vanidad racionalista que odia las humildes y fecundas conquistas de la experiencia, como si «la razón» fuera una soberana omnimoda e infalible. Es un lamento egocéntrico: el «yo» se siente ultrajado por la invasión de las ciencias, patrimonio impersonal de toda la humanidad. Es la prédica en favor de los fueros de la independencia de la personalidad que se cree aniquilada precisamente cuando al conjuro de la moderna filosofía se ofrecen mayores posibilidades de desarrollo a la personalidad de la mayor suma de hombres y los invita a no formar una nebulosa indiferenciada y confusa, sino millones de estrellas brillando con luz propia. Ese odio a la ciencia y ese individualismo hermetico, ha llevado a España a la anarquía en que aún se debate. Confiesa Ramón y Cajal, el más grande hombre de ciencia con que cuenta España, en un trabajo sobre «el renacimiento de la doctrina neuronal», que «de cuando en cuando y con ocasión del pretendido fracaso de la neurona — leído en algún semanario médico francés — me dirigen, creyendo molestarme, anónimos lle-

nos de vulgares injusticias», y más arriba dice: «parecen sufrir fruición inefable y exaltación frenética en cuanto un histólogo extranjero cualquiera sin prestigio ni autoridad, haciéndose eco acaso de algún error alemán, se permite contradecir la concepción neuronal o algunos de mis argumentos o inducciones.» Y confiesa, también, que sólo dos o tres personas han leído íntegramente sus trabajos en España que, como es sabido, son leídos en el extranjero, habiendo a los ochenta años el histólogo Kölliker aprendido el castellano para leer en el idioma original los trabajos del eximio investigador español.

Tales hechos evidencian, desgraciadamente, que muchos españoles aún sienten una repugnancia instintiva, orgánica, por las disciplinas científicas, como si los horrores de la inquisición hubieran dejado en el fondo de ellos un sedimento del espíritu que la animaba.

Y decimos esto con dolor, porque sabemos que Ortega y Gasset se halla colocado, por méritos propios, a la cabeza de un movimiento que anhela fervientemente la reconstrucción y la europeización de España. ¿Cómo es posible tan ansiada regeneración? Impregnando el espíritu español de ciencia, despertándolo a la realidad, sensibilizando su espíritu no con las vaguedades de una filosofía etérea, sino con el inquieto fulgor de la vida contemporánea, única forma de disolver el misticismo y los prejuicios que lo petrifican.

Y no caigamos en otro error: la guerra europea no es debida a las ciencias ni a la filosofía. La guerra se produjo a pesar de ellas, aún cuando contaran en algunos países con el beneplácito de los hombres de ciencia y de los filósofos. Hombres de ciencia y filósofos pueden ser retrógados. Las ciencias y la filosofía, jamás.

La guerra europea ha trastornado muchos cerebros y ha cerrado muchos laboratorios y bibliotecas; a beneficio de tal circunstancia las ciencias sufren un eclipse y la filosofía mística se adueña de las almas, ofreciendo un lenitivo falaz a los dolores engendrados por la gran tragedia.

Pero las ciencias sólo han muerto para las almas muertas. Después de la guerra renacerán con más empuje, con más vigor, porque ellas con sus luces, incorporadas a la acción diaria, como aquel «alimento de los dioses» a que Wells hace referencia en una de sus novelas más sugestivas, transformarán a los hombres en una estirpe de gigantes.

ALBERTO PALCOS.

LETRAS ARGENTINAS

PROSA

José María Cantilo. — *Los desorbitados* (novela).

Unamuno ha escrito no ha mucho, que por carecer de imaginación la inteligencia argentina, falta a nuestra literatura un buen novelista. Sin discutir el postulado de su juicio, convendremos en que de ser todas nuestras novelas como *Los desorbitados* de José María Cantilo, la opinión de Unamuno no estaría muy errada.

Quien vive en nuestro país como en cualquier otro un ambiente dado, puede, de proponérselo, escoger entre sus figuras más difundidas unas cuantas particulares, hacerlas andar y decir a su modo habitual, y tejer con las mil contingencias cotidianas, una trama novelesca. Si es maestro en el género, los personajes más simples, las escenas más triviales, las frases de menor trascendencia, adquirirán, por su arte, relieve, contorno y movimiento que han de dar ilusión de vida. Si no es maestro y no sabe dar en un trazo la síntesis de un personaje, si no tiene emoción, ni imaginación, ni penetración, las criaturas que ha escogido vivirán como en las crónicas, en sucesión de «momentos», o como en las fotografías, en un «momento» único. Les faltará lo interno y lo esencial, lo que les distingue de todo el mundo y lo que les confunde con todo él: ese algo personalísimo que el psicólogo debe descubrir.

Veo sobre mi escritorio *Los desorbitados* del señor Cantilo. Hace algunas horas que he terminado su lectura y tengo de sus páginas, por consiguiente, una fresca impresión. Espero en la tranquilidad de la hora y del momento que un personaje de los

tantos que en sus páginas he conocido, vuelva a mí, preciso y claro. Gratísimo es al finalizar una novela seguir viviendo con una o varias de sus criaturas, complacidos de su contemplación y de su análisis. Procuro hacer lo propio con alguna de las que se describen en *Los desorbitados*, seguirle en sus andanzas, hurgar en sus sentimientos.

Al rato, comprendo lo vano de mi empeño. Mediocres de natural los más de los personajes, poco complace su compañía, y los que pudieran tener algún relieve son, como los otros, pobres y tontos. Sin un momento de superioridad, se pierden en la serie de superficiales y de mundanos a flor de piel, que el señor Cantilo nos muestra, sin prestarles el más mínimo interés. De ellos nos enseña su primera y tangible realidad, sin más perspicacia psicológica que la habitual en una crónica social.

Y de crónica social, precisamente, hace efecto esta novela. Por sus páginas pasan nombres, se refieren fiestas, se mencionan clubs, teatros, balnearios, estancias y se vive estúpidamente como en cualquier crónica mundana. Falta nervio en el estilo, falta penetración en la psicología, falta interés en los personajes. Todo es blanducho y superficial. No hay una descripción interesante, una frase más bella que las demás. A ratos, la crónica social se repite en estas páginas con fidelidad pasmosa: «Merceditas descollaba, en verdad, tanto por la belleza física cuanto por el buen gusto y la riqueza del vestir. Llevaba un traje de taffetas blanco y terciopelo azul con casaquín de cortos faldones fruncido al talle por un cinturón drapeado del mismo terciopelo y una *casquette restauration* también azul y de alas vueltas, muy original y que sombreaba con exquisita gracia sus grandes ojos soñadores.»

El señor Cantilo ha imaginado que dando nombres más o menos comunes a sus personajes, haciéndoles concurrir a los lugares a que habitualmente concurren los de su círculo y haciéndoles hacer y decir lo que hacen y dicen por hábito, su novela sería fidelísimo reflejo del ambiente. Ha descuidado todo lo demás. En vez de explorar esas almas y huronear en lo más recóndito de esos seres, ha referido sus triviales aventuras, sus frases incoloras, sus pasiones y sus esperanzas de gente común y mediocre.

No exageremos los términos, ni lleguemos por una crítica complaciente a cambiar los valores literarios. El señor Cantilo podrá algún día ser un buen novelista; que lo sea ya, no es exacto. Si *Los Desorbitados* es una excelente novela, ¿qué diríamos de las

cien mil que se escriben anualmente en el mundo, y les son superiores?

Arturo Capdevila. — *La Sulamita* (Edición de NOSOTROS).

Yo no sabría decir si el último libro de Capdevila es bueno o malo. Nada versado en ciencia bíblica, mentiría supinamente si me pusiera a divagar sobre las notas con que el autor de *La Sulamita* ilustra su drama, o si le discutiera detalles de cada una de sus jornadas. He leído su reciente obra con la misma ingenuidad de su más desprevenido lector, es decir, con el más mínimo espíritu crítico.

Hace algunos años, en la impaciencia de las primeras lecturas, conocí ligeramente *El cantar de los cantares* en la bella traducción de Renán y gusté, sin seguir demasiado las notas, la adaptación escénica que el maestro suponía más posible. De entonces aquí, nunca más seguí esos textos, ni me interesé en el drama de Salomón y la Sulamita. Así me sorprende el libro de Capdevila, que el lector me perdonará no juzgue en la posible novedad de su interpretación, ni en la ciencia de su artífice.

De su estilo no se dirán sino buenas palabras. Poeta el señor Capdevila, habría de sentir ciertamente el poema de amor salomónico, e interpretarlo de bellísima manera. Lamenta, eso sí, el lector de sus versos, no haya escrito en ellos esta obra, — no por desdén a su prosa, mas por complacencia en su poesía.

Martiniano Leguizamón. — *La cinta colorada* (Notas y perfiles).

He leído las páginas de este libro en parecido estado espiritual al que recorro, de tanto en tanto, los museos que guardan viejas cosas argentinas. Lo he leído con inquietud y con cierta tristeza; con la misma tristeza y la misma inquietud con que miro el rostro de un criollo u observo estampas y objetos de otrora.

Hay en este libro mucho amor, como hay mucho amor en un museo. La mano que ha trazado estas páginas y la mano que bajo las vitrinas ha dispuesto con celo entusiasta un cintillo punzó, una medalla vieja, una casaca histórica o una miniatura fina de Lavalle o de Rosas, tiemblan de emoción al recuerdo de nuestro pasado. Una y otra quieren que nada de entonces se pierda; ni la casa que sirvió para tal congreso, ni el templo para tal solemnidad, ni el recuerdo de un héroe, ni aquella guitarra, ni aquel poncho... El señor Leguizamón, como muchos argentinos de su época y

otros de ulteriores, ha oído de niño leyendas e historias de la patria vieja, el relato de escenas que los suyos han vivido o contemplado, y su imaginación ha sentido, así, todo el encanto de lo primitivo, de lo autóctono, de lo puro. Artista, ha sabido más tarde destilar en buenas páginas sus primeras impresiones y decir de sus amores más hondos. De este modo, su pasión artística y su fervor nacional se armonizan en una obra simpática y sincera.

Yo no he oído en mi hogar lo que el señor Leguizamón ha oído en el suyo. Soy un argentino de la nueva estirpe, a quien sus padres en el recuerdo de sus Pirineos y de sus Alpes originarios, no pueden dar, sino escasa, la visión familiar del pasado argentino. La cinta colorada no lució en ninguno de los míos, ni tampoco conocieron el exilio de los unitarios; gente de mi estirpe no corrió la pampa primitiva, ni anduvo con sus hombres, ni supo de sus leyendas. Así, no puedo sentir como un argentino tradicional las cosas de antaño. Comprenderá, pues, el lector, porqué he leído con inquietud y con tristeza el libro reciente del señor Leguizamón. O su autor da la pauta de lo que un argentino debe ser y, en tal caso, yo lo fuera pobremente, — o bien es posible que un hombre pueda sentir intensamente su patria sin necesidad de imágenes para su culto: recuerdo histórico o memoria guardada — y en tal caso la pedagogía de los museos y el valor de la historia disminuyen notablemente. Quiero creer lo segundo. De lo contrario, las pobres criaturas que no nos satisfacemos de un patriotismo de afirmaciones hipócritas o ligeras, nos veríamos irremisiblemente condenados a una nacionalidad parcial.

Poco va dicho hasta aquí de lo que, en particular, este libro contiene. Perdónelo el lector de estas crónicas. Es virtud de los libros buenos la de sugerir, y éste del doctor Leguizamón sugiere, ciertamente. . .

Ricardo Rojas. — *Noticia preliminar* al «Peregrino en Babilonia y otros poemas», de don Luis de Tejeda (poeta cordobés del siglo XVII).

He dicho en mi crónica anterior todo el respeto que me merece la labor crítica de Ricardo Rojas. En país como el nuestro, donde las investigaciones eruditas no son frecuentes ni muy escrupulosas, los estudiosos como Rojas deben ser apreciados en su significación excepcional. Nos redimen de nuestro general vicio de las improvisaciones, y fijan más o menos en definitiva la verdad sobre nuestro pasado histórico y literario.

Profesor de literatura argentina en la Facultad de Letras y editor de una biblioteca cuyo propósito es publicar los mejores o más famosos libros nuestros, no debía Rojas, como los que hasta ahora han hecho historia literaria, prescindir de los escritores argentinos anteriores a la época virreinal. «Siempre me resistí — dice en su *Noticia* — a conceder esta primacia cronológica a Labardén y su círculo, pues no podía olvidarme de que fué Córdoba centro de intensa vida espiritual, durante la larga dominación de los jesuitas.» Y era, precisamente, en ese medio extranjero y culto en el que mejor podían desarrollarse por aquella época la vocación literaria de los nativos. «El buen abo-lengo de sus primeros conquistadores, el medio físico favorable, el ambiente social de sus escuelas, todo concurría al advenimiento de una vocación literaria, como temprana primicia de la tierra argentina y de la cultura colonial.»

Desarrollase, así, el ingenio de don Luis de Tejeda, descendiente de uno de los primeros pobladores de Córdoba e hijo de cordobeses ricos y aristocráticos. Refiere Rojas en su *Noticia* las influencias hereditarias y de ambiente que fueron propicias al talento del poeta primitivo, y recuerda — guiado por la *Genealogía de los Tejeda*, de autor anónimo — los juicios que sobre el ingenio y cultura de don Luis formaron sus contemporáneos.

Por las poesías mismas y por la referida *Genealogía*, infiere Rojas la vida y carácter de Tejeda, interesantes de verdad por las aventuras que corriera y por su fin cristiano en un convento dominico. Acogido a sagrado, supone Rojas que «de esta meditación ascética o senil, sobre su propia vida, debió venirle la primera concepción de su poema.» Es así que en el *Peregrino de Babilonia* ha referido su autor sus pecaminosas andanzas por el mundo, nuevo Mañara de la estirpe inmortal.

Juzga Rojas del valor de los versos descubiertos y de la influencia que pudo ejercer Góngora sobre su autor; y ya en labor de editor crítico, señala las correcciones a que sometió el códice que le sirviera de fuente, no siempre sabio y preciso.

No necesita Rojas de nuestro estímulo para persistir en sus investigaciones. Ello no obsta para que le aplaudamos sinceramente. Es de los pocos escritores de quienes es dado esperar obra seria y escrupulosa: condiciones inauditas en este país.

Folleto.

De nuestros escritores representativos es, acaso, Angel de Estrada (h.) al que menos se conoce. Apenas ha llegado al público su obra múltiple, y tal vez de pocos, como de él, se ha ocupado menos el periodismo pregonero.

El reducido círculo intelectual que le ha leído, no le discute. Escritor alguno apasiona menos, ni con menor intensidad mantiene sobre su obra la expectativa estudiosa. Dijérase que Estrada fuera un maestro indiscutible, cuya obra hubiera perdido actualidad.

Hay en los quince tomos que lleva publicados, páginas de nobilísima belleza, que ojalá se editaran algún día en uno que reuniera las mejores.

Con motivo del centenario de Cervantes, Angel de Estrada pronunció en el Colegio Nacional de Buenos Aires, una conferencia sobre su figura inmortal y su obra grandísima. Editada en folleto, habrán podido apreciar quienes no siguieron la palabra del conferenciante, las bellas páginas del escritor, que si no son de sus más características, son, sin duda, de las de más fácil lectura.

— Don Carlos Correa Luna, que en su *Baltasar de Arandía* revelara tantas buenas condiciones de historiador escrupuloso y de excelente escritor, ha compuesto una monografía sobre *La villa de Luján en el siglo XVIII*, que confirma la buena impresión que su obra anterior produjera. El señor Correa Luna pertenece al grupo de historiadores que quieren dar del pasado una imagen amable y sonriente.

— El joven escritor don Alberto J. Rodríguez ha publicado en folleto un *Ensayo sobre Rubén Darío*, aparecido anteriormente en la revista *Ideas*. Más que análisis crítico, el trabajo del señor Rodríguez es comentario de las variaciones y diversos aspectos de la personalidad del poeta.

Muchas y entusiastas lecturas revela el autor haber seguido, pero tal vez pudiera reprochársele el no dar en su folleto, ordenadas y precisas, las ideas que lo determinaron a su composición.

JULIO NOÉ.

En el próximo número nos ocuparemos, entre otras, de las siguientes obras: *El Payador*, por Leopoldo Lugones, y *Los países de la América latina*, por Alfredo Colmo.

CRONICA DE ARTE

Las últimas exposiciones

Las tres últimas exposiciones individuales, la de los señores Héctor Nava, Carlos P. Ripamonte y Antonio Alice, nos han permitido apreciar a tres artistas argentinos perfectamente distintos e igualmente sinceros.

El señor Nava se nos antoja, sin embargo, ligado todavía a ciertos prejuicios de escuela, mientras que sus dos colegas no tienen, parece, otra preocupación que reproducir de la mejor manera posible lo que en los hombres o en la naturaleza les ha impresionado. El señor Nava es, en cambio, el más artista de los tres. Pero hablaremos de ellos separadamente, como han expuesto. Unir a tres artistas en un juicio paralelo es cometer una acción imprudente, de quien sabe qué consecuencias.



Carlos P. Ripamonte. — El señor Ripamonte expuso en los salones de la comisión nacional de Bellas Artes más de ciento veinte obras, reproduciendo «escenas, costumbres e impresiones de la tierra», de nuestra tierra argentina. La exposición del señor Ripamonte comprendía lo esencial de su obra de muchos años, que reunió seguramente, para tributar un homenaje a la nación en su fecha centenaria. Este artista se ha dedicado, como es sabido, casi por entero al estudio de las cosas y los tipos del terruño; su obra es esencialmente argentina. Y debemos convenir que pocos pintores han realizado con tanta exactitud ciertos aspectos de nuestra campaña, ciertas escenas de nuestra vida rural y que ninguno ha retratado con una penetración tan sutil, con tan sorprendente realidad a nuestro paisano. El señor Ripamonte le hace revivir en sus telas. Y es de admirar la verdad de los gestos, de las actitudes, de las expresiones. Cada fisonomía revela los detalles más ocultos de la psicología del modelo. En

algunas caras no sólo se adivina el alma, sino la historia del retratado. Las obras del señor Ripamonte son para quien quiera estudiar a nuestro paisano, documentos preciosos, muy superiores a cualquier fantasía de escritor. Ahí está viviente nuestro gaucho, ahí está que habla. Hasta parece, por momentos, que se riera de los que hacen literatura a su costa. Porque, insistimos, las imágenes del señor Ripamonte son de un realismo absoluto. Muy pocas veces pone el artista a contribución su fantasía y sobre todo no inventa nada. La suya es una obra vivida. Aun cuando pinta nuestro paisaje pampeano, su realismo es evidente. Nuestra llanura aparece en sus obras monótona, pobre de color, sin accidentes pintorescos, tal como es en la realidad. Una tapera, unas parvas, una laguna de agua muerta, alguna carreta, son las únicas variaciones del tema eterno. Siempre la misma soledad, la misma monotonía que agobia. Siempre la misma llanura monocroma extendida bajo un cielo de un azul que parece desleído en esa inmensa extensión que abarca la vista. No hay en la pampa nada que nos distraiga de nosotros mismos; quizá por eso la pampa nos descorazona.

La obra del señor Ripamonte demuestra qué de poco interés es la pampa como motivo pictórico. Los paisajes que expuso este artista no están realizados con una maestría insuperable, ni mucho menos, pero reflejan una visión muy clara de los aspectos pampeanos. Y vemos que si se puede pintar mejor nuestro campo raso, no se puede pintar sino como él lo ha pintado, pobre de color y sin amenidad. De otro modo perdería su carácter.

En cuanto al gaucho no es, bajo el punto de vista estético, mucho más interesante que el paisaje en que se mueve. Para nosotros tiene un vivo interés porque es una figura tradicional y querida; pero difícilmente interesará a quienes no le conozcan de cerca o no hayan sido influenciados por la caprichosa leyenda que se ha tejido alrededor del hombre de nuestra campaña. La obra del señor Ripamonte nos atrae y hasta nos emociona si se quiere, pero por razones sentimentales. Y hay que desconfiar del valor de las obras de arte edificadas sobre un motivo puramente sentimental. Si esta exposición que nos ocupa se hubiera realizado en un país extranjero, habría tenido un éxito de curiosidad y nada más. El público extranjero habría visto un tipo extraño y feamente vestido — porque hay que convenir que el traje de nuestro gaucho es feo —; un tipo de fisonomía ruda, en la que

cuesta descubrir las muchas virtudes que nosotros atribuimos al paisano. Habría visto el público extranjero que aquel conjunto era curioso, pero se habría retirado sin esa honda y plácida emoción que deja en el ánimo la visión de la belleza, vale decir de toda obra de arte auténtica. El gaucho es un tipo indudablemente lleno de carácter, pero no tiene más belleza que la que le presta la tradición. Además, como todo tipo regional, el gaucho es de un interés muy relativo para el arte. La obra de arte debe, como primer principio, representar un motivo de interés universal. Ese motivo de interés universal existe en todas partes donde haya un verdadero artista; donde haya un pintor, un escultor, un músico dispuesto a hacer obra de belleza, sin preocupaciones nacionalistas. Ya lo hemos dicho en otra ocasión: darle una nacionalidad al arte, es rebajarlo. El arte es un lenguaje que sólo a algunos pocos privilegiados les está permitido hablar, pero que debe ser inteligible para los hombres de todas las regiones y de todas las épocas. El artista es la más generosa y grande de las criaturas, porque crea entre los hombres un vínculo sutil y fuerte, porque les une en una misma emoción, en un mismo sentimiento de admiración y de amor. Cuanto más inteligible es su obra, más fecunda es. Y nada habla tan claro al entendimiento humano como la belleza. La belleza es el lenguaje universal y eterno. Porque la hicieron tangible, fueron los griegos los artistas supremos; porque hizo de ella su finalidad el arte italiano del Renacimiento, es superior al arte flamenco y al arte español. Y el arte español, a pesar de haber sido ilustrado por genios tan poderosos, fué pospuesto siempre a las escuelas italiana y flamenca, porque el artista español se ha inspirado, casi exclusivamente, en asuntos regionales y cuando ha salido de ellos, ha seguido las inspiraciones de su ardiente fe religiosa antes que un principio de belleza.

Estas ideas parecerán absurdas a nuestros jóvenes realistas, que encuentran un motivo hasta en el tranvía «que pasa o no pasa (sic) por la esquina», como recomendaba, entre otras muchas cosas, que se pintara, aquel peregrino señor Malharro, al que han glorificado, no se sabe porqué. Pero es de esperar que convengan un día en que un arte realista es el mayor de los contrasentidos. El arte es precisamente un paréntesis, un descanso de la realidad. Y no se crea que falten en nuestro medio elementos de belleza. Todo está en saberlos descubrir. Claro que es más fácil y cómodo reproducir, tal cual, la realidad. Pero un artista con-

cienzudo encontraría en nuestro paisaje de tierra adentro, en nuestro cielo incomparable, en nuestras mujeres, sobre todo en nuestras mujeres, un filón riquísimo de belleza. Y mientras por su belleza adquiriría un carácter universal, su obra sería por sus elementos netamente argentina. Cuando ese artista aparezca nosotros creeremos, con un íntimo regocijo, en el arte nacional.

Por el momento no hemos salido de un pobre y enojoso realismo, perdonable únicamente en casos como el del señor Ripamonte, que ha sintetizado de un modo admirable, en algunos tipos y escenas, un largo período de nuestra vida nacional.

*

Héctor Nava. — Decíamos al empezar esta crónica que el señor Nava era, de los tres artistas que nos ocupan, el mas apegado a ciertos prejuicios de escuela. Esto no quita que sea un artista sincero y de sano criterio. Sólo que, como tantos otros artistas argentinos ha sacrificado en más de una ocasión su sinceridad a las teorías a la moda.

La pintura del señor Nava está basada, como casi toda la pintura moderna, en la teoría de los contrastes; mas por fortuna, este artista no recurre a los contrastes espeluznantes con que la mayoría de nuestros pintores tratan, en vano, de desacreditar el arte. Su paleta es armoniosa a la vez que brillante y con ello señalamos la mayor cualidad que se advierte en la obra de este artista. De la contraposición de tonos ha conseguido el señor Nava algunos efectos realmente felices... y muchos otros convencionales. Pero, en toda obra de arte hay siempre algún convencionalismo y hasta puede afirmarse que no hay arte sin convencionalismo. ¿No responde acaso la obra de arte a una convención del espíritu? El señor Nava es un artista sin naturalidad y este es su mayor pecado. Todos sus cuadros dejan la misma impresión de haber sido hechos friamente y demasiado calculados en sus efectos. Les falta calor, movimiento, les falta la generosa vitalidad de las obras espontáneas. Esta impresión se desprende tanto más real de las figuras, que parecen seres petrificados que hubieran dejado de vivir desde que los sorprendió el pintor. Lo cual resulta, en gran parte, de la manera como están pintados, de la superabundancia de color que emplea este artista. El señor Nava ha cedido a un arraigado prejuicio moderno que consiste en creer que, si un pintor no

gasta en la ejecución de un cuadro varias arrobas de pintura, es un pobre diablo, así tenga el genio de Rafael y de Velázquez sumados. Nuestros artistas están convencidos de que el empaste excesivo es el mayor signo de fuerza.

El señor Nava ha pintado muy bien aquello que no tiene vida orgánica: las barcas, los edificios. Ha realizado con acierto las aguas dormidas en un sueño de siglos de las lagunas venecianas, las aguas quietas de algunos riachos; en cambio no ha conseguido traducir la vitalidad, la agitación febril de las faenas portuarias que tanto le interesan como tema pictórico. En el puerto, bajo un sol ardiente, como en la lánguida Venecia, como en Chioggia, todo está inmóvil, atacado de la misma parálisis. El señor Nava se ha preocupado antes que nada del color, es evidente. Por él ha descuidado el movimiento y la expresión de las figuras, cometiendo a nuestro entender un error grave. La expresión y el movimiento son elementos inseparables de toda obra de pintura que reproduce una figura humana, más si esa pintura pretende ser realista. Un artista puede no ser sutil en la realización de las expresiones, puede no tener gracia y armonía en la realización de los movimientos, pero debe, por lo menos, saber animar a sus creaturas y darles un carácter. ¿Cómo resiste el mismo artista a esa fastidiosa impresión de cosa muerta que produce una figura sin movimiento y sin expresión definida? Pero, quizás es pretender demasiado que un artista sufra el fastidio de sus propios errores. Conformémonos con comprobar este hecho curioso: que los artistas de ahora que pretenden pintar la vida — pretensión desmedida puesto que la vida es una abstracción y todavía no se ha inventado la manera de pintar lo abstracto — son los que menos vida tienen. Sin quererlo han creado una pintura nueva: la pintura pasiva. En efecto; toda obra de arte emana un poder natural que nos envuelve, nos penetra y nos subyuga, despertando en nuestro ánimo una emoción sutil y honda que es como un nuevo germen de vida. La obra de arte fecunda nuestro espíritu. Con las pinturas de que hablamos sucede lo contrario. El espectador — nosotros no, tenemos especial interés en advertirlo — se coloca delante de la obra y como nada le dice empieza a torturarse la imaginación; supone que en esa pintura debe haber algo que él, en su torpeza, no ve. Le sucede en ese instante lo que, según Goethe, sucede a los hombres cuando oyen palabras, que creen que deben, forzosamente,

contener ideas, y se pone a buscar con una atención sobrehumana en el cuadro. Naturalmente que, cuanto menos contiene, cuanto más insustancial es la pintura, cuanto más pasiva, más se excita el espectador que más busca y ¡oh prodigio! más encuentra. Después de un formidable desgaste de imaginación, el espectador no puede menos que creer en el artista que puso en tensión sus nervios. Además, la imaginación le ha hecho ver en el cuadro, cosas que, naturalmente, no contiene. La imaginación es capaz de rehacer el mundo a su antojo. Y esto en menos de un minuto.

La pintura pasiva tiene también sus críticos que son los encargados de trasmitir al público lo que el espectador imagina en esos momentos de sobreexcitación. Estos críticos gozan de la ventaja imponderable de poder decir lo que mejor se les ocurra en cuanto a lo que las obras sugieren, con la seguridad de que el espectador — y el artista, naturalmente — le premiarán con un fraternal apretón de manos. Este tipo de espectador de que hablamos es, debemos reconocerlo, poco exigente y está por lo general, dispuesto a *haber imaginado* cualquier cosa. En cuanto al artista se entera siempre por el crítico de lo que su obra significa. El artista, ya lo han dicho algunos sabios, tiene algo de inconsciente.

Pero, hagamos justicia. El señor Nava no es precisamente un representante genuino de este arte pasivo. Por el contrario, creemos que si, olvidando un tanto su preocupación de *hacer color*, se cuidara más de otros elementos importantes de su obra, si sometiera a un juicio más severo los motivos que elige, si estudiara más profundamente la representación de las expresiones y dejara correr, en fin, más libremente su inspiración, llegaría a obrar de una manera activa sobre nuestro espíritu. El señor Nava posee conocimientos sólidos de color, de dibujo, de perspectiva; tanto en la composición como en la realización de tal o cual obra acusa un sentimiento delicado y un gusto que es de lamentar que no sea constante; algunos de sus cuadros son muy chabacanos y otros no debieron ser expuestos por lo mal concebidos y peor realizados. Un rasgo más, para nosotros interesante, de este artista, es que ha elegido para sus obras modelos jóvenes. La juventud es el momento más expresivo, el más fecundo en emociones estéticas de la naturaleza del hombre. Y el instante de las emociones más puras. La infancia y la madurez son como estados de progresión y de declive; en cuanto a la vejez,

es un estado de enfermedad y por lo tanto estéticamente malo. El momento culminante, bello por excelencia, es la juventud. Por eso la juventud es, en arte, la primera condición de la figura humana.

*

Antonio Alice. — La pintura del señor Alice representa una vieja tendencia de nuestras manifestaciones artísticas; es como un valor de otros tiempos, cuando todavía no había venido a abatirse a nuestras playas esa ola de histerismo que ha sacudido con igual fuerza a todos nuestros artistas. Es, mejorada, ampliada, la pintura simple, que no tenía más finalidad que reproducir exactamente del natural, sin veleidades de color, sin virtuosismos de paleta, de los *viejos* pintores argentinos. Porque en estos tiempos en que todo dura lo que un capricho, hasta las tendencias artísticas, los pintores de hace apenas diez o quince años pasan por viejos. Las ansias de novedad que nos devoran, como a todo el mundo por otra parte, y que son la causa de esta evolución tan inmediata, han resultado bajo cierto punto de vista, beneficiosas para nuestros pintores. Les ha hecho adelantar mucho en la técnica, les ha hecho profundizar el conocimiento del color, han perfeccionado los medios, es indudable; pero esa evolución lleva aparejada la depravación del espíritu de nuestro arte. La preocupación de mejorar los medios ha hecho olvidar el fin. Los viejos no hacían más que reproducir exactamente del natural, sin enjundia, sin inspiración, sin genio; aquella pintura era quizás una pintura inocente; pero, cuanto más sincera, más sana, más nuestra! Era por lo menos un arte honesto, sin pretensiones de genialidad, ni rebuscamientos obtusos. Convenimos en que para el arte no basta la honestidad, que son necesarias otras cualidades singularmente importantes y raras; pero, entre aquellos artistas que pintaban buenamente lo que se sentían capaces de pintar, felices cuando podían alcanzar la justa medida de sus fuerzas y los artistas de ahora que tomando su estupidez por un fenómeno universal nos sirven las peores extravagancias, preferimos a aquellos. Por lo menos no nos fastidiaban, como los jóvenes, con su insensatez, su falsedad y la conciencia desmesurada de sus méritos.

Puede ser, sin embargo — pensémoslo para consolarnos — que

vivamos un momento de transición para el arte; que después de este desgaste de genialidad empiece a considerarse el espíritu de la obra y la necesidad de elevar nuestra pintura a una dignidad más alta. Puede ser que nuestros jóvenes tengan cualidades ocultas y que, como un payaso que hastiado de hacer piruetas pensara en hacerse actor serio, ellos se propusieran, de un momento a otro, salir de este guirigay pictórico a que les ha llevado su falta de orientación. Puede ser también que de tantas tendencias y gustos encontrados, de esta desenfrenada manía de originalidad nazca un arte bello y grande. ¿Por qué no? Lo que sucederá lo sabe únicamente el destino, que lleva el porvenir en sus entrañas. Pero nosotros podemos, mientras tanto, alimentar esta generosa esperanza, cuyo primer beneficio será aliviarnos de los males presentes, vale decir, de las exposiciones que nos toca ver. Pensando en lo que será nos consolaremos de lo que es.

La pintura del señor Alice — pues ya es tiempo que volvamos al motivo de estas líneas — tiene la claridad, la simplicidad, la sencillez de la pintura de los viejos; tiene también otras cualidades que aquella no tenía. Mayor riqueza y mayor pureza de colorido, por ejemplo. El señor Alice es minucioso, prolijo y como ha estudiado profundamente su arte, cualquier asunto que aborde lo realizará con corrección, pero nada más que con corrección. Pintor hábil, pero sin personalidad acentuada, no imprime a los motivos que trata mayor interés que el que puedan tener por sí mismos. Por el contrario, parece que disminuyera lo que pinta, que lo redujera; le falta amplitud de concepción. También le falta gusto. A pesar de la simpatía que despierta la honestidad y el sano espíritu que anima a su obra no se puede menos que convenir en que es un poco vulgar... un poco mucho quizás.

Todas las cualidades que se advierten en la obra del señor Alice, como así mismo algunos de sus defectos, nos han hecho pensar en que sería un excelente miniaturista. Si se dedicara a este arte — que es un arte encantador y que bien vale la pena practicar — alcanzaría mayor fama que como pintor de grandes telas. Esta idea nos ha parecido tan evidente las veces que hemos visitado la exposición de este artista que cometeríamos una cobardía no diciéndola. ¿Y no tendría a gran honor el señor Alice en ser un buen miniaturista? Muchos grandes maestros practicaron este arte y muchos otros adquirieron con él gloria y fortuna.

Los modernos quieren todos sobresalir como artífices de un mismo arte, pintura o escultura, mientras que, cuántos podrían ser excelentes grabadores, orfebres, alfareros, cinceladores, y contribuir con igual dignidad y mayor eficacia al desarrollo de las bellas artes. Porque las bellas artes no comprenden tan sólo la arquitectura, la escultura y la pintura. Los antiguos, y comprendemos en esta acepción a los artistas más geniales, no desdeñaron nunca ocupar su habilidad en embellecer hasta los objetos de uso común. Para ellos, todo lo que era susceptible de representar un motivo de belleza entraba en el dominio de las artes bellas. La obra del orfebre, del alfarero en barro, del esmaltador, del fundidor de estaño, del ebanista y del jardinero pertenece a las bellas artes tanto como la obra del pintor, del escultor, del arquitecto, dice France en una alocución en favor de la unidad del arte, a menos que se crea que el orfebre Benvenuto Cellini, el alfarero Bernard Palissy, el esmaltador Boule, el jardinero Le Nôtre, para hablar tan sólo de los antiguos, no han realizado trabajos de un arte suficientemente bello.

RINALDO RINALDINI.

Julio de 1916.

LA VIDA DE BUENOS AIRES

Durante el último bimestre, la vida social de Buenos Aires está como contenida dentro de dos extremos: de un lado, las procesiones religiosas; del otro, la retirada de Isadora Duncan. Otras muchas cosas interesantes ocurrieron también, pero todas ellas, como valores morales, están adentro de los dos indicados límites. Hubo una fiesta religiosa, que sacó de sus casas a media ciudad y la arrastró por calles y plazas, durante horas, en días lluviosos y destemplados. Y hubo una mujer que a pesar de llegar consagrada por el mundo como maestra de su arte, no consiguió sacar a nadie de su casa y menos de sus casillas.

Estos hechos no han sido provocados por nadie y justamente como surgidos espontáneos del alma de nuestro pueblo, dicen mejor que ningún otro de sus verdaderas inclinaciones, las hondas, las genuinas. A nuestra gente le resulta más fácil seguir creyendo en la eficacia milagrosa de una marcha, que dejar de creer en la indecencia de una pantorrilla desnuda. Hablo de aquella gente que pudo pagar los diez pesos que valía la exhibición de la pantorrilla, porque, por lo que hace al pueblo grueso, jamás se le convencerá de que el espectáculo de unas piernas desnudas pueda valer tanto, acostumbrado como está a que por mucho menos se las muestre cualquier mujer, tonadillera o no.

Este año los partidos y los credos no se han satisfecho con la adhesión virtual de los fieles. Deben recordarse todavía las interminables manifestaciones con que hace poco socialistas y radicales mutuamente se atemorizaban. Ahí el individuo desaparecía en tal forma — no sé si es bajo los pies o bajo el dogma del conglomerado — que la medida de la manifestación no se hacía en número de sujetos, sino de cuadras. Y si los socialistas presentaban hoy ocho cuadras, mañana los radicales salían con veinte o con menos o con más, según lo exigiese el caso, como si en po-

lítica los elementos tuviesen la propiedad molecular de los gases, que se expanden sin medida en el espacio hasta hallar los límites de su continente.

Las procesiones últimas no son más que repetición de aquellas pasadas manifestaciones políticas. Mejor dicho: éstas tenían de procesión lo que de manifestación aquéllas. Nadie puede decir dónde acaba lo político dentro de nuestros partidos y dónde comienza lo religioso, tanto es lo que vienen confundiendo ídolos y candidatos. Por eso, cuando hace poco la Iglesia citaba a sus fieles en la calle y los ordenaba en filas y los hacía caminar al compás de cánticos tímidamente balbuceados sin compás ninguno, más que una ceremonia del ritual, realizaba un acto de política que podría ser trascendental para el país (no como acto, sino como política). Para ello, basta solamente que todos aquellos hombres que allí se amontonaban sin querer nada, quieran algo. Al fin, nunca fué menos simple la definición de un partido político. La fuerza ya está; falta el deseo. Y el partido vendrá, porque nunca falta un deseo a los que se sienten fuertes.

*

Salgo a la calle a descubrir misterios en el trajín de la gran ciudad. El reloj sonoro del Retiro — paradójico obsequio de un pueblo parco en ruidos inútiles — ha enviado a la noche sus once campanadas. En esta hora, Buenos Aires vive al borde de tres o cuatro cuadras: descubrámoslas.

Estamos en la calle Corrientes. Pasamos delante de un pequeño cinematógrafo. A la entrada, dos focos grandes operan la irresistible atracción de la luz. Unas leyendas enormes magnifican el asunto de algunos carteles en colores: unos indios que están al pie de una montaña, un sabio americano que esconde un documento en el interior de sus muelas, Carlitos en la Luna, la Conspiración de los Siete Muertos. Y abajo: «diez partes», «treinta partes», «doscientas partes». Años atrás, la «reclame» de las cintas se hacía por su cantidad en metros. Ahora es por «partes» y las cifras son casi las mismas: los prudentes doscientos metros de ayer, son las doscientas interminables partes de hoy. Y nuestros hijos — ¡desdichados! — verán aún cintas anunciadas por kilómetros.

Más adelante la misma cuadra tiene un instante tétrico. Es

que estoy frente a un teatro cerrado. Hay una sombra que angustia frente a la puerta de los teatros cerrados. La misma que hiela las salas sin público. Aquello es algo que se ha quedado sin alma. Dejémoslo atrás, pues que andamos buscando asuntos de vida.

La cuadra siguiente. Un gran galpón de ladrillos al natural, en cuyo interior hubo en otro tiempo un teatro. Es el Politeama. Ahora nadie lo tiene en cuenta, ni siquiera por la evocación colonial de su fachada. Tiene también cerradas sus puertas, con una mudez que vuelve a helarnos el alma.

Más allá, en el Apolo, otros varios focos luminosos llaman a la gente y a las mariposas. En la vecindad, nuevos cinematógrafos, pequeños, humildes, a base de campanilla. Más adelante, bajo su techumbre de chapas de cinc, anúnciase cierto Panorama Histórico, atrás de una aparatosa columnata de apariencia opulenta y sólida. No entra nadie: una campana y un hombre llaman inútilmente a la gente. Es acaso la voz de la Historia. El público no está para cosas serias: llega, se detiene, mira y sigue hasta un próximo teatro de secciones. Y el pobre voceador se queda solo en medio de su columnata de techo de lata. Decididamente, la historia del país no interesa. Es que somos aún muy pequeños y confundimos Historia con historias.

Unos pasos más allá, todo es luz y ruido. Es el Teatro Nacional, el de la buena tradición malograda. En un tiempo, se hicieron ahí «Sobre las ruinas», «M'hijo el doctor». Hoy... Miremos el cartel: «Jubentú inteletual». No conozco la obra que cito, entre otras, al azar, pero adivino que toda aquella muchachada que se apiña en el interior de la sala, es, en verdad, la «jubentú inteletual» de Buenos Aires.

Luego, la Opera. A esta pobre casa se le mudó el alma. Todos la creímos muerta y he aquí que acaba de abrir los ojos, con un alma nueva. La sala no huele como antes; hay también sangre nueva. Menos mal, que no mataron del todo su destino. Ya, al teatro de nuestras abuelas, lo hicieron Banco. Ahora, éste que fué de nuestras madres, ha corrido peligro de convertirse en mercería, según entiendo. Cualquier día hacen del Colón un manicomio.

Me gustaba más la Opera de puertas cerradas, austera, ceñuda, aristocrática, señora de su propia soledad. Tenía entonces la majestad imponente de las mujeres hermosas que llegan solas a

los treinta años. Solas, es cierto, pero dueñas inflexibles de su ilusión intacta.

Enfrente, un teatrejo donde la indecencia — hecha antes en francés, para respetar acaso la inocencia de un público más afecto a las cuchilladas de Juan Moreira o a las piruetas de Frank Brown — acaba de mudar de idioma y, ya nacionalizada, triunfa con «La Reina Papa», en este mismo castellano nuestro que sirvió a Benavente para hacer sus «Intereses creados».

Cerca de la esquina, allí, a la vuelta, un teatrillo coqueto deja salir su concurrencia, toda de escote y guante blanco. Es el Odeón. En aquel enjambre de hombres y señoras, advertimos una que otra niña, tan contada, que empezamos a creernos en las puertas del Palais Royal. ¿Acaso se ha estado representando aquí la Reina Papa, también? Recogemos un programa del suelo y leemos un título que no nos dice nada: «Campo de armiño», de Benavente. Y como nuestra curiosidad no queda satisfecha, seguimos adentro, llegamos a bastidores, subimos escaleras y atraídos por una puerta hospitalariamente abierta, entramos a un camarín.

Allí se ha hecho reunión alrededor de dos jovencitas que hablan y rien ingenuamente, espontáneas en el gesto gracioso y con tanto de infantil en las palabras, que más parecen dichas para expansión de colegialas en la alegre música de un recreo, bien lejos de esta tertulia de entreacto, en que hay actrices, coloretes y galanes.

Se comenta «Campo de Armiño», que acaba de representarse. Dos o tres jovencitos oyen la palabra vivaz de la linda personita que habla y aprueban sin reparos cada una de sus opiniones. Otro, con mejor experiencia, presta oídos a la madre de la niña, una gruesa dama sobre cuyo labio cabalgan dos bigotes que llaman y consumen íntegra la mirada del interlocutor. Más atrás, en un ángulo, un señor flaco y alto, de pie, oye y calla.

La personita ha acabado de decir sus opiniones sobre la obra y comienza a hablar de sus intérpretes. De doña María, de don Fernando. Y luego, con una sonrisa que mira para adentro y siembra el desconcierto entre los adoradores, inicia el elogio de Fernandito. Hay que verlo, en «La leona», hay que verlo, insuperable, arrebatador, único.

Los galanes, hechos sus cálculos, tampoco objetan el elogio éste. La personita está satisfecha, porque nadie ha discutido el mérito de Fernandito. Y vuelve a sonreír para sus adentros, sin reparar

en el señor alto y flaco que, siempre de pie, en el ángulo ha oído, ha callado y ha reído.

Vuelvo a la calle. Todavía no comprendo — y el hecho me preocupa — por qué las niñas dieron espaldas a «Campo de armíño». ¿Cuestión de castidad? No tengo tiempo para seguir pensándolo, porque como aparecidas al conjuro de mi preocupación, una tras otra empiezan a desfilas por la esquina las mismas que desertaron del Odeón. Vienen de un cinematógrafo de moda y hay aún quienes comentan con calor las incidencias de la última vista. Vuelvo a recoger de entre los pies de la gente un programa de aquella favorecida función: «El secreto del amante», «La ladrona del gran mundo», «El alma del demi-monde»...

Y mientras tomo lentamente el camino de vuelta, mi espíritu — que busca la castidad de estas cuestiones — dicta a mis labios la última sonrisa del día. Acaba de advertir qué poco tiene que hacer con la cuestión de castidad, la castidad de las cuestiones.



NOSOTROS ha dado una comida a Ortega y Gasset. Al lado del Hombre había algunos hombres que no hablaban nada y otros que hablaban, pero no decían nada. El visitante escuchaba con cierta sonrisita picaresca allá en los ojos. De cuando en cuando, «algo» que oía tentaba su verba de maestro y comenzaba entonces a platicar, con más de maestro que de comensal. Ortega y Gasset — en Buenos Aires — no conversa; habla solamente y siempre como maestro. No se lo reprochamos. Al fin, no es culpa suya si donde quiera que habla está siempre delante de alumnos.

Este hombre que tanto ha dudado de la realidad cultural de España, ¿qué podrá decir de la nuestra? Lo mejor sería lo más simple: «no la he visto». Y con eso sería generoso, pues también puede decir: «he visto una cultura de mentira, una cultura improvisada, porque aquí se improvisan maestros y libros al amparo de una crítica que regala sus elogios y sus encumbramientos y mata la solidez intelectual del país».

En medio de los de NOSOTROS, Ortega y Gasset vivió un instante con nuestra juventud. En cierta ocasión, él ha dicho que los jóvenes no deben figurar en los valores culturales de un país sino como esperanzas. Sólo ante la pobreza del presente puede una so-

ciudad echar mano a fuerzas que pertenecen al futuro. Esto es solicitar al porvenir y hacerlo prematuro.

El hombre que ha dicho todo esto en sus libros, no pensará gran cosa del valor de una Argentina que ha visto artística y científicamente en poder casi exclusivo de su juventud. Y si algo nos devuelve del afecto con que le recibimos, ha de mirar con inquietudes a esta esperanza, porque no la ahoguen también los inciensos regalados.

ROBERTO GACHE.

CRONICA MUSICAL

Colón

Huemac.

El drama musical americano es un hecho, por obra de tres temperamentos de artistas: Pascual de Rogatis, Edmundo Montagne y Jorge Bermúdez, que en la música, en el drama, en la «mise en scène», lo han realizado, dando a nuestra América su primer obra lírica propia y al mundo artístico una nueva escuela, que mediante talento, personalidad y entusiasmo, podrá figurar con honor, si, como lo esperamos, *Huemac*, en vez de ser una manifestación aislada, es el punto de partida de una liberación de nuestro incipiente e híbrido teatro musical, hasta hoy obsesionado por el teatro europeo, y por consiguiente amenazado por una esterilidad y una falta de personalidad, funestas para su porvenir.

La historia del Arte nos enseña que espiritualmente las razas son como los individuos, pasan por los mismos períodos. En la infancia, viven de sensaciones extrañas, incapaces como son de fijar las propias; luego tratan de exteriorizarlas, por imitación, hasta el día en que conscientes de ellos mismos, desarrolladas sus facultades creadoras, fijada su personalidad, logran independizarse de sus maestros y dar al mundo una nueva versión de la eterna Belleza...

A este período corresponde la concepción de *Huemac*, aseveración ésta que nada tiene de paradójica, si consideramos que el americanismo ya ha dado en el teatro dramático, con Florencio Sánchez y Sánchez Gardel; en el libro, con Ricardo Rojas y Manuel Gálvez; en poesía con Carriego; en música sinfónica con Alberto Williams y de Rogatis; en arte con Fader, Bermúdez.

dez, Collivadino, Alonso; — citando al azar — obras de gran mérito, que además de ser capaces de fijar rumbos, demuestran que existen una personalidad y una aspiración continental. Esto sólo lo niegan ciertos intelectuales europeizantes, para quienes la emoción es despreciable, y que sólo anhelan seguir servilmente los cánones del viejo continente, y conseguir la perfección técnica, patrimonio de civilizaciones superiores.

Preferimos una obra a la cual es posible criticar ciertos defectos técnicos, pero que tienen colorido, emoción nueva, rasgo personal, a esos finos pastiches que sólo existen porque «alguien» hizo ya algo semejante!

«Ser o no ser», tal es el dilema que se plantea a nuestra intelectualidad. Concretándonos al teatro lírico, que, como lo hemos dicho en otra ocasión, se ha inspirado en libretos rusos, persas, franceses, italianos, griegos, rumanos... es menester que abandone el cosmopolitismo que le roe, que lo transforma en un caos híbrido, sin trascendencia — pues es el fruto de la imitación — falta de sinceridad — pues el arte no vivido, es falso — sin personalidad, vale decir, sin razón de ser, sin interés ni histórico ni artístico.

Huemac, es una obra netamente americana, he ahí su principal mérito. Esto no quiere decir que su concepción artística y su construcción musical sean inferiores, no; la instrumentación que el Maestro Messenger clasificara de maravillosa; la nobleza y unidad de estilo, que sin un decaimiento imperan en toda la partitura; la forma de drama musical moderno; todo lo que podríamos llamar arquitectural, indica en de Rogatis a un compositor sumamente culto, compenetrado en los misterios del oficio.

Pero, si esto fuera su único mérito, no le dedicaríamos tan largo comentario, pues hemos oído en Buenos Aires obras de compositores europeos que en ese sentido habían llegado a la perfección. *Huemac* sería una obra más, singular en nuestro ambiente, pero sin mayor trascendencia estética.

Lo que vemos en el drama musical de de Rogatis, es: un colorido, un sabor, una emoción muy americanas, algo no oído hasta hoy, que hacen de él la primer realización escénica del espíritu continental, la primer obra lírica concebida en nuestro ambiente, sintiendo e inspirándose en las cosas nuestras, cantando, con alma americana, nuestras bellezas, dando forma a una personalidad, que a pesar de todo lo que digan los mediocres, existe —

creer lo contrario sería proclamar la definitiva bancarrota de la raza.

A nuestro juicio, pues, *Huemac* es una obra típica y trascendental para nuestro arte lírico, su estreno es la primer fecha digna de señalarse en el teatro musical argentino.

Hemos tratado de demostrar el significado estético e histórico de esta obra; pasaremos ahora a hablar de la misma.

Un severo y dramático preludio sinfónico, en el cual está condensado el espíritu del drama a desarrollarse, la inicia. Esta página de música pura, no desmerece, ni en originalidad, ni en belleza melódica, de los poemas sinfónicos del mismo autor. La instrumentación llena de colorido, y el vigor, son sus cualidades sobresalientes.

Al levantarse el telón, dos yaravies dan un ambiente bien nuestro a la primer escena; estos bellos ejemplares del folk lore americano, conservan todo su sabor y su emotividad; el coro de las vestales, inspirado en un canto popular salteño, trae la nota mística, pero no del atormentado y profundo misticismo cristiano, sino del que parece inherente al paganismo, lleno de frescura, optimismo y hasta sensualidad; el dúo entre Huemac y Texihual, en el cual imperan ora la pasión, ora la ternura, ora la inquietud, durante el cual la orquesta deja oír acordes evocadores de la catástrofe final, es del mayor efecto y dió margen al tenor Crimi y a la soprano della Rizza, a que lucieran sus dotes dramáticos; la escena del filtro, interpretada con arte por Mlle. Jacqueline Royer, quien cantó con su bella voz de contralto, la hermosa melodía de la evocación, cuyo acompañamiento orquestal, tétrico y sumamente subjetivo, da carácter de sortilegio a la escena; la marcha y la danza, son dos trozos sinfónicos, que bien pueden ejecutarse en un concierto, pues su construcción musical se atiene a las reglas que imperan en la música pura; la danza, acaso el pasaje de mayor colorido de la partitura, evoca magistralmente el alma bárbara de la civilización tolteca, con sus fastuosidades, sus crueldades; la descripción de la batalla, es una página de intensa fuerza, que contrasta singularmente con la agonía y muerte de Huemac, llena de quietud y evocación, sin efectismo orquestal, a pesar de su gran dramaticidad.

Esta es a grandes rasgos, la obra de nuestro compatriota; se ha dicho que ella puede ejecutarse en un concierto, sin que

pierda nada de su interés; mayor elogio no puede hacerse, pues indica que su autor ha logrado realizar el supremo ideal, que lo es, que la música sea tal, fuera como dentro del teatro.

El maestro de Rogatis dirigió su obra, demostrando poseer excelentes cualidades para ello; le cupo el honor, pues, de alternar con colegas ilustres como Saint-Saëns, Messenger y Leroux.

La interpretación fué excelente, pues tanto el tenor Crimi en el papel de Huemac, como Mlle. Royer en el de Mayabel y la señora della Rizza en el de Texihual, los encarnaron con arte.

Merece mencionarse el decorado, dibujado por el pintor argentino don Jorge Bermúdez, que logró realizar una obra original y bella; los trajes, copiados, en su forma, de bajos relieves toltecas y coloreados por Bermúdez, eran de un hermoso efecto.

Beatitudes.

Los que reclamaban, por parte de la Comisión Artística del Colón, mayor actividad, deben estar satisfechos. Nosotros, que nos contábamos entre aquéllos, no lo estamos, sin embargo. Tanto es así, que prometemos no mencionar para nada a dicha Comisión, por temor de que sus miembros, al tomar en serio su papel, impongan medidas similares a la que precedió la ejecución de *Beatitudes*.

Sabido es que esos señores, sin duda como medio de fomentar el arte, prohibieron a la Empresa la venta de localidades para las dos únicas audiciones del oratorio de César Franck, por considerar que únicamente los abonados a las noches de moda (los de las matinés son entes despreciables) son dignos de oírlo...! Medida poco democrática, por cierto, para un teatro pagado con los caudales del pueblo. Creíamos con ingenuidad que el Colón era accesible a todos los que pudieran adquirir un asiento; reconocemos nuestro craso error, lamentando no ser lo suficientemente acaudalado para poder adquirir el honorable y envidiable título de abonado a las «soirées» de moda—no confundir! —o sea de persona capaz de comprender a César Franck...! Nos consolamos de nuestra ineptitud artística, al recordar que las malas lenguas dicen que quien sabe lo que piden y aplauden los abonados, duda mucho de que éstos puedan admirar y sentir a grandes genios musicales.

Beatitudes es, sin discusión posible, la obra maestra que ha

producido, en cuanto a oratorio, el misticismo en el siglo pasado. Sería menester remontar hasta Palestrina o por lo menos a Bach y Händel, para encontrar una composición similar en que impere un espíritu místico tan sincero y tan elevado.

Se han escrito, cierto es, muchas obras de ese género, pero unos son meros trabajos escolásticos, otros amables y bonitas sensiblerías religiosas, o bien composiciones mundanas y epidérmicas que aspiran al misticismo, sin conseguirlo, mas en ninguna se nota espíritu verdaderamente cristiano. Mendelssohn, no obstante la soberbia construcción de sus obras, carece de la cualidad que hace de *Beatitudes*, la suprema concepción de un creyente. No crea, sin embargo, el lector que dicha obra tenga la fe inmaculada e ingenua de las que produjeron los compositores medioevales; no, el misticismo del genio belga, es el de su época, atormentado por la duda, que ha tenido que luchar con el ateísmo, que triunfa del ambiente pero que conserva, a pesar suyo, la amargura que dejan las controversias.

Esta obra se ejecutó fragmentariamente; de las ocho partes de que consta, sólo hemos oído cuatro y el preludio. Estas son: *Bienheureux ceux qui pleurent* (3.º), *Bienheureux ceux qui ont faim et soif de justice* (4.º), *Bienheureux les pacifiques* (7.º) y *Bienheureux ceux qui souffrent persecutés pour la justice* (8.º).

La impresión producida por *Beatitudes*, no puede ser más subjetiva; es el cristianismo en su esencia más pura, es el grito de esperanza de la humanidad hacia el más allá luminoso; de ahí el tono solemne y sombrío que alterna con instantes de suprema quietud, como si las luchas y sinsabores de esta vida, se borrran ante los futuros goces celestiales. Excusado es hablar de la admirable construcción de esta obra; César Franck era un maestro, mas no es la técnica que asombra al oyente que busca emociones superiores, es el espíritu, místico y luminoso, es la religiosidad católica, en su más alta y más noble expresión, las que lo transportan a regiones desconocidas de su ser interior. Creemos que el siglo pasado ha producido dos obras maestras en música sagrada, *Beatitudes* y *Parsifal*.

La orquesta, dirigida por el maestro Messenger, interpretó magistralmente este oratorio; los coros, aunque correctos, algo dejaron que desear, así como los solistas señoras Vallin-Pardo, Royer y Rossinger y los señores Journet, Scandiani y Laffitte, que tuvieron momentos no muy felices.

Ardid de Amor.

La prohibición municipal de representar «Cadeaux de Noel», ha impedido que se estrenara la comedia musical del maestro argentino don Carlos Pedrell, *Ardid de Amor*. Aunque por un lado lamentamos no conocer este año la obra lírica de nuestro talentoso compositor, por otro nos alegramos, pues el año venidero será puesta en el Colón, en un ambiente más propicio y en mejores condiciones artísticas.

Muy acertada la elección de esa comedia musical, por parte de la Empresa da Rosa-Mocchi; por una vez vaya un elogio a los empresarios, que al elegir obras argentinas tienen más acierto y mayor criterio artístico que con las óperas europeas!

Isadora Duncan.

Precedida por larga fama, presentóse el mes pasado en el Coliseo, la célebre danzarina norteamericana señora Isadora Duncan, que, como se sabe, anhela hacer resurgir en nuestra época las bellas tradiciones coreográficas griegas.

El público, que ni ha comprendido el alto ideal de la artista ni es suficientemente culto para criticarlo con altura, trató a la señora Duncan, con la irreverencia usada por él para con las tonadilleras de Music Hall, demostrando así su carencia de aptitud para diferenciar lo noble de lo canallesco. Protestamos enérgicamente contra esa vergonzosa conducta, que desdice de nuestra educación. Cuando un espectáculo no gusta, basta con retirarse silenciosamente. El arte de dicha artista puede agradar o no, pero debe merecer el respeto de todos los que se precian de ser cultos.

Tenemos sincera admiración por la valentía, el entusiasmo, el noble ideal, que impulsan a la talentosa danzarina a emprender la obra de rehabilitación de un arte que en Atenas y en casi todas las civilizaciones precristianas, ocupó un sitio prominente, no obstante lo cual el espectáculo nos resultó algo cansador. Lógico esto, si consideramos que hace diez y nueve siglos que hemos perdido la tradición de las danzas sagradas; que en la antigüedad éstas no eran como lo son hoy un mero espectáculo escénico, pero sí una manifestación religiosa o cívica, perfeccio-

nada de generación en generación, que era parte integrante de todas las solemnidades y que como tal, conmovía al individuo en lo más íntimo de su ser; que su actual resurgimiento, por obra de una gran artista, pero no como consecuencia de una aspiración colectiva está fuera de ambiente; y por fin, que la señora Duncan, al copiar gestos y actitudes de frisos griegos, evoca una gran civilización, para deleite de refinados y eruditos, pero no interpreta el alma de nuestros tiempos, como debía hacerlo para que su arte tuviera cabida en nuestra vida espiritual. Por esa causa, creemos que la interesante tentativa de la gran danzarina, no llegue a imponerse definitivamente hoy; no por carencia de belleza y arte, que los hay en grado sumo en sus creaciones, pero sí por falta de lo que llamaremos espíritu de época.

Está probado que todo aquello que *imite* manifestaciones de otras civilizaciones, queriendo transplantarlas, en su forma perfecta, a otro ambiente, en vez de tratar de hacerlas surgir de causas contemporáneas, similares a las que dieron nacimiento a aquéllas, está irrimisiblemente condenado a ser obra para aristócratas, vale decir, a caer en el olvido a corto plazo... Por haber querido hacer resurgir la tragedia griega, sin atenerse al ambiente, fracasaron Racine y los operistas del Renacimiento; en cambio, Ricardo Wágner, que se inspiró en las mismas fuentes que aquéllas, pero supo adaptarse al espíritu de su época, logró realizar una obra duradera, que no caerá jamás.

Por otra parte, el comentario por medio de la plasticidad helénica, del arte que por excelencia es el arte de la civilización europeo-cristiana: la música, es un anacronismo. Beethoven y Wágner, para citar los más grandes, son los genios representativos de nuestro estado de alma, de nuestras ansias, de nuestras inquietudes, de todo lo que agita e impulsa la vida moderna, de ahí que quien pretenda interpretarles por medio de la danza, deberá inspirarse, no en Atenas, sino en nuestras modalidades, en nuestros hábitos.

De cualquier modo, si Isadora Duncan no ha realizado aun ese ideal, es, sin embargo, la precursora de un arte, que sus creaciones hacen vislumbrar a ratos, y que acaso llegue a ocupar en el futuro un sitio digno de él.

Si esto no aconteciera, el nombre de la gran artista quedará ligado al recuerdo de una noble y desgraciada tentativa artística. lo cual basta para inspirar por ello, respeto y admiración.

Música Argentina.

El Conservatorio Buenos Aires, dedicó al ilustre poeta español don Eduardo Marquina, la primera audición quincenal del mes de Agosto, en la que se declamaron hermosas poesías del obsequiado y ejecutaron obras del maestro don Alberto Williams.

Este último tuvo la feliz idea de hacer oír composiciones inspiradas en nuestro folk lore, atrevimiento digno de señalarse, desde que en esta tierra de Dios, cuando se festeja a un distinguido forastero, se trata siempre de parecer lo más europeo posible, francés, italiano, alemán, ruso, pero jamás argentino...!

Hizo bien el maestro Williams, en no avergonzarse de las innumerables bellezas musicales creadas por la sensibilidad de nuestro pueblo, cuyos giros melódicos, ritmos, colorido, infinita tristeza, con tanta fidelidad y maestría ha sabido transportar en obras de gran mérito técnico y artístico, que conservan, no obstante, todo el sabor de los cantos de la Pampa, y llevan el sello inconfundible del alma de nuestra raza. Otros hubieran hecho ejecutar gavotas, minuets, romanzas verlenianas; Williams prefirió vidalitas, milongas, yaravies, gatos. Es una originalidad en nuestro país; originalidad que habrá agradado al gran artista que es el señor Marquina, que si ha venido a América es para conocer lo que en ella haya de genuino y de original y no para enterarse de las amables imitaciones que nuestra impersonalidad se enorgullece de fabricar.

Diez obras fueron interpretadas: por la señorita Esther Salas, en el piano, Vidalita op. 66 y Milonga; la señorita Amanda Campodónico cantó Yaraví y Vidalita del op. 61; la señorita Clotilde Tonetta Guillen, Milonga op. 63 y Gato op. 62; el notable pianista, niño Leonidas Mastrostefano, ejecutó «El rancho abandonado» y el excelente violinista Nestor Cisneros, un artista que lamentamos no se haga oír con más frecuencia, acompañado en el piano por la señorita María L. Castiñeira, interpretaron con arte consumado y muy nuestro, una hermosa «vidalita».

El público, que tanto cariño tiene por los cantos populares, aplaudió al maestro Williams, autor de tan bellas y emotivas páginas, y a los notables intérpretes, que supieron hacer resaltar su colorido y originalidad.

Asociación wagneriana.

Sabido es que el círculo artístico, cuyo nombre encabeza esta crónica, es uno de los que con más entusiasmo y eficacia brega en pro de la difusión de la música.

El programa que desarrolla este año es vasto y tendrá una influencia capital sobre la cultura, pues se propone nada menos que familiarizar al público con las 32 sonatas para piano de Beethoven y con la estupenda obra estética, filosófica, dramática, artística y musical de Ricardo Wágner.

Para lo primero, ha conseguido el valioso concurso de pianistas de fama; este mes le tocó el turno a la eximia artista señora María Carreras, de quien nos ocupamos en otro sitio; lo segundo, más complejo, ha requerido, además de ejecuciones musicales de las obras del genio de Bayreuth, conferencias que explicarán el verdadero alcance y el significado de las mismas.

El 9 del corriente se realizó en los salones del Ateneo Nacional, ante una concurrencia selecta y muy numerosa, un gran festival que inició el doctor Arturo Giménez Pastor, con una erudita conferencia, en la cual estudió detenidamente y con elevado criterio artístico y crítico, el Renacimiento Alemán, y sus características, el humanismo y la Reforma, siguiendo una acertada evocación del ambiente donde se desarrolla la acción de los *Maestros Cantores*, la poética Nuremberg. El público aplaudió largamente al distinguido conferenciante.

El programa musical estaba a cargo de dos artistas del Colón, el tenor Eduardo di Giovanni y el barítono Angel Scandiani, quienes fueron acompañados por el maestro Genaro Papi.

El primero que a una impecable dicción y a una bella voz, une una comprensión musical y una cultura poco comunes a sus colegas, cantó el canto del concurso del segundo cuadro del III acto de los *Maestros Cantores*. Ya lo habíamos oído en el Colón, confirmando la inmejorable impresión que nos diera entonces. El señor di Giovanni es ciertamente uno de los mejores tenores wagnerianos que nos han visitado.

El barítono Scandiani, cantó solo o acompañado por di Giovanni, varios trozos del *Tannhauser*, entre ellos la romanza de la estrella y el diálogo entre Walfran y Tannhauser, haciéndonos lamentar que la Empresa del Colón, con su criterio de mercader,

no haya puesto en escena esta obra, pues con artistas como los dos mencionados, su interpretación hubiera sido de las más perfectas oídas en Buenos Aires.

La Asociación wagneriana puede estar satisfecha de esta hermosa velada de arte, que hace más por la cultura que las vanas representaciones del Colón.

Sociedad Argentina de Música de Cámara.

Esta benemérita sociedad musical, está dando un sitio preferente a las obras de nuestros compositores. Con criterio amplio, con espíritu de generosidad, abre sus puertas a los que en esta tierra trabajan silenciosamente, ignorados, sin aliciente, sin apoyo, en crear obras musicales dignas del mayor aprecio. Nada más noble, por parte de don León Fontova y de sus acompañantes, que esa hospitalidad a los jóvenes y ese empeño en ejecutar obras que por ser de autores noveles, suelen merecer el desprecio de los consagrados.

Dos audiciones — una gratuita — fueron dedicadas a la Sociedad Nacional de Compositores.

El hermoso trío de don José Gil inició la velada; ya nos hemos ocupado de esta obra noble y robusta, que de un día para otro colocó a su autor en primera fila entre nuestros compositores. El público la oyó con interés y agrado y la aplaudió calurosamente, haciendo extensivos sus aplausos, a los talentosos intérpretes León Fontova, Ramón Vilaclara y Constantino Gaito, que la ejecutaron con cariño y maestría.

La señora Jessie S. de Pamplin, cantó con su arte habitual, cuatro «lieders» de compositores argentinos: *La lune blanche*, de José André, bella y emotiva página, *La fleur de l'air*, de Felipe Boero, que no carece de *charme* a pesar de alguna vulgaridad; *Lassitude*, de Carlos López Buchardo, en la que encontramos la distinción y delicadeza a que nos tiene habituados este compositor y *A Pierrot* de Floro M. Ugarte, esta última sobre un texto español, detalle digno de ser notado en «lieders» argentinos.

Estas cuatro obras fueron muy aplaudidas; con justicia, pues todas ellas se inspiran en las más nobles tradiciones del género.

Terminó la velada, el hermoso cuarteto de Debussy, que el público inteligente no se cansa de oír. Los señores Fontova, Vilaclara, Pessina y Gambuzzi, lo ejecutaron impecablemente, haciendo resaltar sus numerosas bellezas.

El maestro André Messenger, que asistió a este concierto, felicitó efusivamente a los jóvenes compositores y a sus distinguidos intérpretes, mostrándose gratamente impresionado de las obras y de su ejecución.



En homenaje al compositor alemán Max-Reger, recientemente fallecido, la audición LXII, fué dedicada a sus obras. Se ejecutaron la Sonata op. 116, para piano y violoncello, el cuarteto op. 109. La señorita Beatriz Fillebrown y el señor Paul Pachaly cantaron «lieders».

Esta audición fué sumamente interesante, puesto que hizo conocer a un compositor casi ignorado en Buenos Aires.

La sonata, de extremada dificultad de ejecución, es una obra técnicamente notable pero muy árida y pesada; si exceptuamos el segundo tiempo y parte del cuarto, lo demás parece escrito a base de fórmulas, de repeticiones que quitan interés a las ideas, y de disonancias no siempre lógicas; a no ser el talento interpretativo de los maestros Vilaclara y Gaito, la audición de esta obra hubiera sido casi insoportable.

El cuarteto, confirma la cultura del compositor, avezado a todos los misterios del oficio, pero nada agrega a la facultad emotiva del mismo; parece ser que Max-Reger había perdido su sensibilidad con el estudio, pues sus «lieders», de la primera época, son muy superiores y más interesantes. Como de costumbre, los señores Fontova, Vilaclara, Pessina y Gambuzzi, interpretaron la obra con maestría, salvando las continuas dificultades de que ésta está erizada y recibiendo en premio aplausos nutridos.

La señorita Beatriz Fillebrown, posee una muy bonita voz y excelentes cualidades para cantar «lieders»; a pesar de estar muy emocionada, interpretó con gracia y emoción, las bellas páginas de Max-Reger, imbuídas del dulce sentimentalismo germano.

El señor Paul Pachaly, con más dominio de sí mismo, cantó con arte dos «lieders», evidenciando talento interpretativo y buena voz.

A pesar de todo, es un esfuerzo muy meritorio el que ha hecho la Sociedad Argentina de Música de Cámara; hacer conocer los grandes maestros, es el fin a que debe aspirar una asociación

cultural, que como ésta, no está embanderada en ninguna escuela y ha tomado sobre sí la tarea de difundir el arte musical con un eclecticismo que mucho dice en favor de sus directores artísticos.

Maurice Dumesnil.

Un artista personal, sincero y respetuoso, tal es el pianista francés M. Maurice Dumesnil, que ha dado con gran éxito tres conciertos.

Despreciar el fútil virtuosismo — a pesar de tener una admirable digitación para ello, — tratar de compenetrarse del espíritu de cada compositor, al interpretar sus obras, sin sacrificar una personalidad definida, tales parecen ser las reglas que se ha impuesto este concertista, uno de los más interesantes que hemos oído en Buenos Aires.

Los programas de sus tres conciertos abarcaron todas las épocas y todas las tendencias, desde Bach, Rameau, Scarlatti hasta Debussy y Balakirew, logrando en la totalidad de las obras sino una interpretación de igual mérito, por lo menos interés de ejecución.

Es evidente que, como acontece por lo general con los franceses, las obras de pasión — Beethoven, verbi gracia — resultaron algo frías, faltas de intensa emoción; en cambio, las que requieren delicadeza de matiz, sentimentalismo o dificultad de ejecución, fueron admirablemente interpretadas. Si, para citar un ejemplo entre muchos, en la «*Erotica*» de Grieg, pareció demasiado sentimental, en la Sonata op. 35, la Polonesa op. 52, la Balada op. 47 de Chopin, las rapsodias 11 y 13 de Litsz, Islamey de Balakirew, el preludio y fuga de Bach, Mr. Dumesnil culminó, entusiasmó al auditorio con una técnica impecable, capaz de salvar las mayores dificultades, con un talento interpretativo muy personal y muy discreto a la vez.

A su retorno de una jira por el Brasil, M. Maurice Dumesnil dará en esta ciudad una serie de audiciones; sus admiradores, que son muchos, tendrán, pues, ocasión de deleitarse oyendo al gran artista francés.

María Carreras.

Beethoven es, sin duda alguna, el compositor que más conviene al talento de la señora Carreras; esto es el mayor elogio que pueda hacérsele, desde que el autor de la sonata «patética» es el genio más completo que haya existido.

La técnica impecable y sobre todo la sensibilidad y emoción personal que la eximia concertista sabe dar a las obras que ejecuta, sobresalen en Beethoven.

El 18 del corriente, en la 6.^a audición de sonatas, organizadas por la Asociación Wagneriana de Buenos Aires, la señora María Carreras impresionó a su numeroso auditorio, al ejecutar las sonatas 16, 17 y 18, que le brindaron una ocasión más de demostrar la envidiable comprensión que tiene del estilo y del espíritu del gran genio alemán.

A pedido del público tuvo que agregar dos números más al programa; éstos fueron: la «Danza Escocesa» y unas variaciones de Beethoven.

El estudio crítico-histórico de cada sonata, escrito por el eminente musicógrafo don Ernesto de la Guardia, fué leído por don Carlos Rodríguez.

Leonidas Mastrostéfano.

El año pasado nos ocupamos de este niño de 13 años, que a pesar de su corta edad, es ya un maestro del piano.

En la última audición quincenal del Conservatorio «Buenos Aires» el talentoso alumno del maestro Williams se presentó con un difícil programa que supo ejecutar con todo arte.

Lo que más nos ha asombrado, no es su técnica — aunque impecable — pero sí una personalidad de ejecución que no se encuentra nunca en niños de esa edad y que a seguir desarrollándose llegará a dar gloria a este estupendo caso de precocidad artística.

Mastrostéfano, ha progresado mucho desde el año pasado; lo cual no es extraño si consideramos que tiene un maestro eximio, Alberto Williams, cuya larga práctica pedagógica que tan bellos frutos ha dado a nuestro naciente arte musical, aseguran al joven pianista una cultura moderna y un gusto interpretativo sumamente refinado.

GASTÓN O. TALAMÓN.

EDUCACION

De Gramática y de lenguaje, por R. Monner Sans, Madrid, 1915.

El conocido profesor y publicista español señor R. Monner Sans, residente en la Argentina desde largos años atrás, ha reunido en este volumen, bajo el título *De Gramática y de lenguaje*, una serie de trabajos que publicara en diversos periódicos y revistas en distintas fechas, todos ellos sobre interesantes o curiosas cuestiones gramaticales. El señor Monner Sans escribe con elegante amenidad, buscando siempre hermanar el gracejo con la doctrina; de ahí que esos trabajos resulten a la vez que instructivos, de muy agradable lectura.

La variedad de los asuntos en dichos trabajos tratados, nos impide dar de éstos una completa reseña: ahí los entretenimientos paremiológicos se codean con muy valiosas notas lexicográficas; los temas pedagógicos, tocantes a la enseñanza del idioma, son discutidos al par que los literarios.

El profesor Monner Sans es un maestro culto y benévolo, que sabe enseñar al lector una excelente doctrina gramatical, sin fruncir el ceño, antes al contrario, sonriendo simpáticamente.

Sintaxis Castellana y Nociones de Lingüística y etimología, por René Bastianini. Buenos Aires, Librería de A. García Santos, 1916.

Compendio de Gramática Castellana y Nociones de Lingüística y etimología, por René Bastianini. Buenos Aires, Librería de A. García Santos, 1916.

Escribimos con cierta extensión, el año pasado, en estas mismas páginas, sobre la *Analogía* publicada por el rector del Colegio Nacional Bartolomé Mitre, doctor René Bastianini, y alabamos en ella el excelente método crítico que, rompiendo con la servil e ininteligente cartilla del mayor número de los gramáticos que aquí escriben *ad usum scholarum*, renovaba aquella disciplina, revisando sus ciegas fórmulas tradicionales y fundándola sobre un más agudo y comprensivo análisis de los fenómenos del

lenguaje. Por iguales motivos hemos de alabar ahora la *Sintaxis* que el señor Bastianini dió a luz algunos meses atrás, coronando así su *Gramática castellana*, iniciada en 1914 con la *Prosodia y Ortografía*.

El método seguido por el señor Bastianini en su *Sintaxis* es francamente científico, y por eso mismo lo lleva a conclusiones las más de las veces totalmente diversas de aquellas en que coinciden los gramáticos intelectualistas que han hecho de la gramática un sistema dogmático, ajeno por completo a la realidad que debieran reflejar sus leyes: el lenguaje en su desarrollo histórico y en su uso vivo. El autor investiga en su libro «los hechos reales y efectivos de la Sintaxis Castellana», lo que lo obliga a una continua y complicada tarea de remoción y destrucción. ¿Dónde la buena fuente? En el idioma, naturalmente; de ahí que sorprenda el ver cómo se ha podido desconocer tan elemental criterio, y repetir, mecánicamente, por obcecación y pereza, verdaderas patrañas, cuyo origen, como muy bien ha dicho Cejador, es imposible descubrir.

A los que deseen conocer la real e inmensa libertad y variedad de la lengua castellana, en su sintaxis, recomendamos vivamente la lectura de este libro, claro y lógico en su complejidad.

Esta *Sintaxis* está arreglada a los programas vigentes en los colegios nacionales; pero como su complejidad pudiera hacerla de difícil comprensión para la mayoría de los estudiantes, a quienes estas cosas hay que dárselas en píldoras, el señor Bastianini ha editado un *Compendio de Gramática castellana*, en el cual el joven estudiante puede hallar expuestos con orden y sencillez los principios fundamentales de la Prosodia, Ortografía, Analogía y Sintaxis, más ampliamente tratados en las obras mayores del mismo autor, y además algunas nociones de lingüística y etimología.

«**Joyas de la Poesía Castellana**», por José Cortés Puente. Librería La Facultad, de Juan Roldán. — Buenos Aires, 1915.

El señor José Cortés Puente, catedrático de Literatura en el Colegio Nacional del Rosario, ha escogido estas *Joyas* «de entre las producciones de los mejores poetas españoles y americanos» y con ellas ha formado un volumen de 382 páginas, que contiene 250 poesías de 140 autores. Una antología más, en una palabra, bien nutrida, mala como la casi totalidad de las que en España y América se publican, y que no recomendamos a los estudiantes

de literatura por muchos motivos, de los que nos limitaremos a enunciar cuatro:

1.º Que son demasiadas *joyas* y demasiados autores.

2.º Que las composiciones transcritas han sido cortadas sin ningún tino: a unas les falta la cabeza, a otras la cola, las más están presentadas por fragmentos que no dan ninguna idea sobre el valor de la entera poesía. Con decir que el autor ha citado sólo la primera estrofa de las tres que componen la conocida canción de Góngora: *De la florida falda*... , ya puede el lector atar cabos.

3.º Que han sido escogidos con pésimo gusto los poetas españoles contemporáneos, y los americanos. Ahí encontramos cosas como aquello de *Amores y amorios*: «Era un jardín sonriente», que no hay niña cursi que no sepa recitar, y tonterías de album de Vital Aza, y fragmentos del *Canto a la Argentina* de Cavestany!... Con esto, así se va a conseguir «iniciar a la juventud en el gusto de la belleza», com haciéndola tocar la ocarina o el trombón.

4.º Que la *Miscelánea* final, con sus cuartetas ininteligibles, escritas en ratos de buen humor por poetas desocupados, y torpes parodias de delicados madrigales, y sonetos con eco, y sonetos arreglados con versos de distintos autores, y sonetillos sin verbos, de Belisario Roldán, y otros juegos de sobremesa, es impropia para un texto escolar y a todo puede llevar, menos a hacer amar la poesía.

Gramática latina del profesor Luis Valmaggi. Traducida de la segunda edición italiana, por Eleuterio F. Tiscornia. — Librería *La Facultad*, de Juan Roldán. — Buenos Aires, 1916.

El profesor Eleuterio F. Tiscornia, serio y silencioso cultor de las disciplinas filológicas, ha traducido al castellano, de la segunda edición italiana, la *Gramática latina* del erudito profesor Luis Valmaggi. Trátase de un libro de grande utilidad para los estudiantes, por la excelencia del método y la claridad de la exposición; pero, al mismo tiempo, de una obra de mucho valor científico en cuanto está completamente al día con respecto a los principios lingüísticos hoy aceptados. Está dividida en cuatro partes, a saber: *Fonología*, *Morfología*, *Formación de las palabras* y *Sintaxis*.

La traducción y la impresión son asimismo recomendables.

LA DEMOSTRACION DE "NOSOTROS"

A

LOS HUESPEDES ESPAÑOLES

A iniciativa de la dirección de *Nosotros*, se sirvió el 10 del corriente la comida con que un numeroso grupo de colaboradores y amigos obsequiaron a los huéspedes españoles José Ortega y Munilla, Eduardo Marquina y José Ortega y Gasset.

No diremos si fué alto y significativo nuestro homenaje. Demostró, eso sí, cuanto se aprecia en nuestros círculos intelectuales la vasta labor del viejo maestro Ortega y Munilla, el vigoroso lirismo de Marquina y las hondas preocupaciones de Ortega y Gasset.

Rodearon al autor de «La cigarra» y al filósofo del «Espectador», viejos y jóvenes escritores argentinos, los que han alcanzado prestigio en nuestro mundo de letras y los que comienzan el camino, entusiastas y confiados. Los poetas que llevaron su más cálido aplauso para Marquina, hubieron de lamentar su ausencia inesperada, forzado como fué a ella el cantor de «Vendimión», por inconvenientes de última hora.

A los postres, ofreció la demostración don Alvaro Melián Lafinur, cuyo discurso fué largamente aplaudido.

DISCURSO DE ALVARO MELIAN LAFINUR

Estos que veis aquí, rodeando con regocijo vuestras figuras en torno a los manteles convivales, son hombres jóvenes que tienen el amor de las ideas, y cultivan, cada cual a su modo, el idioma que nos es común. Una revista, *Nosotros*, cuyo título no es signo de exclusivismo, sino, antes bien, amplia bandera que acoge por

igual a cuantos participan de preocupaciones ideales, les agrupa como en un hogar espiritual. Y es en nombre de ella que yo — honrado inmerecidamente con tan grata misión — he de procurar deciros ahora, lo que ve este núcleo de la joven Argentina, en vosotros, altos representantes de la espiritualidad española.

Significáis, bien como símbolos prestigiosos, el alma inquieta, pujante, grávida de anhelos de la España actual. Encarnáis a nuestros ojos ese renacimiento que inicia, en el viejo «Solar de la raza», el florecer maravilloso de una nueva cultura. D. Eduardo Marquina — cuya ausencia deploramos en este instante — es el poeta representativo cuyo recio verso cantante evoca la historia heroica, para más esclarecer su sentido, mostrando, junto a yerros y defectos, que los hombres de ahora juzgan con alguna acritud, aquellas altas virtudes ancestrales cuyo abandono ellos no preconizan ciertamente, queriendo, en todo caso, su modificación, y, sobre todo, su integración.

Vos, don José Ortega y Gasset, sois el pensador nuevo, llegado en la hora precisa, que, contemplando con lucidez insuperable el problema de vuestro pueblo, preparáis — buen obrero, clarovidente y enérgico — el advenimiento de la era futura, y amontonáis el tesoro de ideas que han de nutrir a las generaciones de la patria reedificada.

En vos saludamos, señor Ortega y Munilla, al novelador y al diarista eminente, cuya obra suscita nuestra admiración, por fecunda, por noble, por honrada y por castiza. «¡Fortunate senex!» Anciano feliz, a quien es dado ver despuntar sobre las sienes del hijo dilecto, el laurel temprano de una gloria naciente...

No os hablaré, señores, de nuestro amor a España. Para los grandes afectos como ante los grandes hechos haya más bien la suprema actitud de un tácito recogimiento. Básteme deciros que os formamos desde aquí — de este lado del mar sonoro que un día cruzaron los galeones intrépidos de los conquistadores — a manera de un coro expectante y entusiasta, tan lleno de simpatía y compenetrado a tal punto con vuestros ideales, que asistimos con exultación profunda a la reconstrucción de valores que allí se opera, bajo el influjo de una falange de escritores, entre los que destacan sus siluetas próceres: Unamuno, magistral y sapiente; Baroja, con su trascendente humorismo amargo y saludable; Azorín, sutil y profundo; el fuerte Maeztu; Pérez de Ayala, comprensivo y elocuente. Y con ellos todos los dotados

de intelección semejante y de idéntica sensibilidad ante las cuestiones actuales.

¡Maestro del pensar inusitado y del lenguaje revelador, que meditando sobre el Quijote, analizando personas, obras y cosas, o enunciando vuestra visión filosófica como espectador de la naturaleza y de la humanidad, procuráis suscitar un cambio trascendental en el ritmo de la vida hispánica! Por vuestro sereno amor a la verdad y a la justicia y vuestro afán de comprensión; por vuestro elevado concepto de la historia y vuestra fe hegeliana en el poder de las ideas puras; por vuestro estilo, en fin, rico de fuerza etimológica y opulento de ritmos nuevos, vemos en vos a uno de aquellos espíritus escogidos, que en todos los tiempos pertenecen a esa academia ideal, en que se perpetúa virtualmente el jardín helénico que oyó los diálogos inmortales y que rige desde su cátedra antigua, Platón el divino...

En vano con presuntuosa actitud pretendió el positivismo del siglo XIX disuadir al espíritu humano de su doloroso empeño en escrutar los últimos motivos. La vigorosa reacción neokantiana, torna a abrir hacia el infinito las puertas a la investigación racional, y la metafísica vuelve a atraer fuertemente a los espíritus ansiosos de ampliar el radio de la verdad.

En esa pléyade de pensadores modernos figuráis vos, señor, con vuestra preclara labor en la cátedra y en el libro. Os conocíamos a través de este último. Hoy después de haberos escuchado, os reconocemos maestro en ambas actividades.

Idealista con Fichte, tenéis ante los problemas de vuestro pueblo la misma actitud que ante los de su raza el maestro de los «Discursos» celebérrimos. Sois un filósofo ciudadano. Vuestro patriotismo es austero y concentrado y se os puede referir con justicia la frase de Angel Ganivet: «Cuando aparece un hombre poseído por el patriotismo silencioso, ese vale él solo por toda una universidad.»

Tal es, en efecto, el significado de vuestra acción docente. Aspiráis a que la filosofía infiltrándose en la socialidad española, dé paso a una ética más verdadera y a una estética superior. La «Pedagogía social» que preconizáis, combate el individualismo disociador y busca promover la conexión de todas las fuerzas; la comunidad que ha de hacer la grandeza de España.

Vuestra doctrina, es entonces una doctrina de amor. Y no sólo quiere ella suscitar una firme unión dentro de la nacionalidad,

sino impulsar a esta misma a un comercio más franco, más comprensivo y amplio con toda la civilización europea.

Las transmutaciones que en ésta va a determinar la catástrofe actual, hacen más pertinente que nunca la obra en que os halláis empeñado. Urge la revisión de los valores tradicionales de la cultura humana, su adecuación a las futuras necesidades y caracteres de la sociedad. Es necesario preguntarse de nuevo: ¿qué es lo bueno, qué es lo verdadero, qué es lo bello, qué es lo útil?... ¡Hombre «nada moderno y muy siglo XX» que llegáis en momento tan difícil de la historia! Puesto que sois escuchado, puesto que tenéis «cura de almas», hay sobre vos una grave responsabilidad patriótica. Por la fecundidad de vuestro esfuerzo, os acompañan nuestro voto y nuestra simpatía.

Os acompañan nuestro voto y nuestra simpatía y nos sentimos satisfechos de contaros hoy como huésped, del propio modo que nos regocijamos ante la hidalga presencia del narrador de «Sor Lucía» y «Lucio Téllez», del maestro que formara en *El Imparcial* a la generación que hoy es esperanza y decoro de España.

Yo he tenido siempre, señores, una profunda fe en las grandes reservas espirituales de vuestra nación, y sobre todo en aquel estoicismo natural y humano que Ganivet conceptuaba el rasgo fundamental de los españoles: ese estoicismo que él veía personificado en Séneca y que permite al pueblo de más agitada historia, tal vez, sobre la tierra, conservar por entre reveses e infortunios, su gran dignidad impoluta y su gran poder de resurgimiento. Y mi fe se afirma hoy y se acrecienta ante los signos inequívocos de un renacer fecundo. No; la voz de Joaquín Costa no ha clamado en el desierto. He aquí que de todas partes surge potente y amplio un ímpetu de renovación y de perfeccionamiento.

Yerga su testa leonina el viejo pueblo que después de llenar la historia con sus hechos, parecía reposar de sus fatigas seculares. Resurja a su grandeza pristina, en una palingenesia colosal. Y desde las Columnas de Hércules hasta las costas del Cantábrico; desde la frontera lusitana hasta las riberas del Mediterráneo, sumándose en una sola todas las energías latentes y en una sola todas las voces dispersas, afirmen ante el mundo el milagro de una España nueva!

Contestó en seguida el señor Ortega y Gasset en breves y bellas palabras. Sobre la referencia que Melián Lafinur hiciera de Platón, símbolo de la más alta humanidad, recordó el joven maestro que el filósofo jamás dijo «yo», sino «nosotros»: precisamente como en el título de esta revista. Y agregó: «Apenas desembarcado, pregunté: ¿quiénes en este país no están con todos? Y me contestaron: los de NOSOTROS. Pues bien, desde ese momento yo estuve con vosotros. Brindo porque algún día seáis los más, pero para que nunca seáis todos.»

Don José Ortega y Munilla agradeció luego la demostración de que fué objeto, siendo aplaudidas sus palabras con cariñosa simpatía.

Solicitados por la bulliciosa «izquierda», hablaron también Augusto Bunge, Angel de Estrada (hijo), Antonio Dellepiane y Enrique Dickmann. Y don José Muzzilli leyó un soneto en homenaje a Marquina.

Enrique Dickmann, dijo más o menos lo siguiente:

«No soy hombre de banquetes. Considero al banquete como uno de los tantos convencionalismos sociales, la mayoría de las veces banal e inconducente; por esto muy raras veces acepto invitaciones de esta naturaleza. Es cuestión, por otra parte, de gusto, temperamento, costumbre, modo de ser, etc. Pero esta vez hice, gustoso, una excepción a mi casi invariable regla de conducta, aceptando, complacido, la invitación, y la hice por doble motivo: ante todo, para adherir, estimular y aplaudir públicamente la obra cultural, grande e intensa, de este grupo de jóvenes que en la revista NOSOTROS desarrollan y propagan la verdad y la belleza; adhesión, estímulo y aplauso de quien en otro campo de la actividad humana, trabaja también por la verdad, la belleza y la justicia.

«La segunda razón es de adherir, también públicamente, a la obra cultural que significa el intercambio de ideas y pensamientos con la venida a nuestro país de hombres eminentes como José Ortega y Gasset. Considero, señores, que los que visitan países extranjeros, por más sabios que sean, no solamente vienen a enseñar, sino, y tal vez principalmente, a aprender. Enseñar y aprender son, por otra parte, dos cosas inseparables. Y ya que de ambas cosas se trata, permitidme formular algunas observaciones con verdad y sinceridad.

«Con frecuencia oigo decir que la Argentina es hija de España

por su descendencia, tradición y cultura. Sin duda, todos los argentinos hablamos y escribimos el español, y es la rica y hermosa lengua de Cervantes vehículo de nuestro pensar y sentir, y constituye el vínculo más poderoso entre todos los pueblos hispanoamericanos. Pero, nadie ha de ignorar que sobre el viejo tronco ibérico cuyas raíces están en el pasado argentino se han injertado ramas fecundas de todas las razas y todos los pueblos de la tierra, produciendo hermosas flores y exquisitos frutos, que mezclados y fundidos en el gran crisol del pueblo, forman la nueva raza argentina. Aquí, en torno de esta mesa, están representados los tipos de las razas más vigorosas y civilizadas de la tierra, fundidos ya o por fundirse en la nueva raza argentina. A un lado vuestro, profesor Ortega y Gasset, está un descendiente de la laboriosa, metódica y disciplinada raza teutónica; del otro lado, hay descendientes de la bella y armónica Italia; en frente vuestro, hijos de la dulce e inmortal Francia, de la tenaz y democrática Albión, y el que os dirige la palabra pertenece a una raza — tal vez no lo sospecháis — expulsada hace siglos de España, pero que no ha guardado por ello rencor alguno, sino más bien, le profesa profunda simpatía, hombre cuyos ascendientes hablaban el español y que, pasados varios siglos, vuelve a hablar la lengua de sus mayores. ¡Tal la nueva raza argentina, injertada y formada sobre el viejo y robusto tronco ibérico!

«El vocablo «Nuevo Mundo» no tiene solamente un significado físico y geográfico, sino también, y muy principalmente, étnico, social, mental y ético. Somos un nuevo mundo por nuestras nuevas costumbres y prácticas, por nuestro nuevo modo de ser, por nuestra original manera de sentir y pensar en el nuevo y bendito suelo americano.»

Después de algunas otras consideraciones, el diputado Dickmann terminó su improvisación con las siguientes palabras: «Alguien ha querido justificar al pueblo argentino porque cría ganados y cultiva granos, como si ello fuera ocupación subalterna y casi indigna. Yo reivindico con orgullo esta nuestra útil y fecunda ocupación nacional. ¡Somos criadores inteligentes de ganados y sembradores fecundos de cereales! Porque consideramos que la riqueza y el bienestar material es la base y el fundamento de todo progreso mental y ético. No se puede pensar, filosofar, hacer ciencia ni arte, si no se tiene seguro el pan nuestro de cada día!

Y la nueva Argentina ha labrado su grandeza y riqueza material, como base y fundamento de su riqueza y grandeza mental y moral. Hemos mestizado nuestro ganado y mejorado nuestras cosechas. Ya sabemos pensar con originalidad y volcar nuestro pensamiento en obras fecundas de ciencia y luminosas de arte. Un vigor inusitado conmueve el joven y vigoroso organismo argentino. Deseamos aprender de los pensadores del viejo mundo, pero, tal vez, podemos también enseñarles algo. Y en esta doble y noble tarea de enseñar y de aprender, os deseo feliz éxito, profesor Ortega y Gasset, para honra y provecho de la vieja España y de la nueva Argentina.»

Asistieron a la comida los señores:

Antonio Dellepiane, Alfredo A. Bianchi, Manuel Gálvez, José Ingenieros, Avelino Gutiérrez, Angel de Estrada (hijo), Augusto Bunge, Leopoldo Maupas, Alfredo Colmo, Enrique Dickmann, Folco Testena, Alvaro Melián Lafinur, Pedro Miguel Obligado, José Pardo, C. Villalobos, Carlos Muzzio Sáenz-Peña, Emilio Ravignani, C. Alberini, Nicolás Coronado, Julio Noé, Roberto Gache, Santiago Baqué, Américo H. Albino, Carlos C. Malagarriga, Ernesto Laclau, Alberto Meyer Arana, José Gabriel, Carmelo Bonet, Luis Matharan, Horacio Ramos Mejía, Tomás D. Casares, José M. Monner Sans y Pedro González Gastellú.

Excusaron su inasistencia:

Roberto F. Giusti, Carlos Octavio Bunge, Jorge A. Mitre, Alberto del Solar, Juan Antonio Argerich, Alejandro Korn, Juan Pablo Echagüe, Emilio Rodríguez Mendoza, Joaquin Rubianes, Mariano Antonio Barrenechea, Agustín N. Matienzo, Dardo Corvalán Mendilaharsu, M. Kantor, W. Jaime Molins, Salvador Mazza, Alejandro Korn Villafañe, Ernesto Mario Barreda y Alberto Tena.

NOTAS Y COMENTARIOS

Nuevos redactores.

NOSOTROS contará desde este número con la colaboración frecuente de dos nuevos redactores: Roberto Gache y Alberto Palcos.

Roberto Gache se ha impuesto rápidamente en nuestro ambiente intelectual: su comedia *El error de San Antonio* — felicísima iniciación — le abrió de par en par las puertas del éxito en nuestros escenarios; su tesis sobre *La delincuencia precoz*, le ganó, casi simultáneamente con aquel triunfo teatral, un noble laurel de otro orden más austero: el premio «Florencio Varela», discernido por la Facultad de Derecho a la mejor tesis en materia criminal.

Ahora, con *Nuestras dueñas*, ha repetido su éxito escénico. Como ya hicimos conocer a los lectores el año pasado, *El error de San Antonio*, publicamos íntegra en este número, la nueva comedia de Gache; pero éste a la vez se estrena en una ardua empresa: la de referir, en crónicas mensuales, las impresiones que suscitara en su espíritu reflexivo y ligeramente burlón, el ambiente de Buenos Aires, y la vida de sus clases «superiores», y sus tipos característicos.

— Alberto Palcos se ocupará en Nosotros de los libros de filosofía y psicología que lleguen a esta redacción. Es otra hermosa inteligencia de joven que surge: clara, franca, tenaz. Infatigable estudioso, reparte su actividad espiritual entre el cultivo entusiasta de la ciencia y la filosofía, y la propaganda de su ideal, que es el socialista. En inteligencias así, no viciadas por el ambiente escéptico y materialista, para las cuales los problemas de la vida y del pensamiento valen la pena de ser tomados en serio, pone entera su confianza la dirección de NOSOTROS.

La Exposición Nacional de Artes Gráficas.

Fué últimamente clausurada la primera Exposición Nacional de Artes Gráficas, una de las poquísimas muestras del centena-

rio reciente. No tuvo, ni podía alcanzarla, la vastedad y magnificencia de las exposiciones que en 1910 atrajeron la curiosidad de las gentes. Abierta en un salón central, y reducido por consiguiente, no dejaba por eso de dar idea exacta y halagüeña del desarrollo alcanzado en nuestro país por las artes gráficas. No fué, sin duda, un certamen como los de Leipzig o como los de Lyon, pero fué simpático y significativo. Mostró un aspecto interesantísimo del progreso argentino, y bien se sabe que el desarrollo de las artes gráficas no sólo se relaciona al progreso industrial, sino también al artístico.

Nuestros principales establecimientos enviaron muestras de sus trabajos. Las hubo bellísimas y encomiables. NOSOTROS, que había remitido ejemplares de la revista y de los libros últimamente editados, alcanzó una medalla de oro.

El premio literario.

Nuevamente vuelve a hablarse entre la gente de letras del famoso premio a la producción literaria, establecido por ley del Congreso en Octubre de 1913. Pasaron los meses de aquel año, y los dos años siguientes, sin que se hiciera absolutamente nada. No había dinero para cumplir aquella ley de la Nación, premiando a los mejores libros del año, pero lo había para premiar a pintores y escultores y comprar sus obras. Sin embargo, mayor protección y estímulo merecen los escritores. Un libro de gran éxito, no deja a su autor más de doscientos o trescientos pesos, en cambio hay pintores que han cobrado buenos miles ejecutando retratos.

Por fin se ha nombrado un jurado. Lo componen: como presidente don Rafael Obligado, y como vocales los doctores José Nicolás Matienzo, Joaquín V. González, Francisco Sicardi y Adolfo Dávila. Es un jurado excelente, como se vé. NOSOTROS no puede menos que felicitarse, de ver presidiéndolo al presidente que fué de su primer directorio. Su solo nombre ilustre, es la mayor garantía de imparcialidad y de acierto.

Es de desear que el primer fallo, que sólo comprende a los libros aparecidos en 1913 (desde Octubre) y 1914, se dicte cuanto antes. Si se deja pasar otro año, la institución habrá fracasado irremisiblemente, lo que sería de lamentar.

Un crítico y ensayista argentino.

Así se titula un extenso estudio crítico que el inteligente periodista peruano Julio Félix Castro, publicó en varios números de *El Comercio* de Lima, en el pasado mes de Junio, estudiando la personalidad intelectual de nuestro asiduo colaborador Mariano Antonio Barrenechea.

Es éste un estudio que merecería ser transcripto en toda su integridad, porque en él se rinde entera justicia a un espíritu que honra las letras argentinas, así por la cantidad como por la calidad de su obra, y acaso menos alabado de lo que debiera serlo, por su irreductible independencia, que no ha podido naturalmente ganarle el estímulo y el aplauso de los traficantes del arte y de las letras, que aquí lo son todo, y en todo gobiernan, y hacen la opinión.

El señor Julio Félix Castro sigue paso a paso la actuación literaria de Barrenechea, considerando en primer término la formación de su inteligencia y sus dotes de crítico, para pasar luego al examen detenido de cada uno de sus libros: su estudio de la personalidad de Remy de Gourmont, sus notas de psicología artística acerca de Titta Ruffo, su opúsculo sobre Wagner, el wagnerismo y Tristán e Iseo, sus artículos del tomo *Música y literatura*, su *Ensayo sobre Federico Nietzsche*, y todos sus trabajos aún no recopilados en volumen: cuentos, críticas, ensayos.

Como se ve, la obra literaria de nuestro amigo, no es pequeña, y tanto más es de celebrar, cuanto que ha sido realizada con rara inteligencia y cultura; todos la conocemos y muchos somos los que la aplaudimos; sin embargo, es a veces necesario en casos así, que venga alguien de afuera y nos señale su valor, pues, de otro modo, no falta quien preste mayor fe a los estériles cronistas de diario; no por nada ellos cuentan con el parche paterno y fraterno que da imponentes resonancias a su voz.

Un juicio de Ricardo León sobre "El Solar de la Raza".

El ilustre escritor y académico don Ricardo León, acaba de publicar un bello libro titulado «Los caballeros de la Cruz». No es una novela, sino un libro de psicología española. El maestro de «El amor de los amores» analiza la historia, la literatura y la leyenda de su patria con arte admirable y rara erudición.

Consagra un capítulo a los amigos de España; y después de citar en grupo a escritores de diversas nacionalidades y dedicarles breves líneas, destina dos páginas para hablar de «El solar de la raza» de nuestro compañero Manuel Gálvez. Por tratarse de un libro editado por NOSOTROS, de elogios tales como raras veces se tributan a un libro, y por la autoridad de quien los escribe, nos hemos decidido a transcribir algunos párrafos. Dice así, el maestro español:

«No en calidad de extranjero, pues nunca habrá de serlo en España un argentino, mas como generoso artista de nuestra sangre en América, se debe citar aquí a Manuel Gálvez, cuyo brioso libro «El Solar de la Raza», obra a la vez de pensamiento y de corazón, es una de las más ardientes y conmovedoras apologías que han podido hacerse del alma nacional. ¡Con qué entusiasmo, con qué amor, con qué pluma tan franca y tan viril, siente y describe Gálvez a lo poeta nuestras ciudades castellanas, Avila y Toledo, Salamanca y Segovia, el Levante latino, la Andalucía árabe, todas esas Españas tan diversas, profundas y multiformes, pero abrazadas por el vínculo de una poderosa unidad espiritual! ¡Cómo penetra en nuestras artes castizas, cómo comprende nuestra historia, «la más honda y vasta fuente de nobleza, de energía, de valor, de idealidad que haya existido en el mundo»! ¡Con qué noble sentido de la cultura y del progreso evoca las augustas sombras de lo pasado, palpa los cimientos de la casa solariega, para «¡saber de donde venimos, sin lo cual nunca sabremos a donde vamos»!

«Un libro así es como un Kempis de doctrina patriótica, y es menester divulgarlo en todo país de lengua castellana y oponerlo como un escudo de diamante a la invasión de esas torpes novelías que con humos de abigarrada cultura pelean por descascar a España en su propio solar y, lo que es peor, en nuestra dulce América, no latina, sino española de raza, de sangre, de idioma y de espíritu.»

La dirección del Museo Histórico.

Ha sido unánimemente lamentada la temprana e inesperada muerte del director del Museo Histórico Nacional, señor Juan A. Pradère, a cuya inteligente actuación al frente de aquél, dedicó no ha mucho, en estas mismas páginas, un extenso artículo, el doctor Ernesto Quesada.

Para reemplazarlo ha sido nombrado el doctor Antonio Dellepiane, catedrático de historia en la Facultad de Filosofía y Letras y miembro de la Junta de Historia y Numismática.

Debemos felicitarnos de tan acertada designación, que ha recaído en el culto presidente del directorio de la Sociedad NOSTROS.

Ateneo de Buenos Aires.

En la sección «Letras argentinas» de nuestro número 86, dióse, equivocadamente, por extinguido al Ateneo de Buenos Aires. Por nota nos solicitan los representantes de su comisión, salvemos el error en que ha incurrido el señor Noé, a lo que gustosos accedemos.

Ultimamente se constituyó la siguiente comisión directiva: Presidente, Nicolás Ocantos; Vice, Ricardo O. Staub; Secretario General, Clodomiro Cordero; Secretarios: Ernesto Marsili y Horacio Levi; Tesorero, Augusto Bolognini; Vocales: Carlos A. Carranza, Antonio de la Vega, Emilio Bravo, Angel Silva (hijo), Julio A. de la Peña, Carlos A. Hebecque, Julio Levi, José A. Avella, Juan Varni, Jorge Castro.

«Nuevos Tiempos».

Ha aparecido en esta capital una nueva revista, que saldrá el 1.º y 3.º sábado de cada mes, y cuyos primeros números hasta ahora puestos en circulación, la recomiendan muy particularmente a la atención de la gente que lee y se interesa en la discusión de las ideas. Se titula *Nuevos Tiempos* y la dirige un antiguo militante en el partido socialista, Esteban Jiménez. Aunque de tendencia declaradamente socialista, no vacilamos en recomendarla a todos los lectores de espíritu amplio y ecuaníme, por cuanto en sus páginas ellos han de encontrar, a juzgar por los números publicados, abundancia de información y altura y serenidad en la crítica. Bien presentada e ilustrada con discreción y buen gusto, cuenta entre sus colaboradores a los hombres más representativos de las nuevas tendencias políticas y sociales: en este caso no decimos un insincero lugar común, si afirmamos que viene a llenar un vacío en la prensa periódica de la república.

«Proteo.»

Angel Falco, el inspirado poeta uruguayo, ha fundado aquí una revista semanal, de arte y letras, bajo el título de *Proteo*. Angel Falco tiene fe en el porvenir intelectual de Buenos Aires. «Debe ser la Atenas de Hispano-América; no hay ninguna razón para que no se erija en capital espiritual de los Estados Unidos del Sud, siendo como es, la más grande metrópoli del mundo de habla castellana» — escribe en la presentación de la revista. Reconoce, sí, que «el culto a las letras no merece a nuestros contemporáneos el mismo respeto que a nuestros mayores», e intenta explicar las causas de ello; pero confía en que «cuando se hayan serenado los espíritus envueltos en el vértigo de los negocios, vendrá, sin duda, la hora luminosa». *Proteo* viene a trabajar en la medida de sus fuerzas por el advenimiento de esa hora: «sin codazos ni impaciencias, aspira a colocarse entre nuestras publicaciones literarias, en primera línea». Juiciosas palabras y noble propósito que aprobamos sin reservas.

Los primeros números aparecidos de *Proteo* responden perfectamente a unas y a otro. La revista, exclusivamente literaria, es muy simpática: delicados versos, bella prosa, notas interesantes y valientes, y una estrecha vinculación en sus páginas de talentos uruguayos y argentinos.

Nuestro número-aniversario.

Con motivo de cumplir NOSOTROS nueve años de existencia y al mismo tiempo a fin de poder incluir algunas de las colaboraciones retrasadas que teníamos en nuestro poder, ofrecemos a nuestros lectores un ejemplar de ciento cuarenta y cuatro páginas, en lugar de las ciento doce usuales. Sin embargo, ni aun así hemos podido dar cabida en él a diversos interesantes artículos que desde hace meses esperan turno. Por esto y contra todo nuestro deseo, postergamos para el próximo número la publicación de los escritos de los señores Emilio Berisso, Ernesto J. J. Bott, José Gabriel, Ernesto Marsili y las secciones Letras argentinas (verso), Letras americanas, Ciencias Sociales, Libros varios y Teatro Nacional.